

*Biblioteca  
clásicos cristianos*

Las  
**Floreccillas**  
*de San Francisco*  
*de Asís*



SAN PABLO

# LAS FLORECILLAS

*de san Francisco de Asís*

*Introducción de*  
ISAAC VÁZQUEZ JANEIRO(†)



# INTRODUCCIÓN

En el número 6 del primer año de la publicación de la *Revista Franciscana* de Barcelona, correspondiente a 1873, p. 161, leemos: «Ponemos a continuación un capítulo de la obra clásica titulada *Floreillas de san Francisco*; y seguiremos haciéndolo en los números sucesivos de esta Revista... No sabemos haya sido traducida hasta ahora al español». Tampoco yo lo sé. Lo que sí me consta es que desde entonces este pequeño libro, escrito hace ahora siete siglos, ha sido editado infinidad de veces en los más variados idiomas y sigue siendo cada día más solicitado. Ello es prueba inequívoca de que estamos ante un clásico de la literatura universal. Estas breves páginas que preceden a la presente edición pretenden introducir en la lectura de este libro que, precisamente por ser clásico, se presta a ser leído desde distintas claves.

## Origen de las *Floreccillas*

Las *Floreccillas de san Francisco* comprenden dos partes: la primera se presenta dividida en 53 capítulos; la segunda abarca 5 consideraciones acerca de la impresión de las llagas de Cristo en el cuerpo de Francisco sobre el monte Alverna. Ambas partes se exigen mutuamente, tanto por el tema como por la uniforme tradición manuscrita.

Los 53 capítulos de la primera parte son la traducción de otros tantos capítulos de una obra latina, mucho más amplia y diversamente ordenada, que lleva por título *Actus beati Francisci et sociorum eius*. Esta obra fue escrita en Las Marcas entre la segunda mitad del siglo XIII y los primeros años del siglo XIV. Figura como su autor el también marquesano fray Hugolino de Montegiorgio, ayudado, a veces, por un innominado discípulo suyo. Los *Actus* son una recopilación de episodios de la vida de Francisco y de algunos de sus compañeros y discípulos posteriores. Habiendo escogido sólo los capítulos que juzgó más hermosos y más edificantes, el traductor italiano cambió justamente el título de *Actus* por el de *I Fioretti* (= *Las Floreccillas*), que según el uso medieval significaba la selección de los mejores pasajes de una obra.

Por lo que se refiere al origen de las cinco consideraciones sobre las llagas, trátase de una compilación de textos tomados tanto de los *Actus* como de otras fuentes escritas u orales, adaptados por el traductor italiano con mayor libertad que los capítulos de la primera parte. La composición de *I Fioretti* suele colocarse en la segunda mitad del siglo XIV; y acerca de la identidad de su autor lo único que hoy puede afirmarse es que fue franciscano y toscano, probablemente florentino.

Después de lo que acabamos de decir en relación a su origen, cabe concluir que *I Fioretti*, en cuanto tales, nacieron en italiano, sin que provengan de un *Floretum* latino, como alguna vez se ha querido suponer.

## **Ambiente histórico y espiritual de las *Floreccillas***

Desear conocer quiénes fueron los autores tiene, en nuestro caso, un valor relativo. Más importante, en cambio, es situar sus obras, los *Actus* e *I Fioretti*, en el *humus* geográfico, histórico y espiritual en que brotaron. La geografía tiene como eje Las Marcas y Toscana, dos regiones limítrofes de la Italia central; y la cronología abarca desde principios del siglo XIII hasta los comienzos del siglo XIV. Sobre estas coordenadas de tiempo y espacio se van sucediendo los episodios narrados en estas *Floreccillas*. ¿Y qué ambiente histórico y espiritual recogen esos episodios? Un lector ordinario responderá sin dudar: recogen el primer siglo de vida de la Orden franciscana. Y esto es verdad, pero no toda la verdad.

Las *Floreccillas* son obra de parte –de una parte– de la Orden franciscana. Esta parte está constituida por un grupo de frailes que reciben primero el nombre de «celantes» y luego el de «espirituales». Los «celantes» fueron algunos de los que desde el primer momento siguieron más de cerca a Francisco, gozaron más íntimamente del encanto de su compañía, penetraron más adentro en los secretos de su vida interior y se estremecieron de veneración al verlo sellado con los estigmas de la Pasión. Pero, aun después de muerto, Francisco continúa viviendo y actuando entre ellos en persona. No es la regla, escrita por Francisco y aprobada por la Iglesia, la que traza a estos frailes la pauta a seguir: son más bien los «dichos» o «logia», las «profecías», los «sueños» que se dicen había proferido o tenido, cuando aún vivía; es el mismo Francisco quien, desde el cielo, continúa manifestando, mediante «revelaciones», su verdadera intención sobre la Regla. Fascinados por este modelo viviente –cada vez más idealizado–, los «celantes» no pueden ver con buenos ojos la evolución que está tomando la Orden; y para no traicionar su responsabilidad de «testigos fieles», terminan por convertirse en su conciencia crítica. No pudiendo hacer otra cosa por la reforma de la Orden, ponen por escrito sus experiencias y memorias o las van comunicando de viva voz, y casi en secreto, a los que muestran especial interés por conocerlas. Y no les faltan discípulos y seguidores.

Nacen así los que la historia conoce como «espirituales franciscanos». Pero estos van más lejos de los candorosos «zelanti». Se preocupan no sólo por la reforma de la Orden, sino también por la reforma de la Iglesia, que para ellos va a tratarse de la misma cosa. Influenciados por el célebre abad Joaquín de Fiore (†1202), que había profetizado el inminente advenimiento de la tercera y última edad de la Iglesia, la edad del Espíritu Santo, nuestros «espirituales» no dudan en identificar la misión de Francisco con el cumplimiento de esa profecía. Francisco implantará esa nueva iglesia –la «ecclesia spiritualis»– y acabará con la «ecclesia carnalis» que existió hasta entonces. Los fieles seguidores de Francisco deberán llevar adelante esa misión, que es su propia misión, pues la Orden se identifica con esa nueva iglesia –la iglesia de los espirituales–, la Regla franciscana es el mismo Evangelio y Francisco es un trasunto de Cristo, un segundo Cristo, el «alter Christus».

El joaquinismo entró en la Orden ya antes de mediados del siglo XIII y se afianzó –no

obstante la drástica represión operada por san Buenaventura– a finales de ese mismo siglo y comienzos del siguiente, enraizándose perfectamente en la tradición franciscana, gracias a la síntesis doctrinal llevada a cabo por los tres grandes representantes del movimiento: Pedro de Juan Olivi (†1298), Ubertino da Casale (†1325) y Ángel Clareno (†1337).

Otra cosa que conviene aclarar es el concepto que tanto Joaquín de Fiore como los «espirituales» franciscanos tienen de la «ecclesia spiritualis» (ahora identificada con la Orden). Hablan de «nova ecclesia» y la entienden en sentido propio. El devenir histórico de la Iglesia, como el de la Humanidad, no supone, según ellos, un enriquecimiento, más bien es un continuo gastarse de la perfección inicial que Dios puso en la creación y que Cristo elevó a su máximo grado con su Pasión y Resurrección. Cada época de la Iglesia, y de la Humanidad, se yergue sobre las ruinas de la anterior. De ahí que «reformatio» o «renovatio» no signifique, en este caso, mejoramiento de la Iglesia o de la Humanidad en una época determinada, en línea de continuidad, sino que significa truncamiento del estado anterior para volver a «formar de nuevo», «crear de nuevo», desde los orígenes. Trátase de una Creación, de una Resurrección.

Queda así delineado, aunque sólo sea a grandes rasgos, el *humus* en que brotaron las *Floreccillas*. Veremos a continuación el *animus* que contienen.

## Las *Floreциllas*: epopeya de la Creación

Las *Floreциllas*, no obstante su fragmentariedad, no son un ramillete de episodios, bellísimos sí, pero sin más unión entre ellos que la que les viene de estar yuxtapuestos. Por el contrario, son partes esenciales de una obra unitaria. Una obra de arte. Una epopeya en prosa. Muchos reducen las *Floreциllas* a una exaltación de la primavera vivida por Francisco y algunos de sus mejores discípulos en el primer siglo de la Orden. Pero son mucho más que eso. Son la epopeya de unos hombres que se han propuesto o han sido llamados a implantar los tiempos de la Creación inicial, salida inocente de las manos de Dios, e instaurada, después del pecado, en la nueva Creación, llevada a cabo por Cristo.

Hay, en efecto, en las *Floreциllas* signos que apuntan, inconfundiblemente, a los albores de la Humanidad, y que sugieren que hasta ellos parecen haber llegado, una vez despojados del pecado, aquellos decididos buscadores de Dios. Todo tiene aquí el sabor de aquella amanecida creación cósmica. Francisco y los suyos, que dialogan familiarmente con Dios; que viven la alegría de sentirse criaturas suyas, hechas a su imagen y semejanza; que son arrastrados a amar todas las cosas del universo, porque Dios las amó primero; que, haciéndose eco de todos los seres creados, tributan a Dios las alabanzas debidas, convirtiendo el universo entero en un templo que tiene por bóveda el firmamento; que restablecen la armonía primera entre el hombre y las bestias, aun las más feroces, como le sucedió a Francisco con el lobo de Gubbio. En una palabra, las *Floreциllas* ponen especial énfasis en recrear la vida de Francisco y de sus compañeros en un ambiente de Edén: las verdes praderas del valle de Espoleto; los frondosos árboles de Rieti, las Cárceles y Alverna; el aire que besa las tranquilas aguas del lago Trasimeno; y, en fin –para decirlo con palabras del P. Gemelli–, «un intenso batir de alas se cierne sobre estas páginas: tórtolas en las Cárceles, golondrinas en Bavena [¿Bevagna?], pájaros de toda especie en el Alverna, alondras en la Porciúncula, sobre la celda del Tránsito. Parece sólo poesía pero es mucho más; es la felicidad de la naturaleza inocente, como antes de la caída de Adán»<sup>[1]</sup>.

La creación inicial, alterada por el pecado, fue restaurada de modo todavía más admirable en la re-creación, o nueva creación, que Cristo realizó con su pasión, muerte y resurrección. Pero también esta vez el vigor de la nueva creación duró poco. La Iglesia, encargada de transformar el mundo con la fuerza de su divino Fundador, después de los primeros fervores apostólicos, comenzó a debilitarse de siglo en siglo hasta llegar a abandonar por completo su misión. Había, pues, que crear otra nueva que, libre de otros afanes, se dejase guiar enteramente por el Espíritu de Cristo. Surge así la «ecclesia spiritualis». Y es Francisco el llamado a implantarla. Tomás de Celano, en su segunda *Vida* –escrita hacia 1246-47, bajo el influjo de los «celantes»–, refiere que fue el mismo Cristo quien impuso esta misión a Francisco, llamándole por su nombre desde el crucifijo de San Damián: «Francisco, ve y rehace mi casa que, como ves, está toda en ruinas» (*Vita* II, c. 6). Y al final, Cristo autenticaría esta misión imprimiendo los estigmas de su Pasión en el cuerpo de Francisco.

Las llagas son las letras credenciales que acreditan la misión confiada a Francisco; no por nada el anónimo traductor-autor italiano puso al final de las *Floreccillas*, como refrendo, las cinco consideraciones sobre la impresión de las llagas. Yo, en cambio, aconsejaría al lector el comenzar por ahí la lectura y fijarse detenidamente en esta frase de la cuarta consideración: «el verdadero amor de Cristo *transformó* perfectamente a san Francisco en Dios y en la imagen real de Cristo Crucificado». Leído esto, puede volver al principio del libro, cuyo primer capítulo comienza así: «Ante todo se debe considerar que el glorioso messere san Francisco, en todos los hechos de su vida, fue conforme a Jesucristo bendito».

Tenemos aquí la clave de interpretación del grandioso mensaje de las *Floreccillas*. Las dos expresiones, conformación o conformidad con Cristo y, sobre todo, transformación en Cristo, indican mucho más que simple imitación de Cristo. El hombre conformado con Cristo y, más aún, transformado en Cristo, es «la verdadera imagen de Cristo», configura a Cristo, le hace presente. Cristo se hace presente en Francisco; el «crucificado Francisco»<sup>[2]</sup> es el «segundo Cristo».

Pero las dos expresiones constituyen también la tésera que necesariamente debía mostrar todo aquel que quisiera formar parte de la nueva iglesia; todos estaban llamados a formar parte de ella, pero se les exigía la conformación, la transformación en Cristo. Y las *Floreccillas* nos hacen ver cómo todos los que integran el grupo son hombres y mujeres «transformados». Fray Elías, aunque admiraba mucho a Francisco, figura como no transformado y, por tanto, excluido del grupo.

Como queda dicho más arriba, en la óptica de los «espirituales» franciscanos, que es también la de las *Floreccillas*, una transformación, un cambio, no suponían adquisición de nuevas formas en línea de continuidad con las pasadas; al contrario, exigían romper con situaciones de todo tipo en que se venía viviendo hasta entonces. Esto comportaba entablar un duro combate para liberarse de toda clase de ataduras, tanto a nivel personal como de grupo: Orden, Iglesia, Sociedad. En esta lucha estaban empeñados los exaltados seguidores de Francisco cuando se escribían las *Floreccillas*. Poéticamente, aunque no menos crudamente, se describe este enfrentamiento en el capítulo 48 recurriendo a una visión que había tenido fray Jacobo de Massa. Fue, pues, el caso que fray Jacobo, «después de haberle revelado Dios muchas cosas sobre el estado de la Iglesia militante, tuvo la visión de un árbol hermoso y grande y muy fuerte... Entonces supo... las gracias y las culpas de todos». Sobrevino un fuerte viento que desgajó todas las ramas y terminó por derribar el tronco del árbol. Los frailes malos cayeron por tierra «y eran llevados por los demonios a lugares de tinieblas y tormentos»; los buenos, en cambio, «fueron transportados por los ángeles a un lugar de vida, de luz eterna y de esplendorosa bienaventuranza». Pasada la tempestad, «de la raíz de este árbol, que era de oro, brotó otro árbol, todo de oro, el cual produjo hojas, flores y frutos de oro».

De lo que será del árbol y de su expansión en el futuro, el anónimo autor de las *Floreccillas* prefiere mejor «callar que hablar». De todos modos, el autor no sabe ocultar su optimismo. Ese nuevo árbol, esa nueva Orden, esa nueva Iglesia está llamada a extender sus ramas a todo el universo y a cobijar bajo su sombra a todos los hombres de



cualquier condición que sean, con tal que se transformen en Cristo: hombres adinerados, sacerdotes usureros, ladrones, nobles y plebeyos, estudiantes y gente analfabeta, reyes como Luis IX de Francia, y el mismo «Sultán de Babilonia», Melek-el-Kâmel, que es bautizado y va al cielo. Verdaderamente, una nueva creación, operada por Cristo, más sublime que la primera, y llevada a cumplimiento por el «alter Christus», Francisco de Asís y sus fieles discípulos.

¿Historia?, ¿leyenda? Una vieja pregunta, difícil de contestar. Sin duda, hay algo de lo uno y de lo otro. Y, en todo caso, se puede decir con Daniel-Rops que este libro «sonne vrai»<sup>[3]</sup>.

## **Síntesis cronológica de la vida de san Francisco**

- 1182 Francisco nace en Asís y recibe en el bautismo el nombre de Juan, que le fue cambiado después por el de Francisco.
- 1202 Guerra entre Perusa y Asís. Francisco es llevado prisionero a Perusa.
- 1203 Francisco, enfermo, es liberado y regresa a Asís.
- 1205 Encuentro con el leproso. Le habla el crucifijo de San Damián.
- 1206 En conflicto con su padre, renuncia a todo ante el obispo de Asís. Repara San Damián y las capillas de San Pedro y la Porciúncula.
- 1208 Oyendo leer el Evangelio, se siente llamado a seguir a Cristo pobre.
- 1209 Acompañado de sus primeros 11 discípulos parte para Roma. Inocencio III les aprueba su pequeña regla y les autoriza para predicar.
- Francisco escoge la Porciúncula como iglesia-madre de la Orden.
- 1212 Francisco impone el hábito a santa Clara.
- 1213 El conde Orlando ofrece a Francisco el monte Alverna.
- Viaja a España y llega hasta Compostela, según las *Floreccillas* (1213-1214).
- 1215 Asiste al Concilio IV de Letrán. Probable encuentro con santo Domingo.
- 1216 Muere Inocencio III. Es elegido papa Honorio III, del cual obtiene Francisco la Indulgencia de la Porciúncula.
- 1219 Viaja a Damietta. Se encuentra con el ejército de la quinta Cruzada. Se entrevista con el sultán de Egipto, Melek-el-Kâmel.
- 1220 Francisco renuncia al cargo de Ministro general de la Orden; en su lugar es elegido Pedro Catani. El papa designa al cardenal Hugolino protector de la Orden.
- 1221 Muere Pedro Catani y fray Elías es designado Vicario general.
- 1223 Honorio III aprueba la regla definitiva o regla bulada de la Orden. Francisco celebra la Navidad en Greccio.
- 1224 Recibe sobre el monte Alverna los estigmas de la Pasión de Cristo.
- Francisco va perdiendo vista. Casi ciego, compone en San Damián el *Cántico de las creaturas* o *Canto del Hermano Sol* (1224-1225).
- 1226 Redacta su *Testamento*; el 3 de octubre muere en la Porciúncula. El día 4 es sepultado en la iglesia de San Jorge.
- 1227 Su amigo, el cardenal Hugolino, es elegido papa con el nombre de Gregorio IX.
- 1228 Francisco es canonizado en Asís por Gregorio IX el 16 de julio.
- 1230 Su cuerpo es trasladado a la nueva basílica que lleva su nombre.

## Los personajes de las *Floreccillas*

No son todos, ni son sólo los que, con el protagonista Francisco, iniciaron, en número de doce, el movimiento franciscano. Desfilan por estas páginas otros personajes, unos contemporáneos de Francisco, otros que se suceden a lo largo de todo el primer siglo franciscano. Baste hacer aquí una breve presentación de los que, por un motivo o por otro, desempeñan un papel más significativo en el desarrollo de esta epopeya.

*Fray Bernardo de Quintavalle* (cc. 1-6.28). Un laico de Asís que distribuyendo entre los pobres sus abundantes caudales fue, después de Francisco, la «prima pianta», la primera flor del jardín seráfico. Francisco lo distinguió siempre con especiales muestras de afecto; lo llevó consigo en el viaje a Santiago de Compostela y, estando para morir, lo bendijo como a su primogénito, anteponiéndolo a fray Elías, que era Vicario general (c. 6).

*Fray Gil de Asís* (cc. 1.4.6.34.48). El tercero del grupo, después de Bernardo y de Pedro Catani (que no figura en las *Floreccillas*); ingresó en 1209 y murió en 1262. Algunas fuentes le consideran peregrino a Santiago de Compostela. Se conservan sus *Dicta*, o sentencias, que gozaron de gran autoridad entre los hermanos.

*Fray León* (cc. 8.9.27.30.36 y 1ª consideración). Se unió a Francisco hacia el 1210 y murió en 1271; confesor, secretario y el más confidente de Francisco; le acompaña en el momento de la impresión de las llagas. Francisco, en vez de «león» prefería llamarle su «ovejuela»; él, fray Rufino y fray Ángel redactaron la Leyenda que se llama precisamente «de los Tres compañeros»; gozó de gran prestigio en el ambiente de los «espirituales»; era considerado como el Juan Evangelista de Francisco.

*Fray Maseo de Marignano* (cc. 4.10-13.16. 27.29.32.42; 1ª consideración). Se asoció al grupo hacia el 1210-11, y murió en 1280. Alto, fuerte, bien portado, de palabra fácil, tuvo que vencerse mucho para practicar la humildad.

*Fray Rufino* (cc. 1.29.30.31). Noble de Asís, es uno de los «Tres compañeros»; le costó despojarse de su antigua formación feudal, por lo que fue alguna vez reprendido por Francisco. Murió en Asís en 1278; está sepultado en la basílica de San Francisco.

*Fray Silvestre* (cc. 1.2.16). Natural de Asís, fue el primer sacerdote que entró en la nueva fraternidad; en su estado anterior demostró estar bastante apegado al dinero; muere en 1240.

*Fray Ángel Trancredi* (c. 16; 1ª consideración). De Rieti. Uno de los once primeros discípulos de Francisco, y formó parte de los «Tres compañeros»; fue el primer caballero que entró en la Orden; era un modelo de cortesía y afabilidad; muere en 1258.

*Santa Clara de Asís* (cc. 15.16.19.33.35). De la noble familia de los Favarone de Offreduccio; atraída por el ejemplo de Francisco, abandonó también ella la casa paterna y en 1212 le impuso el hábito en la Porciúncula y se retiró con sus primeras compañeras a vivir a San Damián; entre ella y Francisco hubo una grandísima influencia mutua; muere en 1253.

*San Antonio de Lisboa o de Padua* (cc. 20.39.40). Nació en Lisboa en 1195. Canónigo regular de San Agustín en Coimbra y en 1220 ingresó en la Orden en Italia; en 1223

Francisco le envía a que abra una casa de estudios en Bolonia; ejerció la predicación en el norte de Italia y sur de Francia; murió en Padua en 1231 y fue canonizado al año siguiente.

*Fray Elías* (cc. 4.6.31.38). De Asís. Vicario de la Orden, muy amante de san Francisco; murió fuera de la Orden en 1253; la historiografía moderna está rehabilitando esta ilustre figura tan injustamente tratada en las *Floreillas* y en otras Leyendas de los primeros tiempos.

Isaac Vázquez Janeiro (†)

## **Nota sobre la presente edición**

La presente edición ha sido preparada teniendo como texto base *I Fioretti di san Francesco* (Quaracchi 1926), revisado según un nuevo código por P. B. Bughetti y aparecido como edición crítica italiana en la colección *Fonti francescane*, sección segunda. También se han tenido en cuenta otras ediciones y traducciones en castellano. Hemos incorporado algunas notas al texto, muchas de ellas de la mencionada edición italiana y que fueron preparadas por Feliciano Olgiati.

La presente introducción fue escrita en 1998 por el P. Isaac Vázquez Janeiro, generoso y erudito franciscano fallecido en 2003.

## CAPÍTULO 1

*En el nombre de nuestro Señor Jesucristo crucificado y de su Madre la Virgen María. En este libro se incluyen ciertas florecillas, milagros y ejemplos devotos del glorioso poverello de Cristo messere san Francisco y de algunos de sus santos compañeros. En alabanza de Jesucristo. Amén.*

Ante todo se debe considerar que el glorioso messere san Francisco, en todos los hechos de su vida, fue conforme a Jesucristo bendito; porque así como Cristo, al principio de su predicación, eligió doce Apóstoles para que, despreciando toda cosa mundana, le siguieran en pobreza y demás virtudes, también san Francisco eligió, desde el principio de la fundación de la Orden, doce compañeros poseedores de la altísima pobreza<sup>[4]</sup>. Y así como uno de los doce Apóstoles, el que se llamó Judas Iscariote, apostató del apostolado, traicionando a Cristo, y se ahorcó a sí mismo por el cuello (Mt 27,3-5), también uno de los doce compañeros de Francisco, de nombre Juan della Capella, apostató y finalmente se ahorcó. Y esto sirve de gran ejemplo para los elegidos y es motivo de humildad y temor, considerando que nadie está seguro de perseverar hasta el final en la gracia de Dios. Y del mismo modo que los Apóstoles admiraron a todo el mundo por su santidad y humildad y plenitud del Espíritu Santo, así también aquellos santos compañeros de san Francisco fueron hombres de tanta santidad que, desde el tiempo de los Apóstoles hasta ahora, no hubo en el mundo hombres tan maravillosos y santos; pues alguno de ellos, en concreto fray Gil, fue arrebatado hasta el tercer cielo como san Pablo (2Cor 22,2-4); a otro, llamado fray Felipe Lungo, le tocó el ángel los labios con un carbón encendido, igual que al profeta Isaías (Is 6,6-7); otro, como fue el caso de fray Silvestre, hablaba con Dios, como un amigo con otro, lo mismo que Moisés (Éx 3); otro volaba con la sutileza del intelecto hasta la luz de la divina sabiduría, como el águila o sea Juan Evangelista, y fue el muy humilde fray Bernardo, que exponía con toda profundidad la Sagrada Escritura; alguno fue santificado por Dios y canonizado en el cielo, viviendo aún en el mundo, y este fue fray Rufino, caballero de Asís; y así, todos fueron privilegiados con singulares muestras de santidad, tal como se declara más adelante.

## CAPÍTULO 2

### *De fray Bernardo de Quintavalle, primer compañero de san Francisco*

El primer compañero de san Francisco fue fray Bernardo de Asís, quien se convirtió de este modo: cuando Francisco andaba todavía con hábito seglar, aunque ya había despreciado al mundo y se presentaba con aspecto desagradable y maltrecho por la penitencia, muchos le tenían por tonto y le escarnecían igual que a un loco, y hasta sus parientes, lo mismo que los desconocidos, le tiraban piedras y barro, pero él soportaba con paciencia todas las injurias y afrentas, pasando por sordo y mudo; messere Bernardo de Asís, que era de los más nobles, ricos y sabios de la ciudad, comenzó a considerar sabiamente en Francisco su extremado desprecio del mundo, su gran paciencia ante las injurias, y cómo después de llevar ya dos años así, abominado y despreciado de todos, parecía cada vez más constante y paciente; y comenzó a pensar y a decir en su interior: «Es imposible que este Francisco no tenga abundante gracia de Dios». Y una noche le invitó a cenar y dormir en su casa, y san Francisco aceptó y fue a cenar y hospedarse con él.

Y entonces, messere Bernardo, se metió en el corazón el deseo de contemplar su santidad; de este modo le hizo preparar una cama en su propio aposento, en el que siempre ardía una lámpara durante toda la noche. Y san Francisco, para ocultar su santidad, tan pronto como entró en el aposento se echó sobre la cama y simuló dormirse; poco después se acostó también messere Bernardo y comenzó a roncar con fuerza, como si durmiera profundamente. Por lo que san Francisco, creyendo de veras que Bernardo dormía, al primer sueño dejó la cama y se puso en oración, alzando los ojos y las manos al cielo y diciendo con grandísima devoción y fervor: «¡Dios mío! ¡Dios mío!». Y así estuvo hasta el amanecer, llorando a lágrima viva y repitiendo siempre: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» sin más. Y esto lo decía san Francisco contemplando y admirando la excelencia de la divina Majestad, que se dignaba socorrer al mundo que perecía y por medio de su siervo, el *poverello* Francisco, se proponía remediar la salvación de su alma y la de los demás; iluminado por el Espíritu Santo, o bien con espíritu de profecía, previendo las grandes cosas que Dios había de hacer por medio de él y de su Orden y considerando su insuficiencia y poca virtud, llamaba y rogaba a Dios para que, con su piedad y omnipotencia, sin la cual nada puede la humana fragilidad, supliese, ayudase y concluyese lo que él, por sí mismo, no podía. Contemplaba messere Bernardo, a la luz de la lámpara, los actos devotísimos de san Francisco y, considerando con atención las palabras que decía, se sintió tocado e inspirado por el Espíritu Santo para cambiar de vida.

Por lo que, al llegar la luz del día, llamó a san Francisco y le dijo: «Hermano Francisco, estoy dispuesto con todo mi corazón a abandonar el mundo y seguirte en todo lo que me mandes». Al oír esto san Francisco, se alegró en espíritu y le dijo así: «Messere Bernardo, esto que me decís es obra tan grande y difícil que es preciso pedir consejo a nuestro Señor Jesucristo, y rogarle que se digne mostrarnos su voluntad y enseñarnos cómo la podemos poner en práctica. Por ello vayamos al obispado donde hay

un buen cura, le haremos decir la Misa y luego estaremos en oración hasta la hora de tercia, pidiendo a Dios que las tres veces que abramos el misal nos muestre la vida que quiere queelijamos». Contestó messere Bernardo que esto le agradaba mucho, y se fueron, pues, al obispado. Y después de oír misa y estar en oración hasta la hora de tercia, el presbítero, a ruego de san Francisco, tomó el misal y, haciendo la señal de la cruz, lo abrió tres veces en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. En la primera vez salieron aquellas palabras que dijo Cristo en el evangelio al joven que le preguntó acerca del camino de la perfección: *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dáselo a los pobres; luego ven, y sígueme* (Mt 19,21). La segunda, apareció lo que dijo Cristo a los Apóstoles cuando los mandó a predicar: *No toméis nada para el camino ni bastón ni alforja ni calzado ni dinero* (Lc 9,3); queriendo con esto enseñarles que el cuidado de su vida debían dejarlo en manos de Dios, y no tener otra intención que predicar el santo evangelio. Al abrir el misal por tercera vez, encontraron aquellas palabras de Cristo: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame* (Mt 16,24). Entonces dijo san Francisco a messere Bernardo: «He aquí el consejo que Cristo nos da; vete, pues, y cumple todo lo que has oído; y bendito sea nuestro Señor Jesucristo, que se ha dignado mostrarnos su vida evangélica». Oído esto, se marchó messere Bernardo y vendió todo lo que tenía (era muy rico), y con gran alegría distribuyó todo a los pobres, viudas, huérfanos, peregrinos, y en monasterios y hospitales; y en todo le ayudaba fiel y pródicamente san Francisco.

Viendo uno, llamado messere Silvestre, que san Francisco daba y hacía dar tanto dinero a los pobres, lleno de avaricia, le dijo: «No me has pagado del todo aquellas piedras que me compraste para reparar la iglesia; ahora que tienes dinero, págame». Entonces san Francisco, asombrado de su avaricia, pero no queriendo disputar con él, como verdadero observante del evangelio, metió las manos en el seno de messere Bernardo y, llenas de monedas, las echó en la bolsa de messere Silvestre, diciéndole: «Si quieres más, más te daré». Contento messere Silvestre por aquello, se marchó y volvió a su casa; pero de noche, al recordar lo que había hecho durante el día, se arrepintió de su avaricia, considerando el fervor de messere Bernardo y la santidad de san Francisco. A la noche siguiente y otras dos noches más, tuvo una visión de Dios: de la boca de san Francisco salía una cruz de oro, cuya parte superior llegaba al cielo, y los brazos se extendían de oriente a occidente. A causa de esta visión dio, por amor de Dios, todo lo que tenía y se hizo fraile menor; y alcanzó tanta santidad y gracia en la Orden que hablaba con Dios como lo hace un amigo con otro, según lo comprobó san Francisco muchas veces y se declarará más adelante.

Del mismo modo, fray Bernardo recibió tanta gracia de Dios que muchas veces era arrebatado en la contemplación de Dios; y san Francisco decía de él que era digno de toda reverencia y que era quien había fundado esta Orden, porque fue el primero que abandonó el mundo sin reservarse nada, sino dándolo todo a los pobres de Cristo, y comenzó la pobreza evangélica ofreciéndose desnudo en los brazos del Crucificado.

El cual sea bendito por todos nosotros *in saecula saeculorum*. Amén.



### CAPÍTULO 3

*Cómo por un mal pensamiento que tuvo san Francisco contra fray Bernardo, ordenó al mencionado fray Bernardo que por tres veces le pisara el cuello y la boca.*

El devotísimo siervo del Crucificado, messere san Francisco, por el rigor de la penitencia y el continuo llorar, se había quedado casi ciego y veía poco. En una ocasión, partió del lugar en que estaba y se dirigió al lugar<sup>[5]</sup> donde se hallaba fray Bernardo, para hablar con él de las cosas divinas; y llegado al lugar le encontró haciendo oración en el bosque y le llamó: «Ven –dijo– y habla a este ciego». Y fray Bernardo no le respondió nada, pues, al ser hombre de gran contemplación, estaba con la mente elevada y absorta en Dios, y por ello poseía una singular gracia para hablar de Dios; como lo había comprobado muchas veces san Francisco, y por tanto deseaba hablar con él. Tras unos instantes, le llamó la segunda y tercera vez del mismo modo; pero ninguna de las veces fray Bernardo le oyó, y no le respondió ni fue a su encuentro. Por lo que san Francisco se marchó algo desconsolado, asombrado y lamentándose en su interior de que fray Bernardo, llamado por tres veces, no hubiera acudido a él.

Marchándose con este pensamiento, san Francisco, cuando se hubo alejado un trecho, dijo a su compañero: «Espérame aquí»; y retirándose a un lugar solitario cerca de allí, se postró en oración y rogó a Dios que le revelase por qué fray Bernardo no le había respondido. Y estando así, le vino una voz de Dios que le dijo: «Oh, pobre hombrecillo, ¿por qué te turbas? ¿Debe el hombre dejar a Dios por la criatura? Fray Bernardo, cuando tú lo llamabas, estaba conmigo y por eso no podía acercarse a ti ni responderte. Así que no te maravilles de que no te pudiese responder, ya que estaba tan fuera de sí que no oía ninguna de tus palabras». Teniendo san Francisco esta respuesta de Dios, inmediatamente y con premura volvió a donde estaba fray Bernardo, para acusarse humildemente del pensamiento que había tenido contra él.

Y viéndolo venir hacia sí, fray Bernardo le salió al encuentro y se echó a sus pies; pero san Francisco hizo que se levantara y le contó con mucha humildad el pensamiento y la ofuscación que había tenido contra él, y cómo Dios le había contestado. Por lo que concluyó diciéndole: «Te mando por santa obediencia<sup>[6]</sup> que hagas lo que voy a ordenarte». Temiendo fray Bernardo que san Francisco le mandase, como solía, alguna cosa extremada, y queriendo esquivar honestamente aquella obediencia, le respondió así: «Estoy dispuesto a obedecerte, si me prometes hacer lo que yo te mande». Y prometiéndoselo san Francisco, fray Bernardo dijo: «Di ahora, padre, lo que quieres que haga». Entonces le dijo san Francisco: «Te mando por santa obediencia que, para castigar mi presunción y la arrogancia de mi corazón, ahora, al echarme en tierra boca arriba, me pongas un pie en el cuello y otro en la boca, y así pasarás tres veces de un lado a otro diciéndome insultos y ofensas, y me dirás especialmente: Aguanta ahí, villano, hijo de Pedro Bernardone, ¿de dónde te viene tanta soberbia, siendo la más vil de las criaturas?». Oyendo esto fray Bernardo, y aunque le resultaba muy duro de hacer, por respeto a la santa obediencia, cumplió con la mayor delicadeza que pudo lo que san Francisco le había mandado; y después dijo san Francisco: «Ahora mándame lo que

quieres que haga, porque también yo te he prometido obediencia». Dijo fray Bernardo: «Te mando por santa obediencia que siempre que estemos juntos me reprendas y corrijas ásperamente por mis defectos». De lo que se asombró mucho san Francisco porque fray Bernardo tenía tal santidad que le inspiraba un gran respeto, y no consideraba que se le pudiera reprender de algo. Por eso de allí en adelante san Francisco se guardaba de estar mucho tiempo con él, a causa de dicha obediencia, para no tener que decir alguna palabra de corrección contra aquel que tenía por tan santo; pero cuando tenía deseos de verle o de oírle hablar de Dios, lo más pronto que podía se distanciaba de él y se apartaba. Y producía una grandísima devoción el ver con cuánta caridad, reverencia y humildad san Francisco, padre, trataba y hablaba con fray Bernardo, su hijo primogénito.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 4

*Cómo el ángel de Dios propuso una cuestión a fray Elías, guardián de un lugar en el Valle de Spoleto; y porque fray Elías le respondió con soberbia, se marchó al camino de Santiago, donde encontró a fray Bernardo y le contó esta historia.*

Al principio y fundación de la Orden, cuando eran pocos frailes y todavía no habían tomado los lugares, san Francisco fue por devoción a Santiago de Galicia<sup>[2]</sup> y llevó consigo algunos frailes, uno de los cuales era fray Bernardo. Y, yendo así juntos por el camino, encontró en unas tierras a un pobre enfermo y, compadeciéndose de él, dijo a fray Bernardo: «Hijo mío, quiero que te quedes aquí a servir a este enfermo». Y fray Bernardo, arrodillándose humildemente e inclinando la cabeza, recibió la obediencia del padre y se quedó en aquel lugar; y san Francisco siguió con los otros compañeros a Santiago. Llegados allí, y pasando la noche en oración en la iglesia de Santiago, le fue revelado por Dios a san Francisco que debía fundar muchos lugares por el mundo, porque su Orden se debía ampliar y crecer con gran multitud de hermanos. Y tras esta revelación comenzó san Francisco a fundar lugares en aquellas tierras. Y volviendo san Francisco por el camino de antes, encontró a fray Bernardo y al enfermo con quien lo había dejado, ya perfectamente curado; por lo que san Francisco concedió a fray Bernardo, al año siguiente, que fuese a Santiago.

Y así san Francisco regresó al Valle de Spoleto; y vivía en un lugar desierto con fray Maseo y fray Elías y algunos otros, todos los cuales se guardaban mucho de estorbarle o distraerle de la oración, por el gran respeto que le tenían y porque sabían que Dios le revelaba grandes cosas en sus oraciones. Llegó un día en el que, estando san Francisco en oración en el bosque, llegó a la puerta del lugar un hermoso joven con atuendo de viaje y llamó con tanta prisa, tan fuerte y por tan largo espacio, que los frailes se maravillaron mucho de tan desusada manera de llamar. Acudió fray Maseo a abrir la puerta y dijo al joven: «¿De dónde vienes, hijo?; que no parece que hayas estado aquí nunca, por la manera tan desusada de llamar». Respondió el joven: «¿Y cómo se debe llamar?». Contestó fray Maseo: «Da tres golpes pausadamente uno tras otro, y luego espera a que el hermano haya dicho el Padrenuestro y venga, y si en este intervalo no viene, llama otra vez». «Tengo mucha prisa –repuso el joven– y por eso llamo así de fuerte; pues tengo que hacer un largo viaje y he venido para hablar con el hermano Francisco; pero está ahora en el bosque, en contemplación y no quiero estorbarle. Vete y envíame a fray Elías, que quiero hacerle una consulta, pues tengo entendido que es muy sabio». Fue fray Maseo a decir a fray Elías que aquel joven le esperaba; pero fray Elías se enfadó y no quiso ir, por lo que fray Maseo no sabía qué hacer ni qué responder al joven; pues, si decía que fray Elías no podía venir, mentía; y si decía que se había molestado y no quería ir, temía dar mal ejemplo. Como fray Maseo tardaba en volver, el joven llamó otra vez de la misma manera que antes. Poco después llegó a la puerta fray Maseo y le dijo: «No has observado mi doctrina sobre cómo llamar». Respondió el joven: «Fray Elías no quiere venir; pero vete y dile al hermano Francisco que he venido para hablar con él; pero como no quiero impedirle la oración, dile que me mande a fray

Elías». Y entonces fray Maseo fue a donde estaba san Francisco, que rezaba en el bosque con el rostro levantado al cielo, y le refirió toda la embajada del joven y la respuesta de fray Elías. Y aquel joven era el ángel de Dios en forma humana. Entonces san Francisco, sin moverse del sitio ni bajar la cara, dijo a fray Maseo: «Ve a decirle a fray Elías que, por obediencia, vaya en seguida a ver a ese joven». Oyendo fray Elías el mandato de san Francisco, fue a la puerta muy alterado, y con mucho ímpetu y ruido la abrió y dijo al joven: «¿Qué quieres?». Respondió el joven: «Ten cuidado, hermano, de no estar alterado, como parece, pues la ira ofusca el entendimiento y no deja discernir la verdad». Dijo fray Elías: «Dime qué quieres de mí». Respondió el joven: «Te pregunto si a los que observan el santo evangelio les es lícito comer de todo lo que les ponen delante, según dijo Cristo a sus discípulos (Lc 10,7s). Y te pregunto también si es lícito que algún hombre disponga algo en contra de la libertad evangélica». A ello contestó fray Elías con soberbia: «Esto yo me lo sé muy bien pero no quiero responderte. Métete en tus asuntos». Dijo el joven: «Yo sabría responder mejor que tú a esta pregunta». Entonces, fray Elías, molesto cerró la puerta con rabia y se marchó de allí. Después comenzó a pensar en aquella cuestión y a dudar en su interior y no la sabía resolver; ya que, como era vicario de la Orden, y había ordenado y regulado, fuera de lo dispuesto en el evangelio y en la Regla de Francisco, que ningún fraile de la Orden comiese carne, tal cuestión era expresamente contra él. Como no encontraba la solución por sí mismo, y reflexionando sobre la modestia del joven y que había dicho que sabría responder a la cuestión mejor que él, volvió a la puerta y la abrió para preguntar al joven acerca de la cuestión; mas ya había desaparecido, pues la soberbia de fray Elías no merecía hablar con el ángel. Después de esto volvió del bosque Francisco, al cual le había sido revelado todo esto por Dios, y reprendió a fray Elías con dureza y en voz alta, diciéndole: «Haces mal, soberbio fray Elías, expulsando de nosotros a los santos ángeles que vienen a enseñarnos. Mucho me temo que tu soberbia te haga acabar fuera de la Orden». Y sucedió así, como lo predijo san Francisco, pues murió fuera de la Orden.

El mismo día y hora en que el ángel se marchó, este se apareció de aquella misma forma a fray Bernardo, que volvía de Santiago y estaba a la orilla de un gran río, y le saludó en su lengua, diciéndole: «Dios te dé la paz, buen hermano». Asombrándose mucho fray Bernardo de la belleza del joven y al oír el habla de su patria y el saludo de paz, y con semblante alegre le preguntó: «¿De dónde vienes, buen joven?». Respondió el ángel: «Vengo del lugar donde vive Francisco. Fui a hablar con él y no pude, pues estaba en el bosque contemplando las cosas divinas y no quise estorbarle. En aquel lugar viven fray Maseo, fray Gil y fray Elías; y fray Maseo me ha enseñado a llamar a la puerta a la manera de los hermanos. Pero fray Elías no ha querido responderme a una cuestión que le propuse, y aunque después se ha arrepentido y ha querido verme y oírme, no ha podido». Después dijo el ángel a fray Bernardo: «¿Por qué no pasas al otro lado?». Respondió fray Bernardo: «Tengo miedo, pues veo la profundidad del agua». Dijo el ángel: «Pasaremos juntos; no temas». Y tomándole de la mano, en un abrir y cerrar de ojos le puso al otro lado del río. Entonces fray Bernardo supo que era el ángel de Dios y con gran respeto y alegría exclamó: «¡Oh ángel bendito de Dios! Dime cuál es tu

nombre». Respondió el ángel: «¿Por qué me preguntas mi nombre, que es maravilloso?». Y, dicho esto, desapareció el ángel, dejando a fray Bernardo muy consolado; tanto, que hizo todo el viaje con mucha alegría. Se fijó en el día y hora en que el ángel se le había aparecido, y cuando llegó al lugar donde estaba san Francisco con los compañeros les refirió todo, punto por punto, y supieron con certeza que, aquel mismo ángel, en aquel día y en aquella hora, se les había aparecido a ellos y a él. Y dieron gracias a Dios.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 5

*Cómo el santo fray Bernardo de Asís fue enviado por san Francisco a Bolonia, y fundó allí un lugar.*

Ya que san Francisco y sus compañeros habían sido llamados y elegidos por Dios para llevar en el corazón y en las obras la cruz de Cristo y predicarla con los labios, parecían y eran hombres crucificados, tanto por el vestido y la vida austera como por sus obras y acciones; de ahí que desearan más sufrir vergüenza y oprobio por el amor de Cristo que recibir del mundo honra, respeto y alabanza vana, y que se alegraran con las injurias y se entristecieran con la honra. Y así andaban por el mundo como peregrinos y forasteros sin llevar consigo otra cosa que a Cristo crucificado, y como legítimos sarmientos de la verdadera vid, es decir, Jesucristo, producían grandes y abundantes frutos en las almas que ganaban para Dios.

Sucedió, al principio de la religión<sup>[8]</sup>, que Francisco envió a fray Bernardo a Bolonia para que allí, según la gracia que Dios le había dado, obtuviese frutos para Dios; y fray Bernardo, tras hacer la señal de la cruz, por santa obediencia, partió y llegó a Bolonia. Al verle allí los muchachos con vestido viejo y vil, se burlaban de él y le injuriaban como si fuera un loco; y fray Bernardo lo soportaba todo con paciencia y alegría, por amor de Cristo. Y para que aún le escarnecieran más, iba intencionadamente a la plaza de la ciudad y se sentaba allí, y se le reunían alrededor muchos muchachos y hombres, y uno le tiraba de la capucha por detrás y otro por delante; aquel le echaba tierra, y este, piedras; ese le empujaba de un lado, aquel de otro y fray Bernardo, siempre animado y paciente, y con rostro alegre, no se movía ni lamentaba; y durante varios días volvió al mismo sitio para soportar cosas semejantes. Pero como la paciencia es obra de perfección y prueba de virtud, un sabio doctor en leyes, al ver y considerar tanta constancia y virtud por parte de fray Bernardo, que no se había alterado durante tantos días con ninguna molestia ni injuria, se dijo entre sí: «Es imposible que este no sea un hombre santo». Y acercándose a él, le preguntó: «¿Quién eres tú y a qué has venido aquí?». Y fray Bernardo, como respuesta, metió la mano en el seno y sacó la Regla de san Francisco, y se la dio a leer. Cuando la hubo leído, y considerando su muy alto grado de perfección, se volvió a sus compañeros, lleno de admiración y asombro, y les dijo: «Verdaderamente este es el estado de religión más alto que jamás he oído, y este y sus compañeros son los hombres más santos de este mundo; y comete un gran pecado quien le injurie, ya que merece todo respeto, pues está claro que es amigo de Dios». Y dijo a fray Bernardo: «Si quisieras un lugar en el que poder servir convenientemente a Dios, yo te lo daría de buena gana por la salvación de mi alma». Respondió fray Bernardo: «Señor yo creo que esto os lo ha inspirado nuestro Señor Jesucristo y, por ello, acepto de buena gana vuestra oferta, para honra de Cristo». Entonces aquel juez, con gran alegría y caridad, llevó a fray Bernardo a su casa; y después le donó el lugar prometido, que acomodó y completó del todo a su costa; y desde entonces se hizo padre y especial defensor de fray Bernardo y de sus compañeros.

Fray Bernardo, por su santa conversación, comenzó a ser muy honrado por las gentes;

tanto, que se tenía por feliz quien podía tocarle o verle. Pero él, como verdadero discípulo de Cristo y del humilde Francisco, temiendo que la honra del mundo le quitase la paz y la salvación de su alma, un día se marchó de allí y se volvió con san Francisco, y le dijo así: «Padre, se ha fundado el lugar en la ciudad de Bolonia; envía hermanos que lo conserven y habiten, pues yo ya no hacía allí ninguna ganancia; más bien, por el excesivo honor que me hacían, temo haber perdido más de lo que gané». Entonces san Francisco, al oír el relato de todo lo que Dios había realizado por medio de fray Bernardo, dio gracias a Dios, que así comenzaba a propagar a los pobrecillos discípulos de la cruz; y entonces envió compañeros suyos a Bolonia y Lombardía, por donde fundaron muchos lugares en diversas partes.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 6

*Cómo san Francisco bendijo al santo fray Bernardo y le dejó como vicario suyo, cuando él dejara esta vida.*

Gozaba de tal santidad fray Bernardo, que san Francisco le tenía un gran respeto y muchas veces le alababa. Un día, mientras san Francisco oraba devotamente, le fue revelado por Dios que fray Bernardo, con el permiso divino, tendría que sostener muchas y arduas batallas con los demonios; por lo que san Francisco, compadecido de fray Bernardo, al que amaba como a un hijo, muchos días oraba con lágrimas pidiendo a Dios por él y encomendándole a Jesucristo para que le diese la victoria sobre el demonio. Y orando así devotamente san Francisco, un día le respondió Dios: «Francisco, no temas que todas las tentaciones con que fray Bernardo combatirá son permitidas por Dios para que ejercite su virtud y corone su mérito, ya que, finalmente, vencerá a todos sus enemigos, pues es uno de los comensales del reino de los Cielos». Esta respuesta produjo en san Francisco una enorme alegría, y dio gracias a Dios. Y desde entonces cada vez tuvo mayor amor y respeto por fray Bernardo.

Y bien se lo demostró, no sólo en la vida, sino también en la hora de su muerte. Pues al llegar san Francisco a este trance, y encontrándose, como el santo patriarca Jacob, rodeado de sus devotos hijos, afligidos y llorosos por la pérdida de tan amable padre, preguntó: «¿Dónde está mi primogénito? Acércate a mí, hijo, para que te bendiga mi alma antes de morir». Entonces fray Bernardo dijo en secreto a fray Elías (que era vicario de la Orden): «Padre, acércate a la mano derecha del santo para que te bendiga». Y poniéndose fray Elías junto a la mano derecha, san Francisco, que por el mucho llorar había perdido la vista, puso la mano derecha sobre la cabeza de fray Elías y dijo: «Esta no es la cabeza de mi primogénito, fray Bernardo». Entonces fray Bernardo se acercó a la mano izquierda, pero Francisco, cruzando los brazos<sup>[2]</sup>, puso la derecha sobre la cabeza de fray Bernardo y la izquierda sobre la de fray Elías y dijo: «Fray Bernardo, que te bendiga el Padre de nuestro Señor Jesucristo con todas las bendiciones espirituales y celestiales en Cristo, pues eres tú el primogénito elegido en esta santa Orden para dar ejemplo evangélico y seguir a Cristo en la pobreza; pues no sólo diste lo tuyo y lo repartiste entera y libremente a los pobres por amor de Dios, sino que además te ofreciste a ti mismo a Dios en esta Orden en sacrificio de suavidad. Bendito seas, pues, de nuestro Señor Jesucristo y de mí, *poverello* siervo suyo, con bendición eterna, tanto si andas como si descansas, cuando veles y cuando duermas, en vida y en muerte. Que quien te bendiga, sea colmado de bendiciones; y quien te maldiga, no quede sin castigo. Sé el primero de tus hermanos, y a tu mandato obedezcan todos los hermanos; ten facultad para recibir en la Orden a quien quieras y ningún fraile tenga potestad sobre ti, y te sea lícito ir o estar donde te plazca».

Y después de la muerte de san Francisco, los hermanos amaron y respetaron a fray Bernardo como a un padre venerable. Y cuando estaba para morir, acudieron muchos hermanos de diversas partes del mundo; entre ellos el jerárquico y divino fray Gil, que, al ver a fray Bernardo, exclamó con gran alegría: «*Sursum corda*, fray Bernardo, *sursum*



*corda*». Y fray Bernardo santo dijo secretamente a uno de los hermanos que preparase a fray Gil un lugar apto para la contemplación, y así se hizo. Y cuando estaba fray Bernardo en la hora de la muerte, se hizo incorporar y dijo así a los hermanos que tenía delante: «Queridos hermanos, no os diré muchas palabras, mas debéis tener en cuenta que la situación que yo he tenido en la Religión, la tenéis vosotros; y la que tengo ahora, la tendréis también. Y esto es lo que siento en el alma: que por mil mundos como este yo no querría haber servido a otro señor que a nuestro Señor Jesucristo. Y de todas las ofensas que yo haya cometido, me acuso y arrepiento ante mi salvador Jesucristo y ante vosotros. Y os ruego, hermanos míos muy queridos, que os améis los unos a los otros». Después de estas palabras y otras oportunas enseñanzas, se echó sobre la cama y su semblante se puso extraordinariamente radiante y alegre, de lo que se maravillaron mucho todos los hermanos; y en aquella alegría, su alma santísima, coronada de gloria, pasó de la vida presente a la bienaventurada de los ángeles.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 7

*Cómo san Francisco pasó una Cuaresma en una isla del lago de Perugia, donde ayunó cuarenta días y cuarenta noches y no comió más que la mitad de un panecillo.*

Al veraz siervo de Dios san Francisco, ya que en ciertas cosas fue casi otro Cristo, dado al mundo para la salvación de las gentes, Dios Padre le quiso hacer en muchos actos semejante y conforme a su Hijo Jesucristo, como se demuestra en el venerable colegio de los doce compañeros, y en el admirable misterio de los sagrados estigmas y en el ayuno continuado de la santa Cuaresma, que él pasó de este modo.

Se encontraba una vez san Francisco, un día de carnaval, cerca del lago de Perugia, en casa de un devoto suyo que le había hospedado aquella noche, cuando le inspiró Dios que pasase aquella Cuaresma en una isla del lago. Por lo que san Francisco pidió a su devoto que, por amor de Cristo, le llevase en su barquilla a una isla del lago donde no hubiera habitantes y que lo hiciese la noche del miércoles de ceniza, de modo que nadie los viese. Y aquel hombre, por amor de la gran devoción que tenía a san Francisco, cumplió solícitamente su deseo y le trasladó a la isla; y san Francisco no se llevó más que dos panecillos. Y cuando llegaron a la isla y el amigo se disponía a volver a su casa, san Francisco le rogó afectuosamente que no revelase a nadie que estaba allí y que no fuera a buscarle hasta el Jueves Santo; y con esto se marchó aquel y san Francisco se quedó solo.

Pero como no había ninguna habitación donde guarecerse, se adentró en la tupida espesura, donde espinos y arbustos habían formado una especie de cubil o choza, y en tal lugar se puso en oración y a contemplar las cosas celestiales. Y allí estuvo toda la Cuaresma sin comer ni beber, salvo la mitad de uno de aquellos panecillos, según comprobó aquel devoto suyo el Jueves Santo cuando volvió a buscarle, pues de los dos panecillos encontró uno entero y la mitad del otro; se cree que san Francisco se comió la otra mitad, por respeto al ayuno de Cristo bendito, que ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches sin tomar ningún alimento material; y así, con aquel medio pan, alejó de sí el veneno de la vanagloria y, a ejemplo de Cristo, ayunó cuarenta días y cuarenta noches.

Después, en aquel lugar donde san Francisco había realizado una abstinencia tan maravillosa, obró Dios muchos milagros por sus méritos; por lo cual comenzaron los hombres a levantar casas y habitarlas; y en poco tiempo se formó en aquel sitio un burgo bueno y grande, y hay allí un lugar de hermanos conocido como el lugar de la isla, y aún hoy los hombres y las mujeres de aquel burgo guardan gran reverencia y devoción al lugar donde san Francisco hizo aquella Cuaresma.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 8

*Cómo yendo de camino san Francisco y fray León, le expuso en qué consiste la perfecta alegría*<sup>[10]</sup>.

Volvió una vez san Francisco de Perugia a Santa María de los Ángeles con fray León, en invierno y con un frío tan riguroso que llegó a atormentarle y llamó a fray León, que caminaba delante, y le dijo así: «Hermano León, aun cuando los hermanos menores diesen en toda la tierra un gran ejemplo de santidad y buena edificación, escribe y observa con atención que no está en eso la perfecta alegría». Y andando un poco más, le llamó san Francisco por segunda vez: «¡Oh, hermano León! Aunque el hermano menor iluminase a los ciegos y sanase a los tullidos, expulsara demonios e hiciera oír a los sordos, andar a los cojos, hablar a los mudos y, lo que es mayor aún, resucitar a los muertos después de cuatro días, escribe que no está en eso la perfecta alegría». Andando otro poco más, san Francisco gritó con fuerza: «¡Oh, hermano León! Si el hermano menor conociese todas las lenguas y todas las ciencias y todas las escrituras, y supiese profetizar y revelar no sólo las cosas futuras, sino también los secretos de las conciencias y de los hombres, escribe que no está en eso la perfecta alegría». Andando algo más, san Francisco gritó otra vez: «¡Oh, hermano León, ovejuela de Dios! Aunque el hermano menor hablara la lengua de los ángeles, y supiera el curso de las estrellas y las virtudes de las hierbas, y le fueran revelados todos los tesoros de la tierra, y conociera las facultades de los pájaros y de los peces y de todos los animales y de las piedras y de las aguas, escribe que no está en eso la perfecta alegría». Y andando todavía un trecho, san Francisco dijo a gritos: «¡Oh, hermano León! Si el hermano menor supiese predicar tan bien que convirtiese a todos los infieles a la fe de Cristo, escribe que no está en eso la perfecta alegría».

Y como continuara este modo de hablar por más de dos millas, fray León, muy admirado, le preguntó: «Padre, te ruego de parte de Dios que me digas dónde está la perfecta alegría». Y san Francisco respondió: «Cuando lleguemos a Santa María de los Ángeles, empapados por la lluvia y helados de frío, y cubiertos de barro y desfallecidos de hambre y llamemos a la puerta del lugar y venga el portero irritado y nos diga: “¿Quiénes sois?” y le respondamos: “Somos dos de vuestros hermanos”, y nos diga él: “No decís la verdad, sois dos pícaros que andáis engañando al mundo y robando las limosnas de los pobres; ¡largo de aquí!”; y no nos abra, y nos haga estar fuera con la nieve y la lluvia, el frío y el hambre durante toda la noche; si toda esta crueldad y las injurias y los rechazos, los sufrimos pacientemente sin alterarnos ni murmurar, pensando con humildad que aquel portero nos conoce de veras y que Dios le hace hablar así contra nosotros; escribe, ¡oh hermano León!, que en esto está la perfecta alegría. Y si insistimos nosotros en llamar, y sale él afuera airado y nos echa de allí con insultos y a bofetadas, como a bribones importunos, diciendo: “Fuera de aquí, ladronzuelos vilísimos; id al hospital, que aquí no comeréis ni os albergaréis”; y si nosotros sufrimos esto pacientemente y con alegría y amor, escribe, ¡oh hermano León!, que en esto está la perfecta alegría. Y si nosotros, obligados por el hambre y por el frío y por la noche,

volvemos a llamar y suplicamos llorando que, por amor de Dios, nos abra y nos deje entrar; y él, aún más irritado, dice: “¡Mira que son importunos estos bribones! Yo les daré su merecido”; y sale afuera con un bastón de nudos, y nos coge de la capucha, y nos tira al suelo, y nos revuelca por la nieve y nos golpea con todos los nudos del bastón; si nosotros soportamos todas estas cosas con paciencia y alegría, pensando en las penas de Cristo bendito, que debemos soportar por su amor, escribe, ¡oh hermano León!, que en esto está la perfecta alegría. Y ahora, oye la conclusión, hermano León. Sobre todas las gracias y dones del Espíritu Santo que Cristo concede a sus amigos, está el vencerse uno mismo y sufrir con agrado, por amor de Cristo, penas, injurias, oprobios y molestias, ya que de todos los otros dones de Dios no podemos gloriarnos, pues no son nuestros, sino de Dios; y por esto dice el Apóstol: *¿Qué tienes, que no hayas recibido de Dios? Y, si lo has recibido de Él, ¿por qué gloriarte como si fuese tuyo?* (1Cor 4,7). Pero en la cruz de las tribulaciones y aflicciones podemos gloriarnos, pues dice el Apóstol: *Yo no me quiero gloriarse si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo* (Gál 6,14)».

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 9

*Cómo le enseñaba san Francisco a responder a fray León, y no podía decir nunca sino lo contrario de lo que san Francisco quería.*

Estaba una vez san Francisco, en los comienzos de la Orden, con fray León en un lugar donde no tenían libro para rezar el oficio divino, y cuando llegó la hora de maitines le dijo san Francisco a fray León: «Querido mío, no tenemos breviario y no podemos rezar maitines; pero, a fin de emplear el tiempo en alabar a Dios, hablaré yo y tú me responderás como yo te enseñe; pero procura no decir las palabras de forma distinta a la que te enseñe. Yo diré así: «¡Oh, hermano Francisco, has cometido tantas maldades y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno!». Y tú, hermano León, responderás: «En verdad, mereces el infierno más profundo». Fray León, con la sencillez de una paloma respondió: «De buena gana, Padre; comienza, en el nombre de Dios». Entonces san Francisco comenzó a decir: «¡Oh hermano Francisco, cometiste tantas maldades y tantos pecados en el siglo, que eres digno del infierno!». Y fray León respondió: «Dios hará por tu medio tantos bienes, que irás al Paraíso». Dijo san Francisco: «No digas eso, hermano León, y cuando yo diga: “¡Oh, hermano Francisco, tú has cometido tantas iniquidades contra Dios que eres digno de ser maldito de Dios”, tú responderás: “En verdad, mereces ser arrojado entre los malditos”». Y fray León respondió: «De buena gana, Padre». Entonces Francisco, con muchas lágrimas y suspiros y golpes de pecho, dijo en voz alta: «Oh, Señor mío de los cielos y la tierra, he cometido contra ti tantas iniquidades y tantos pecados que soy enteramente digno de ser maldecido por ti». Y fray León contestó: «Oh hermano Francisco, Dios te hará tal, que entre los benditos serás singularmente bendecido». Admirado Francisco de que fray León respondiese siempre lo contrario de lo que le había impuesto, le reprendió diciendo: «¿Por qué no respondes como te enseñe? Te mando por santa obediencia que respondas como te enseñe. Yo diré así: “Oh hermano Francisco, pillastre, ¿piensas que Dios tendrá misericordia de ti? Has cometido tantos pecados contra el Padre de la misericordia y el Dios de la consolación, que no eres digno de hallar misericordia?”. Y tú, hermano León, ovejuela, responderás: “De ningún modo eres digno de hallar misericordia”». Pero luego, cuando Francisco dijo: «Oh hermano Francisco, pillastre... etcétera». Y fray León respondió: «Dios Padre, cuya misericordia es más infinita que tu pecado, tendrá gran misericordia contigo y sobre ella añadirá muchas gracias». Al oír esta respuesta, san Francisco, dulcemente airado y pacientemente desconcertado, dijo a fray León: «¿Cómo has tenido la presunción de obrar en contra de la obediencia, y has respondido tantas veces lo contrario de lo que te he impuesto?». Fray León contestó con mucha humildad y respeto: «Bien sabe Dios, Padre mío, que cada vez intenté responder de corazón lo que tú me habías mandado; pero Dios me hace hablar según le place a Él y no como yo quiero». Se maravilló de ello san Francisco, y dijo a fray León: «Te ruego encarecidamente que esta vez me respondas como te he dicho». Respondió fray León: «Habla en nombre de Dios que por cierto te responderé esta vez como tú quieres». Y Francisco, entre lágrimas, dijo: «Oh hermano Francisco, pillastre, ¿piensas tú que Dios

tendrá misericordia de ti?». Y fray León respondió: «Recibirás de Dios grandes gracias y te ensalzará y glorificará sin cesar; porque quien se humilla, será ensalzado; y yo no puedo decir otra cosa, porque es Dios quien habla por mi boca». Y así, en esta humilde disputa, con muchas lágrimas y mucho consuelo espiritual, velaron hasta el alba.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 10

*Cómo fray Maseo, casi regañándole, dijo a san Francisco que todo el mundo iba detrás de él; y le respondió que aquello sucedía para confusión del mundo y por gracia de Dios, porque yo soy el más vil del mundo.*

En cierta ocasión, viviendo san Francisco en el lugar de la Porciúncula con fray Maseo de Marignano, hombre de gran santidad, discreción y gracia para hablar de Dios, por lo que san Francisco le amaba mucho, y un día que san Francisco volvía del bosque y de la oración, quiso fray Maseo probar su grado de humildad y haciéndose el enconradizo a la salida del bosque, le dijo casi regañándole: «¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti? ¿Por qué a ti?». San Francisco respondió: «¿Qué es lo que quieres decir con eso?». Dijo fray Maseo: «Me pregunto por qué todo el mundo va detrás de ti, pues parece que todos desean verte, oírte y obedecerte. No eres hermoso de cuerpo, ni posees grandes conocimientos, ni eres noble. ¿De dónde te viene, entonces, que todo el mundo te siga?». Oyendo esto san Francisco, con el espíritu regocijado, alzando su rostro al cielo, estuvo mucho tiempo con la mente puesta en Dios; luego, volviendo en sí, se arrodilló y alabó y dio gracias a Dios; después, con gran fervor de espíritu, se volvió a fray Maseo y le dijo: «¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí? ¿Quieres saber por qué a mí me sigue todo el mundo? Pues esto me viene de los ojos del Dios altísimo, que en todas partes contemplan a buenos y malos; porque aquellos ojos santísimos no han visto entre los pecadores ninguno más vil ni más inútil ni más grande pecador que yo; y al no haber encontrado sobre la tierra criatura más vil para la obra maravillosa que se propone hacer, me escogió a mí para confundir la nobleza y la grandeza y la belleza y la fortaleza y la sabiduría del mundo, a fin de que se conozca que toda virtud y todo bien proceden de Él y no de la criatura, y que nadie pueda gloriarse en su presencia, sino que quien se gloría, se gloríe en el Señor, a quien pertenece todo honor y toda gloria por siempre». Fray Maseo, ante tan humilde respuesta, dicha con todo fervor, quedó impresionado y supo con certeza que san Francisco estaba fundado de veras en la humildad.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 11

*Cómo le hizo san Francisco dar muchas vueltas a fray Maseo para conocer el camino que debía seguir.*

Yendo de camino un día san Francisco con fray Maseo, este iba un poco adelante y al llegar a un cruce de caminos, por los que se podía ir a Siena, a Florencia o a Arezzo, le preguntó a san Francisco: «Padre, ¿por qué camino debemos ir?». Respondió san Francisco: «Por el que Dios quiera». Dijo fray Maseo: «¿Y cómo podremos saber la voluntad de Dios?». Respondió san Francisco: «Por la señal que te mostraré. Te mando por el mérito de la santa obediencia que en esta encrucijada, en el sitio donde tienes los pies, des vueltas en redondo, como hacen los niños, y no pares de girar hasta que yo te lo diga». Entonces fray Maseo comenzó a dar vueltas; y tantas dio, que le entró vértigo en la cabeza, como suele suceder con tanto girar y se cayó varias veces al suelo; pero como san Francisco no le decía que parase, y él quería obedecer fielmente, se levantaba otra vez. Por fin, cuando giraba más aprisa, le dijo san Francisco: «Quieto, no te muevas». Y él se quedó quieto, y san Francisco le preguntó: «¿Hacia qué parte tienes la cara?». Respondió fray Maseo: «Hacia Siena». Dijo san Francisco: «Ese es el camino por el que Dios quiere que vayamos».

Yendo ya por aquel camino, fray Maseo se asombraba mucho de lo que san Francisco le había hecho hacer, como si fuera un chiquillo, a vista de los seculares que pasaban; sin embargo, por respeto, no se atrevía a decir nada a su santo padre.

Cuando se acercaban a Siena, al oír los habitantes de la ciudad que llegaba el santo, salieron a su encuentro y con mucha devoción les llevaron a él y a su compañero hasta el obispado, sin dejar que tocaran el suelo con los pies. En aquel momento, algunos hombres de Siena estaban combatiendo entre ellos y ya habían muerto dos. San Francisco se llegó allí y les predicó tan devota y santamente, que hicieron las paces con gran humildad y concordia. Enterado el Obispo de Siena de la santa obra que san Francisco había hecho, le invitó a su casa y le recibió con grandísimo honor aquel día y también por la noche. Pero a la mañana siguiente, san Francisco, como el verdadero humilde que en sus obras no busca sino la gloria de Dios, se levantó temprano con su compañero y partió sin saberlo el Obispo.

De aquí que el mencionado fray Maseo fuera murmurando en su interior por el camino y diciéndose: «¿Qué es lo que ha hecho este buen hombre? Me hizo dar vueltas igual que un chiquillo; y al Obispo, que le ha hecho tanto honor, ni siquiera le dijo una buena palabra ni le dio las gracias». Y le parecía a fray Maseo que san Francisco se había portado con poca discreción. Pero luego, por inspiración divina, entrando en sí mismo, se reprendía diciendo en su corazón: «Fray Maseo, eres muy soberbio juzgando las obras divinas, y te mereces el infierno por tu indiscreta soberbia; porque ayer hizo el hermano Francisco tan santas obras, que si las hubiera hecho un ángel de Dios no habrían sido más maravillosas; por lo que aunque te mandase tirar piedras, deberías hacerlo y obedecerle, pues todo lo que ha hecho en este viaje ha sido por designio divino, como lo demuestra el buen resultado obtenido; que si no hubiera apaciguado a



los que peleaban, no sólo hubieran muerto a estocadas muchas vidas, sino que también el diablo hubiera arrastrado muchas almas al infierno; por eso eres muy tonto y soberbio en murmurar de lo que manifiestamente procede de la voluntad de Dios».

Y todas estas cosas que decía fray Maseo en su corazón, mientras caminaba delante, le fueron reveladas por Dios a san Francisco, que se acercó a él y le dijo: «Procura atenerte a las cosas que vas pensando ahora, pues son buenas y útiles e inspiradas por Dios; pero la murmuración de antes era ciega y vana y soberbia, y te la inculcaba el demonio». Entonces fray Maseo vio claramente que san Francisco conocía los secretos de su corazón y comprendió ciertamente que el espíritu de la divina Sabiduría guiaba en todas sus acciones al padre santo.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 12

*Cómo san Francisco le puso a fray Maseo en los oficios de la puerta, la limosna y la cocina, y después, a ruego de los demás hermanos, se los quitó.*

San Francisco, queriendo humillar a fray Maseo<sup>111</sup>, para que no se envaneciera con los muchos dones y gracias que Dios le daba, sino que, por la virtud de la humildad, creciese con ellos de virtud en virtud, y en cierta ocasión en que vivía en un lugar solitario con aquellos sus primeros compañeros verdaderamente santos, entre los cuales estaba fray Maseo, le dijo delante de todos los compañeros: «Fray Maseo, todos estos compañeros tuyos tienen la gracia de la oración y de la contemplación, mas tú tienes la de predicar la divina palabra para agrado del pueblo. Por eso, a fin de que puedan dedicarse a la contemplación, quiero que tú te encargues de la puerta, de la limosna y de la cocina; y cuando los otros hermanos coman, tú comerás a la puerta del lugar para que a cuantos vengan, antes que llamen, les alegres con alguna buena palabra de Dios; y así nadie tendrá que salir fuera, sino tú. Y esto lo harás por el mérito de la santa obediencia». Entonces fray Maseo, quitándose la capucha e inclinando la cabeza humildemente, recibió y continuó esta obediencia durante muchos días, atendiendo a la vez la puerta, la limosna y la cocina.

Pero los compañeros, como eran hombres iluminados por Dios, comenzaron a sentir en sus corazones un gran remordimiento, considerando que fray Maseo era hombre de tanta perfección como ellos o más y que cargaba él solo con todo el peso del lugar; por lo cual, y movidos todos de un mismo sentir, fueron a suplicar al padre santo que tuviese a bien distribuir entre ellos aquellos oficios, pues sus conciencias de ningún modo podían soportar que fray Maseo cargara con tantas fatigas. Oyendo esto, san Francisco aceptó sus consejos y accedió a lo que pedían; así que llamó a fray Maseo y le dijo: «Tus compañeros, fray Maseo, quieren hacer parte de los oficios que te he dado, pero yo quiero que los oficios se dividan». Dijo fray Maseo con mucha humildad y paciencia: «Padre, lo que tú me impones, en todo o en parte, lo considero como dispuesto por Dios». Entonces san Francisco, viendo la caridad de los compañeros y la humildad de fray Maseo, les predicó maravillosamente sobre la muy santa humildad, enseñándoles que cuanto mayores dones y gracias nos dé Dios, tanto más humildes debemos ser; pues, sin la humildad, ninguna virtud es aceptable para Dios. Y después de la predicación, distribuyó los oficios con grandísima caridad.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 13

*Cómo san Francisco y fray Maseo pusieron sobre una piedra, al lado de una fuente, el pan que habían mendigado, y san Francisco alabó mucho la pobreza. Después rogó a Dios y a san Pedro y san Pablo que le enseñasen a amar en santa pobreza, y cómo se le aparecieron san Pedro y san Pablo.*

El maravilloso siervo e imitador de Cristo, messere san Francisco, para ser perfectamente conforme en todo a Jesucristo, el cual, según el evangelio, envió a sus discípulos de dos en dos a todas las ciudades y lugares donde Él había de ir, una vez que, a semejanza de Cristo, hubo reunido doce compañeros, les envió por el mundo, de dos en dos, a predicar. Y, para darles ejemplo de verdadera obediencia, comenzó él primero a obrar antes que a enseñar. Por eso, habiendo asignado a los compañeros las otras partes del mundo, tomó por compañero a fray Maseo y se puso en camino hacia Francia. Y llegaron un día, bastante hambrientos, a un pueblo y, según la Regla, fueron mendigando el pan por amor de Dios; san Francisco por una calle y fray Maseo por otra. A san Francisco, como era menudo de cuerpo y de aspecto despreciable, le consideraron un vil pordiosero aquellos que no le conocían y no recogió sino algunos pedazos de pan y unos pocos mendrugos; pero a fray Maseo, como era alto y hermoso de cuerpo, le dieron muchos pedazos grandes y buenos y hasta algún pan entero.

Cuando terminaron de mendigar, se juntaron ambos a comer en las afueras del pueblo, en un sitio donde había una hermosa fuente y al lado una piedra grande y amplia, sobre la que puso cada uno la limosna que había recogido. Y viendo san Francisco que los pedazos de pan de fray Maseo eran más buenos y grandes que los suyos, se llenó de alegría y dijo así: «Oh fray Maseo, no somos dignos de tan gran tesoro». Y repitiendo estas palabras varias veces, le dijo fray Maseo: «Padre, ¿cómo puedes hablar de tesoro, donde hay tanta pobreza y carencia de las cosas que necesitamos? Aquí no hay mantel, ni cuchillo, ni escudillas, ni casa, ni mesa, ni criado, ni criada». Dijo san Francisco: «Esto es lo que yo considero un gran tesoro; pues aquí no hay cosa alguna preparada por la humana industria, sino que todo nos lo ha preparado la divina Providencia, como se ve manifiestamente en el pan mendigado, en la mesa de piedra tan hermosa y en la fuente tan clara: por eso no quiero otra cosa que el tesoro de la santa pobreza, tan noble, que tiene por servidor a Dios, que hace amar con todo el corazón». Y dichas estas palabras, hicieron oración y tomaron aquellos trozos de pan y aquella agua como refrigerio del cuerpo y se levantaron para seguir el camino hacia Francia.

Y llegando a una iglesia, dijo san Francisco al compañero: «Entremos a orar en esta iglesia». Y san Francisco fue a ponerse en oración detrás del altar, y en aquella oración recibió de la divina visitación un fervor tan intenso y que de tal modo encendió su alma en el amor de la santa pobreza, que, tanto por el color de su cara como por su boca, desmesuradamente abierta, parecía despedir llamas de amor; y acercándose así encendido a su compañero, le dijo: «¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! fray Maseo, dame a ti mismo». Y así repitió esto por tres veces, y a la tercera san Francisco levantó por el aire con el aliento a fray Maseo y le lanzó hacia delante un buen trecho, dejándole sumamente

asombrado. Y contó después fray Maseo a sus compañeros que, cuando san Francisco le elevó y le impulsó con el aliento, sintió en el alma tal dulzura y tal consuelo del Espíritu Santo como jamás lo había sentido en su vida. Y después de esto, le dijo san Francisco: «Mi querido compañero, vayamos a San Pedro y San Pablo y roguémosles que nos enseñen y ayuden a poseer el inmenso tesoro de la muy santa pobreza, pues es un tesoro tan noble y divino que no somos dignos de llevarlo en nuestros viles vasos. Esta es aquella virtud celestial por la que se han de pisotear todas las cosas terrenas y transitorias, y con la que se le quitan al alma todas las barreras para que libremente pueda unirse con el Dios eterno. Esta es aquella virtud por la que el alma, aún en la tierra, conversa en el cielo con los ángeles. Esta es la que acompañó a Cristo en la cruz; con Cristo fue sepultada, con Cristo resucitó y con Cristo subió a los cielos; ella es la que da en esta vida, a las almas que se le enamoran, ligereza para volar al cielo, y es ella la que vela las armas de la verdadera humildad y caridad. Pidamos, pues, a los santísimos Apóstoles de Cristo, que fueron amantes perfectos de esta perla evangélica, que nos consigan esta gracia de nuestro Señor Jesucristo y que, por su santa misericordia, nos haga dignos de ser verdaderos amantes, cumplidores y discípulos humildes de la muy preciosa y muy amada y evangélica pobreza».

Y conversando de esto llegaron a Roma, y entraron en la iglesia de San Pedro; y san Francisco se puso a orar en un rincón con muchas lágrimas y devoción, y se aparecieron a Francisco los santísimos apóstoles Pedro y Pablo en medio de un gran resplandor y le dijeron: «Puesto que pides y deseas observar lo que Cristo y los Apóstoles observaron, nuestro Señor Jesucristo nos envía a decirte que tu oración ha sido oída y Dios os concede a ti y a cuantos te sigan, con entera perfección, el tesoro de la muy santa pobreza. Y además, te anunciamos de su parte que cualquiera que, a ejemplo tuyo, siga perfectamente este deseo, tiene segura la felicidad de la vida eterna, y tú y todos tus seguidores seréis benditos de Dios». Dichas estas palabras, desaparecieron, dejando a san Francisco lleno de consuelo. Se levantó de la oración y volviendo donde su compañero le preguntó si Dios le había revelado algo; como él respondió que no, san Francisco le contó cómo se le habían aparecido los santos Apóstoles y lo que le habían revelado. Y con esto, llenos los dos de alegría, determinaron regresar al valle de Spoleto, dejando el viaje a Francia.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 14

*Cómo, estando san Francisco hablando de Dios a sus hermanos, Dios se apareció en medio de ellos.*

Estando san Francisco en un lugar, en los comienzos de la religión, reunió a sus compañeros para hablar de Cristo y, lleno de fervor de espíritu, mandó a uno de ellos que, en nombre de Dios, abriera la boca y hablase de Dios lo que el Espíritu Santo le inspirase, y el hermano cumplió el mandato y habló de Dios maravillosamente; y san Francisco le impuso silencio y mandó a otro hermano que hiciese lo mismo, y este, obediente, habló de Dios con toda sutileza, y san Francisco le impuso silencio de igual modo y mandó lo mismo a un tercero, que también comenzó a hablar de las cosas secretas de Dios tan profundamente que san Francisco conoció con certeza que hablaba inspirado, como los otros, por el Espíritu Santo. Y esto también se demostró mediante una señal expresa; ya que mientras estaban en esta conversación, se apareció Cristo bendito en medio de ellos con el aspecto y la forma de un joven bellísimo y, bendiciéndoles a todos, les llenó de tanta gracia y dulzura, que todos ellos se quedaron extasiados<sup>[12]</sup> y fuera de sí, y yacían como muertos, sin sentir las cosas de este mundo. Cuando volvieron en sí, les dijo san Francisco: «Hermanos míos muy queridos, dad gracias a Dios que ha querido revelar los tesoros de la divina sabiduría por boca de los simples, pues es Dios quien abre la boca de los mudos y hace que las lenguas de los sencillos hablen sabiamente».

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 15

*Cómo santa Clara comió con Francisco y con sus compañeros hermanos en Santa María de los Ángeles.*

San Francisco, cuando estaba en Asís, visitaba muchas veces a santa Clara y le daba santas instrucciones. Ella tenía un deseo muy grande de comer una vez con él, y se lo pidió muchas veces, pero él no quería darle este consuelo; por lo cual, al ver sus compañeros el deseo de santa Clara, dijeron a san Francisco: «Padre, no nos parece que sea según la caridad divina esa rigidez en no complacer a la hermana Clara, una virgen tan santa y amada de Dios, en una cosa tan pequeña como es comer contigo, especialmente si se considera que, por tu predicación, abandonó ella las riquezas y pompas del mundo. En verdad que si ella te pidiera un favor mayor que este, se lo deberías hacer: es una planta espiritual tuya». Entonces san Francisco les dijo: «¿Os parece que la debo complacer?». Respondieron ellos: «Sí, Padre, es digna cosa que le concedas esta gracia y este consuelo». Dijo entonces san Francisco: «Puesto que así os parece a vosotros, también a mí. Y para que sea mayor su consuelo, quiero que esta comida se haga en Santa María de los Ángeles, pues ella ha estado recluida mucho tiempo en San Damián, y le agradecerá ver el lugar de Santa María, donde le fue cortado el cabello y donde fue hecha esposa de Jesucristo; y allí comeremos juntos en el nombre de Dios».

Llegado el día señalado, santa Clara salió del monasterio con una compañera, y junto a los compañeros de san Francisco, vino a Santa María de los Ángeles y saludó devotamente a la Virgen María ante el altar donde le habían cortado el cabello y donde había recibido el velo, y la llevaron a ver el lugar mientras llegaba la hora de comer. En tanto, san Francisco hizo poner la mesa sobre el suelo, según acostumbraba. Llegada la hora de comer, se sentaron juntos san Francisco y santa Clara, y uno de los compañeros de san Francisco y la compañera de santa Clara, y después todos los demás compañeros se acercaron humildemente a la mesa. Como primera vianda, san Francisco comenzó a hablar de Dios con tal suavidad y tal elevación, y tan maravillosamente, que descendió sobre ellos la abundancia de la divina gracia y todos se quedaron extasiados en Dios. Y estando así arrobados, elevados los ojos y las manos hacia el cielo, los hombres de Asís, de Bettona y de la comarca cercana vieron que Santa María de los Ángeles, y todo el lugar y el bosque que entonces había al lado, ardían con enormes llamas, y parecía como si un gran incendio estuviese devorando a un tiempo la iglesia, el lugar y el bosque; por lo que los habitantes de Asís corrieron allá con gran prisa para apagar el fuego, creyendo de veras que todo ardía. Pero, cuando llegaron y vieron que nada ardía, entraron y encontraron dentro a san Francisco y a santa Clara, con toda su compañía, arrobados en la contemplación de Dios y sentados en torno de aquella humilde mesa. Con lo cual comprendieron ciertamente que aquel fuego era divino y no material y que Dios lo había hecho aparecer milagrosamente para significar y manifestar el fuego del amor divino en que ardían las almas de aquellos santos hermanos y hermanas; y se marcharon con el corazón lleno de consuelo y santamente edificados.

Después de mucho rato, volvieron en sí san Francisco y santa Clara y los demás, y como se sintieron bien confortados con el alimento espiritual, se preocuparon poco por la comida del cuerpo. Y, terminada así aquella bendita comida, santa Clara, bien acompañada, se volvió a San Damián. Las hermanas se alegraron mucho cuando la vieron, pues temían que san Francisco la hubiese enviado a regir otro monasterio, como ya había enviado a la hermana Inés, su santa hermana, a regir como abadesa el monasterio de Monticelli de Florencia; pues san Francisco le había dicho alguna vez a santa Clara: «Prepárate, por si fuera necesario enviarte a algún lugar». Y ella, como hija de la santa obediencia, había respondido: «Padre, siempre estoy preparada para ir donde me mandes». Por eso las hermanas se alegraron mucho cuando volvió; y santa Clara quedó desde entonces muy consolada.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 16

*Cómo san Francisco, después de recibir de santa Clara y del santo fray Silvestre el consejo de predicar para convertir a mucha gente, fundó la Orden Tercera y predicó a los pájaros e hizo que las golondrinas estuviesen calladas.*

El humilde siervo de Cristo san Francisco, poco tiempo después de su conversión, habiendo ya reunido y admitido en la Orden a muchos compañeros, entró en dudas y reflexiones sobre lo que debía hacer: si dedicarse tan solo a la oración, o bien alguna vez a la predicación; y sobre todo deseaba mucho conocer la voluntad de Dios. Y como su gran humildad no le dejaba presumir de sí ni de sus oraciones, pensó averiguar la voluntad divina por medio de la voluntad de otros, por lo que llamó a fray Maseo y le dijo: «Ve donde la hermana Clara y dile de mi parte que ella y alguna de sus compañeras más espirituales rueguen devotamente a Dios para que se digne manifestarme qué será lo mejor: si dedicarme a predicar o solamente a la oración. Después irás a decir lo mismo a fray Silvestre». Era este el messere Silvestre que, aún en el siglo, había visto una cruz de oro que salía de la boca de Francisco y llegaba al cielo y se extendía hasta los confines del mundo. Y era este fray Silvestre de tanta devoción y santidad que muchas veces hablaba con Dios, que siempre oía sus ruegos y le concedía cuanto pedía; por eso san Francisco le tenía mucha devoción.

Se marchó fray Maseo, y según mandato de san Francisco, dio primero el encargo a santa Clara y después a fray Silvestre. Este, apenas lo oyó, se puso inmediatamente en oración, y orando obtuvo la respuesta de Dios, y volvió a donde fray Maseo a decirle: «Esto es lo que dice Dios que le digas al hermano Francisco: “que Dios no le ha llamado a este estado solamente para él, sino para que produzcan fruto las almas y se salven muchos por él”». Recibida esta respuesta, volvió fray Maseo a preguntar a santa Clara lo que había implorado a Dios y santa Clara le dijo que ella y las demás compañeras habían recibido de Dios la misma respuesta que fray Silvestre.

Con esto se volvió fray Maseo donde estaba san Francisco, y este le recibió con grandísima caridad, le lavó los pies, le preparó de comer y después de la comida llamó a fray Maseo al bosque y se arrodilló delante de él, se quitó la capucha y, cruzando los brazos, le preguntó: «¿Qué es lo que me manda hacer mi Señor Jesucristo?». Contestó fray Maseo: «Tanto a fray Silvestre como a la hermana Clara y a sus hermanas les respondió y reveló Cristo que su voluntad es que vayas a predicar por el mundo; pues no te ha elegido para ti sólo, sino también para la salvación de los demás». Y entonces san Francisco, al oír esta respuesta y conocer por ella la voluntad de Cristo, se levantó con grandísimo fervor y dijo: «Vayamos, en el nombre de Dios». Y tomó por compañeros a fray Maseo y a fray Ángel, hombres santos.

Y marcharon a impulsos del espíritu sin elegir camino ni senda, y llegaron a un pueblo que se llamaba Savurniano. Y san Francisco se puso a predicar, ordenando primero a unas golondrinas que guardasen silencio hasta que él terminase de predicar. Y las golondrinas le obedecieron y predicó allí con tanto fervor, que todos los hombres y las mujeres, por devoción, querían seguirle y abandonar el pueblo, pero san Francisco no les



dejó, y les dijo: «No tengáis prisa ni os marchéis, y yo os ordenaré lo que debéis hacer para la salvación de vuestras almas». Y entonces pensó en fundar la Orden Tercera para la salvación universal de todos. Y dejándoles muy consolados y bien dispuestos a convertirse, se marchó de allí y pasó entre Cannai y Bevagno.

Siguió caminando, con aquel fervor, levantó la vista y vio que en algunos árboles al lado del camino bullía una multitud casi infinita de pajarillos. Maravillado, san Francisco dijo a los compañeros: «Esperadme aquí en el camino, que voy a predicar a mis hermanos los pájaros». Y adentrándose en el campo, comenzó a predicar a los pájaros que había en el suelo; y rápidamente acudieron a él los que estaban en los árboles y se quedaron quietos todos juntos, hasta que san Francisco terminó de predicar y sólo se marcharon cuando él les dio su bendición. Y según refirió después fray Maseo a fray Jacobo de Massa, san Francisco anduvo entre ellos y les tocó con la túnica y ninguno se movía. La predicación de san Francisco, en resumen, fue así: «Hermanos míos pájaros, debéis estar muy agradecidos a Dios vuestro Creador y debéis alabarlo siempre y en todo lugar; pues os ha dado la libertad de volar a cualquier parte y también os dio vestimenta doble y hasta triple, y además guardó vuestra simiente en el arca de Noé para que vuestra especie no faltase en el mundo; y le debéis también gratitud por el elemento del aire que Él os ha destinado. Aparte de esto, vosotros no sembráis ni segáis, y Dios os alimenta, os da los ríos y las fuentes para beber, y os da los montes y los valles para vuestro refugio y los árboles altos para hacer vuestros nidos. Y tampoco sabéis hilar ni coser y Dios os viste a vosotros y a vuestros hijos. Mucho os ama el Creador, pues os da tantos bienes; por eso debéis guardaros, hermanos míos, del pecado de la ingratitud y cuidaros de alabar siempre a Dios». Cuando dijo san Francisco estas palabras, todos aquellos pájaros comenzaron a abrir los picos y a estirar los cuellos, y a abrir las alas, y a inclinar reverentemente las cabezas hasta el suelo, demostrando con estas actitudes y con sus cantos que el padre santo les llenaba de contento; y san Francisco se alegraba y divertía junto con ellos, y se maravillaba mucho de tal multitud de pájaros y de su bellísima variedad y de su atención y familiaridad; por lo cual alababa en ellos devotamente al Creador.

Finalmente, terminada la predicación, san Francisco trazó sobre ellos la señal de la cruz y les dio permiso para irse. Al punto todos aquellos pájaros se elevaron por el aire con maravillosos cantos y luego, según la cruz que san Francisco les había trazado, se dividieron en cuatro partes, volando una hacia el oriente, otra al occidente, la tercera al mediodía y la cuarta hacia el septentrión, y cada grupo partía cantando maravillosos cantos. Y esto significaba que, igual que san Francisco, portaestandarte de la cruz de Cristo, les había predicado y trazado sobre ellos la señal de la cruz, según la cual se dividían hacia las cuatro partes del mundo, así la predicación de la cruz de Cristo, renovada por san Francisco, debía ser llevada a todo el mundo por él y sus hermanos, los cuales, como los pájaros, no poseyendo nada propio en este mundo, confiaban sus vidas a la sola providencia de Dios.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 17

*Cómo un muchacho, cuando san Francisco oraba de noche, vio a Cristo y a la Virgen y a muchos otros santos hablando con él.*

Un muchacho muy puro e inocente fue recibido en la Orden, viviendo aún san Francisco, y estaba en un lugar pequeño en el que los frailes, por necesidad, dormían en el suelo. Vino una vez san Francisco a este lugar y, por la tarde, después de completas, se fue a dormir para poder levantarse de noche a orar, como solía hacer, mientras los demás dormían. Aquel muchacho se propuso espiar con todo cuidado los pasos de san Francisco para poder conocer su santidad y, especialmente, para saber qué hacía de noche cuando se levantaba. Y para que el sueño no se lo impidiese, el muchacho se echó a dormir al lado de san Francisco y ató su cordón al del santo, a fin de sentirlo cuando se levantase, y de nada de esto se enteró san Francisco. Por la noche, en el primer sueño, cuando todos los hermanos dormían, san Francisco se levantó y encontró su cordón así atado, y se lo desató muy despacito para que el muchacho no se despertase; y él salió solo al bosque próximo al lugar y entró en una celdita que allí había y se puso en oración.

Y tras algún tiempo se despertó el muchacho y al encontrar desatado el cordón y que san Francisco se había marchado, se levantó y se puso a buscarle; al ver abierta la puerta que conducía al bosque, pensó que san Francisco estaría allí y también él se internó en el bosque. Cuando llegó cerca del lugar en que san Francisco oraba, comenzó a oír una animada conversación, y al acercarse más para ver y atender lo que oía, divisó una luz admirable que rodeaba a san Francisco y en ella vio a Cristo y a la Virgen María, y los santos Juan Bautista y Juan Evangelista y una grandísima multitud de ángeles que hablaban con san Francisco. Y al ver y oír esto, el muchacho se cayó al suelo desmayado. Después, cuando terminó el misterio de aquella santa aparición, se volvió san Francisco al lugar y se tropezó con el muchacho, que yacía en el camino como muerto; y, lleno de compasión, le levantó y le llevó en sus brazos como hace el buen pastor con sus ovejuelas.

Cuando, después, le dijo el muchacho que había visto aquella aparición, le mandó que jamás se lo dijese a nadie mientras él viviese. Este muchacho, más tarde, creció mucho en la gracia de Dios y en la devoción de san Francisco, y llegó a ser un eminente hombre de la Orden, y sólo después de la muerte del santo reveló a los hermanos aquella visión.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 18

*Del maravilloso Capítulo que convocó san Francisco en Santa María de los Ángeles, donde acudieron más de cinco mil hermanos.*

El siervo fiel de Cristo san Francisco convocó una vez Capítulo General en Santa María de los Ángeles, donde se reunieron más de cinco mil hermanos y al que asistió también santo Domingo, cabeza y fundador de la Orden de los Hermanos Predicadores, que se dirigía entonces de Borgoña a Roma y, al oír hablar del Capítulo que san Francisco había convocado en la llanura de Santa María de los Ángeles, fue a verlo con siete hermanos de su Orden. También acudió un cardenal<sup>[13]</sup> devotísimo de san Francisco, al cual le había profetizado que llegaría a ser papa, como así sucedió. Este cardenal había llegado expresamente a Asís desde Perugia, donde estaba la Corte; y todos los días venía a ver a san Francisco y a sus hermanos, y unas veces cantaba la Misa, y otras predicaba a los hermanos en el Capítulo; y recibía mucho gozo y devoción cuando visitaba aquel santo Colegio, al ver a los hermanos sentados, en aquella llanura en torno de Santa María, en grupos de cuarenta, cien, doscientos juntos, todos ocupados en hablar de Dios, en rezar, en llorar de consuelo y en practicar la caridad; y permanecían en tanto silencio y con tanta modestia que no se sentía allí ningún rumor ni ruido, y maravillado de tan grande y bien ordenada multitud, decía llorando de devoción: «¡Este es en verdad el campamento y el ejército de los caballeros de Dios!». En medio de tal multitud no se oía a nadie hablando de cosas intrascendentes o vanas, sino que, allí donde se reunía un grupo de hermanos, oraban, o rezaban el Oficio, o lloraban sus pecados y los de sus bienhechores, o hablaban de la salvación del alma. Había en aquel campo cobertizos hechos con rejillas o con esteras, y separados por grupos, según los hermanos de las distintas provincias, y por eso se llamaba el Capítulo de las esteras o de los cañizos. La cama era la tierra desnuda, y a lo más, un poco de paja; el cabezal, una piedra o un leño. Y todo esto movía a devoción a cuantos lo oían o veían; y era tal la fama de su santidad que de la Corte del papa, que estaba entonces en Perugia, y de toda la comarca del valle de Spoleto, acudían muchos condes, barones y gentileshombres y caballeros y muchos ciudadanos y cardenales y obispos y abades y otros muchos clérigos, para ver aquella congregación tan santa, numerosa y humilde; pues jamás el mundo había visto tal número de hombres santos reunidos; y, principalmente, venían a ver al que era cabeza y padre santísimo de aquella santa gente, el cual había robado al mundo tan bella presa y reunido a tan bello y devoto rebaño para seguir las huellas del verdadero pastor, Jesucristo.

Estando, pues, reunido todo el Capítulo general, el santo padre de todos y ministro general, san Francisco, con fervor de espíritu, expuso la palabra de Dios, predicándoles en voz alta lo que el Espíritu Santo le hacía hablar, y como tema de predicación propuso estas palabras: «Hijos míos, grandes cosas hemos prometido a Dios; pero mucho mayores nos las ha prometido Dios a nosotros si cumplimos lo que le hemos prometido y esperamos de veras lo que Él nos promete. Breve es el deleite del mundo; mas la pena que le sigue después es perpetua; pequeña es la pena de esta vida, pero la gloria de la otra vida es infinita». Y predicó con mucha devoción sobre estas palabras, confortando y

alentando a todos sus hermanos a la obediencia y al respeto de la Santa Madre Iglesia y a la caridad fraterna, y a rogar a Dios por todo el pueblo, a tener paciencia en la adversidad del mundo y templanza en la prosperidad, a tener pureza y castidad angélicas, a vivir en paz y concordia con Dios y con los hombres y con la propia conciencia y a amar y observar la muy santa pobreza. Y, al llegar aquí, dijo: «Por el mérito de la santa obediencia, os mando a cuantos estáis aquí reunidos que ninguno de vosotros se cuide o preocupe de lo que ha de comer o beber o de las cosas que necesita el cuerpo, sino atended tan solo a orar y alabar a Dios y dejadle a Él todo el cuidado del cuerpo; pues Él cuida especialmente de vosotros». Y todos recibieron este mandato con el corazón alegre y el semblante feliz y, cuando Francisco terminó de predicar, se pusieron en oración.

Santo Domingo, que asistió a todo esto, se maravilló mucho del mandato de san Francisco y lo juzgaba indiscreto, ya que no podía entender cómo se podría gobernar aquella multitud tan grande sin cuidarse o preocuparse de lo necesario para el cuerpo. Pero el pastor principal, Cristo bendito, queriendo demostrar cómo cuida Él de sus ovejas y el singular amor que tiene a sus pobres, inspiró inmediatamente a las gentes de Perugia, y de Spoleto, de Foligno y de Asís y de toda la comarca, que llevasen de comer y de beber a aquella santa congregación. Y, de pronto, se vio venir de todas aquellas tierras hombres con jumentos, caballos y carros cargados de pan y de vino, de habas, de queso y de otras cosas buenas de comer según lo necesitaban los pobres de Cristo. Traían, además, manteles, jarras, cuencos, vasos y otros utensilios necesarios para tanta multitud; y se consideraba feliz quien más cosas podía traer o servirles con más esmero, de tal modo que hasta los caballeros y los barones y otros gentileshombres que habían venido a verlos, se ponían a servirles con gran humildad y devoción. Por lo cual, santo Domingo, al ver todo esto, comprobó de veras que la Divina Providencia cuidaba de ellos y reconoció con humildad que se había engañado al juzgar de indiscreto el mandato de san Francisco, y, arrodillándose delante, le declaró humildemente su culpa y añadió: «Dios, en verdad, cuida especialmente de estos santos pobrecillos, y yo no lo sabía. De hoy en adelante prometo observar la santa pobreza evangélica, y maldigo, de parte de Dios, a todos los hermanos de mi Orden que presuman en ella de tener propiedades». Quedó santo Domingo muy edificado de la fe del muy santo Francisco y de la obediencia y pobreza de tan grande y ordenado Colegio, así como también de la Divina Providencia y de la copiosa abundancia de todo bien.

En este mismo capítulo le dijeron a san Francisco que muchos hermanos llevaban cilicios y argollas de hierro en la carne y que, por esta causa, enfermaban muchos, y algunos morían y otros quedaban impedidos para orar. Francisco, como muy discreto padre, les mandó, por santa obediencia, que cuantos tuviesen cilicios o argollas de hierro se las quitasen y las trajeran ante él; y así lo hicieron. Se contaron quinientos cilicios de hierro y muchas más argollas para los brazos y la cintura, de modo que formaron un gran montón; y todo lo hizo dejar allí san Francisco.

Una vez terminado el Capítulo, san Francisco animó a todos a seguir en la virtud y les instruyó sobre cómo habrían de vivir sin pecado en este mundo malvado y les envió a sus provincias con la bendición de Dios y la suya, llenos todos de consuelo y alegría

espiritual.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 19

*Cómo de la viña del cura de Rieti, en cuya casa oró san Francisco, por la mucha gente que acudía a él, se cortaron y se recogieron las uvas; y después milagrosamente, se sacó más vino que nunca, tal como san Francisco había prometido. Y cómo Dios reveló a san Francisco que iría al Paraíso cuando muriese.*

Encontrándose una vez san Francisco gravemente enfermo de los ojos, messere Hugolino, cardenal protector de la Orden, que le tenía un gran cariño, le escribió que fuese a verle a Rieti, donde había excelentes médicos de los ojos. Entonces san Francisco, recibida la carta del cardenal, fue primero a San Damián, donde estaba santa Clara, la muy devota esposa de Cristo, para darle alguna consolación y después marcharse a casa del cardenal. Estando allí, a la noche siguiente empeoró tanto de los ojos que no veía ni la luz; ya que no podía marcharse, santa Clara le hizo una celdita de cañas en la que pudiese reposar mejor. Pero san Francisco, por el dolor de la enfermedad y por la multitud de ratones que le incomodaban mucho, no encontraba la forma de descansar, ni de día ni de noche. Y como se prolongase aquella pena y tribulación, comenzó a pensar y a reconocer que aquello era un flagelo de Dios por sus pecados, y empezó a dar gracias a Dios de todo corazón y también de palabra, y clamaba en voz alta diciendo: «Señor Dios mío, me merezco todo esto y mucho más. Señor mío Jesucristo, pastor bueno, que nos muestras tu misericordia a nosotros, indignos pecadores, con diversas penas y aflicciones corporales, concédeme a mí, ovejuela tuya, virtud y gracia para que, por ninguna enfermedad y angustia o dolor, me separe de ti». Y hecha esta oración, vino una voz del cielo que decía: «Francisco, respóndeme: si toda la tierra fuese de oro y todos los montes, collados y peñas fueran piedras preciosas, y bálsamo todos los mares, ríos y fuentes, y tú encontraras otro tesoro más noble que estas cosas, del mismo modo que el oro es más noble que la tierra, el bálsamo que el agua y las piedras preciosas que los montes o las peñas, y te diesen por esta enfermedad aquel más noble tesoro, ¿no deberías estar contento y bien alegre?». San Francisco respondió: «Señor, no me merezco un tesoro tan precioso». Y la voz de Dios le dijo: «Alégrate, Francisco, pues aquel es el tesoro de la vida eterna que yo te reservo y con el que, desde ahora, quedas investido; y esta enfermedad y aflicción es prenda de aquel bendito tesoro». Entonces san Francisco llamó al compañero con grandísima alegría por tan gloriosa promesa y le dijo: «Vayamos donde el cardenal». Y tras consolar primero a santa Clara con santas palabras y despedirse humildemente de ella, se puso en camino hacia Rieti. Cuando ya estaba cerca, vino a su encuentro tal multitud de gente, que no quiso entrar en la ciudad, y se dirigió a una iglesia que distaba de la ciudad unas dos millas. Mas, cuando la gente supo que él estaba en aquella iglesia, corrieron en tropel a verle, de modo que la viña de la iglesia quedó toda arrasada y todas las uvas cortadas, de lo cual se dolía mucho el cura en su corazón, y se arrepentía de haber recibido a san Francisco en su iglesia. Supo el santo, por revelación divina, los pensamientos del presbítero, y le hizo llamar para decirle: «Padre muy querido, ¿cuántas cargas de vino te produce al año esta viña, cuando la cosecha es mejor?». Respondió que doce cargas. Dijo san Francisco: «Te ruego,

Padre, que lleves con paciencia el que yo me quede aquí unos días, pues encuentro aquí mucho reposo; y deja que todo el mundo tome uvas de tu viña por amor de Dios y de este *poverello*, y yo te prometo, de parte de mi Señor Jesucristo, que la viña te producirá este año veinte cargas». Y esto lo hacía san Francisco para seguir allí por el gran fruto espiritual que se veía palpablemente en la gente que allí acudía; muchos salían embriagados del amor divino y abandonaban el mundo. Se fió el cura de la promesa de san Francisco y dejó libremente la viña a cuantos venían a verle. ¡Y cosa admirable! La viña quedó del todo arruinada y despojada, sin que apenas quedara algún que otro racimo; pero, cuando llegó el tiempo de la vendimia, el presbítero recogió aquellos racimos, los metió en el tonel y los pisó; y según la promesa de san Francisco, produjeron veinte cargas de excelente vino. Manifiestamente se dio a entender en este milagro que, así como por los méritos de san Francisco la viña, despojada de uvas, produjo abundancia de vino, así el pueblo cristiano, estéril de virtud por el pecado, por los méritos y la doctrina de san Francisco produce muchas veces abundantes frutos de conversión.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 20

*De una muy bella visión que tuvo un hermano joven, que tenía tal abominación de la túnica que estaba dispuesto a quitársela y dejar la Orden.*

Un joven muy noble y delicado entró en la orden de san Francisco, y al cabo de unos días, por instigación del demonio, comenzó a sentir tal abominación de la túnica que vestía, que le parecía llevar un saco vilísimo; tenía horror de las mangas, y abominaba de la capucha, y su longitud y aspereza le parecían una carga insoportable. Finalmente, aumentó en él el desagrado por la religión, y decidió dejar la túnica y volverse al mundo.

Tal como le había enseñado su maestro, tenía ya por costumbre, cuando pasaba ante el altar del lugar en el que se conservaba el Cuerpo de Cristo, arrodillarse con gran reverencia, quitarse la capucha e inclinarse con los brazos cruzados. La noche en que debía marcharse y dejar la Orden, al pasar por delante del altar del lugar, se arrodilló e hizo la reverencia, según su costumbre; y, de repente, fue arrebatado en espíritu y le mostró Dios una visión maravillosa.

Vio delante de él una multitud casi infinita de santos, que caminaban de dos en dos, en procesión, todos con preciosos y bellísimos vestidos de brocado, y sus rostros y manos resplandecían como el sol, y cantaban y tañían como los ángeles; entre aquellos santos iban dos, vestidos y engalanados más ricamente que todos los otros y rodeados de tanta claridad que producían un gran asombro a quien los miraba, y casi al final de la procesión vio uno adornado de tanta gloria que parecía un recién armado caballero, más honrado que todos los otros. El joven contemplaba, maravillado, aquella visión, sin entender lo que se le quería decir con aquella procesión, y no se atrevía a preguntarlo y estaba como aturcido por la dulzura. Cuando habían pasado ya todos, cobró ánimos, y corrió detrás de los últimos y les preguntó con gran temor: «Queridos míos, os ruego que tengáis a bien decirme quiénes son aquellos tan maravillosos que marchan en esta venerable procesión». Le respondieron: «Has de saber, hijo, que todos nosotros somos los hermanos menores, que venimos ahora de la gloria del Paraíso». Y él les preguntó: «¿Y quiénes son aquellos dos que resplandecen más que los otros?». Respondieron: «Son san Francisco y san Antonio, y aquel último que has visto tan honrado es un santo fraile que murió hace poco, al cual, ya que combatió valientemente contra las tentaciones y perseveró hasta el fin, le llevamos ahora en triunfo a la gloria del Paraíso; y estos vestidos de brocado tan hermosos que llevamos nos los ha dado Dios a cambio de las ásperas túnicas que pacientemente llevábamos en la religión, y la gloriosa claridad que ves en nosotros nos la ha dado Dios por la humildad y paciencia y por la santa pobreza y obediencia y castidad que hemos guardado hasta el fin. Por tanto, hijo, no te resulte duro llevar el saco de la religión, que tan provechoso es; pues si llevas el saco de san Francisco y desprecias, por amor de Cristo, el mundo y mortificas la carne y combates valientemente contra el demonio, tendrás juntamente con nosotros igual vestido y claridad de gloria». Y dichas estas palabras, el joven volvió en sí, y, confortado por la visión, echó fuera de él toda tentación. Después reconoció su culpa ante el guardián y los hermanos, y de allí en adelante deseó la aspereza de la penitencia y de los vestidos, y



acabó su vida en la Orden con gran santidad.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 21

*Del muy santo milagro que hizo san Francisco cuando convirtió al muy feroz lobo de Gubbio.*

En el tiempo en que san Francisco vivía en la ciudad de Gubbio, en el condado del mismo nombre apareció un lobo grandísimo<sup>[14]</sup>, feroz y terrible, que no sólo devoraba a los animales, sino también a los hombres, por lo que todos los ciudadanos sentían mucho miedo, pues muchas veces se acercaba a la ciudad; y todos iban armados cuando salían de la ciudad, como si fueran a la guerra; y aun así no podía defenderse el que se encontraba a solas con él. Y llegó a tanto el miedo a este lobo que nadie se atrevía a salir del territorio.

San Francisco, compadecido de aquella gente, quiso salir en busca de aquel lobo, aunque los habitantes de Gubbio no se lo aconsejaban. Y, una vez echa la señal de la cruz, salió de la ciudad con sus compañeros, poniendo toda su confianza en Dios. Cuando los demás dudaron en seguir adelante, san Francisco tomó el camino hacia el lugar donde estaba el lobo. Y he aquí que, tal como pudieron verlo muchos hombres que habían salido para admirar este milagro, aquel lobo salió al encuentro de san Francisco con la boca abierta; se acercó a él, le hizo la señal de la cruz y le llamó a su lado diciendo: «Ven aquí, hermano lobo; yo te mando de parte de Cristo que no hagas daño ni a mí ni a nadie». ¡Cosa admirable! Tan pronto como san Francisco trazó la señal de la cruz, el terrible lobo cerró la boca y paró de correr, y, oído el mandato, vino mansamente, como un cordero, y se echó a los pies de san Francisco, que le habló así: «Hermano lobo, has producido muchos daños en estas tierras y has causado muy grandes males maltratando y matando las criaturas de Dios sin su permiso; y no sólo has matado y devorado bestias sino que has tenido el atrevimiento de matar y despedazar hombres hechos a imagen de Dios; por lo cual mereces la horca como ladrón y homicida muy malo, y toda la gente se queja y murmura de ti, y toda esta tierra te es enemiga. Pero yo quiero, hermano lobo, poner la paz entre ti y ellos, de modo que tú no les hagas más daño y ellos te perdonen todos los daños pasados, y que ni los hombres ni los perros te persigan más». Y dichas estas palabras, el lobo, moviendo el cuerpo, la cola y las orejas, y agachando la cabeza, manifestaba aceptar y querer cumplir lo que decía san Francisco. Y entonces añadió: «Hermano lobo, puesto que quieres hacer y mantener esta paz, yo te prometo hacer que la gente de esta ciudad te dé el sustento mientras vivas, para que nunca pases hambre; pues bien sé que por hambre has hecho tantos males. Mas a cambio de este favor, quiero que tú me prometas que no harás más daño a ningún hombre ni animal. ¿Me prometes esto?». El lobo, agachando la cabeza, dio una clara señal de que lo prometía. Y san Francisco le dijo: «Hermano lobo, quiero que me des fe de esta promesa, para que yo me pueda fiar plenamente». Y tendió san Francisco la mano para recibir su testimonio, y el lobo levantó la pata delantera derecha y la puso mansamente sobre la mano de san Francisco, dándole la señal de fe que le pedía.

Y entonces dijo san Francisco: «Hermano lobo, yo te mando en nombre de Jesucristo que vengas conmigo sin tener ningún miedo: vamos a sellar esta paz en el nombre de

Dios». Y el lobo, obediente, se fue con él como un manso cordero, y la gente, al verlo, se maravilló muchísimo. Inmediatamente se propagó la noticia por toda la ciudad y todo el mundo, hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y viejos, corrieron a la plaza para ver al lobo con san Francisco. Y cuando estuvo reunido todo el pueblo, san Francisco se subió a un alto y les predicó diciendo, entre otras cosas, cómo por los pecados Dios permite tales calamidades, y que son mucho más peligrosas las llamas del infierno, que atormentarán para siempre a los condenados, que no la ferocidad del lobo, que no puede matar sino el cuerpo: «y cuánto más se debe temer la boca del infierno cuando tanta gente tiene miedo y temor de la boca de un pequeño animal. Volveos, pues, a Dios, queridos míos y, haced penitencia por vuestros pecados y Dios os librára del lobo en el presente y del fuego eterno en el futuro». Y hecha la predicación, dijo san Francisco: «Oíd hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí delante de vosotros, ha prometido, dándome fe de ello, hacer las paces con vosotros y no dañaros nunca en cosa alguna, si vosotros prometéis darle lo que necesite; y yo salgo fiador por él de que guardará firmemente el tratado de paz». Todo el pueblo, a una voz, prometió alimentarlo continuamente. Y dijo san Francisco al lobo, delante de todo el pueblo: «Y tú hermano lobo, ¿prometes a esta gente que guardarás el tratado de paz, y que no harás daño a los animales ni a los hombres ni a criatura alguna?». Entonces el lobo se arrodilló y agachó la cabeza y meneando mansamente el cuerpo, la cola y las orejas, demostraba, en cuanto le era posible, que quería guardar el pacto. Le dijo todavía san Francisco: «Hermano lobo, quiero que, igual que me diste fe de esta promesa fuera de la ciudad, también aquí, delante de todo el pueblo, me des fe de tu promesa y de que no me engañarás en la confianza que puse en ti». Entonces el lobo levantó la pata delantera derecha y se la puso en la mano a san Francisco. Con motivo de este suceso y de los otros antes mencionados, fue tanta la admiración y alegría de todo el pueblo, tanto por la devoción a san Francisco como por la novedad del milagro y por la paz del lobo, que todos comenzaron a dar gritos al cielo, alabando y bendiciendo a Dios que les había mandado a san Francisco y, por sus méritos, les había librado de la boca de la bestia feroz.

Después de esto, vivió aquel lobo en Gubbio durante dos años; y entraba familiarmente por las casas, de puerta en puerta, sin hacer mal a nadie y sin que nadie se lo hiciese, y todos le daban de comer con cariño; y aunque iba así por la ciudad y por las casas, nunca le ladraban los perros. Finalmente, al cabo de dos años, el hermano lobo se murió de viejo, con gran dolor de los ciudadanos, porque, cuando lo veían andar tan manso por la ciudad, se acordaban mejor de la virtud y santidad de san Francisco.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 22

### *Cómo san Francisco domesticó unas tórtolas silvestres.*

Cierto día, un joven había capturado muchas tórtolas y las llevaba a vender. Se encontró con él san Francisco, y como siempre tenía una piedad especial hacia los animales mansos, miró aquellas tórtolas con ojos compasivos y dijo al joven: «Oh buen joven, te ruego que me las des, para que unas aves tan inocentes, que en la Escritura son comparadas a las almas castas y humildes y fieles, no caigan en manos crueles que las maten». Al instante el joven, movido por Dios, se las dio todas a san Francisco, que las recibió en el seno y comenzó a hablar dulcemente con ellas: «Oh hermanas mías, tórtolas simples, inocentes y castas, ¿por qué os dejasteis pillar? Ahora quiero yo libraros de la muerte y voy a haceros nidos para que deis fruto y os multipliquéis según el mandato de vuestro Creador».

Y san Francisco les hizo nidos a todas y ellas los ocuparon y comenzaron a poner huevos y a procrear a la vista de los hermanos, y vivían tan mansas y tenían tanta familiaridad con san Francisco y con los demás hermanos que más parecían gallinas a las que hubiesen dado ellos siempre de comer; y no se fueron de allí hasta que san Francisco, con su bendición, les dio permiso para marcharse.

Y al joven que se las había dado, san Francisco le dijo: «Hijo, tú llegarás a ser hermano de esta Orden y servirás en gracia a Jesucristo». Y así sucedió, pues aquel joven se hizo hermano menor y vivió en la Orden con gran santidad.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 23

*Cómo san Francisco liberó a un fraile que estaba en poder de un demonio.*

Estaba una vez san Francisco en oración en el lugar de la Porciúncula, y vio por revelación divina que todo el lugar estaba rodeado y asediado por los demonios como por un gran ejército; pero ninguno de ellos podía entrar dentro del lugar, pues tenían tal santidad aquellos hermanos que ningún demonio encontraba en quién introducirse. Pero los demonios perseveraron, y un día uno de los hermanos se disgustó con otro y pensaba en su corazón cómo podría acusarle y vengarse de él; y este mal pensamiento ocasionó que el demonio, viendo la entrada abierta, se metiera dentro del lugar y fuera a ponerse sobre el cuello de aquel fraile. Pero el compasivo y solícito pastor, que velaba siempre sobre su rebaño, al ver que el lobo había entrado a devorar a su ovejuela, hizo llamar inmediatamente a aquel fraile y le mandó que destapara allí mismo el veneno del odio que había concebido contra el prójimo, por el cual estaba en manos del enemigo. Se atemorizó el fraile al verse descubierto por el padre santo y destapó todo su veneno y rencor, y reconoció su culpa y pidió humildemente penitencia y misericordia; tras lo cual, y una vez absuelto del pecado y recibida la penitencia, al punto huyó el demonio ante san Francisco; y el fraile, liberado así de las manos de la bestia cruel por la bondad del buen pastor, dio gracias a Dios y regresó, corregido y amaestrado, al rebaño del pastor santo, donde vivió después en gran santidad.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 24

*Cómo san Francisco convirtió a la fe al Sultán de Babilonia y a la meretriz que le incitaba a pecar<sup>[15]</sup>.*

San Francisco, impulsado por el celo de la fe de Cristo y por el deseo del martirio, pasó una vez al otro lado del mar con doce compañeros suyos muy santos, para presentarse al Sultán de Babilonia; y al llegar a un país de sarracenos, donde guardaban los caminos unos hombres muy crueles que a ningún cristiano que por allí pasase dejaban escapar con vida, quiso Dios que no murieran, sino que fueran apresados y maltratados y luego conducidos, atados, ante el Sultán. Y allí, en su presencia, san Francisco, guiado por el Espíritu Santo, predicó tan divinamente la fe de Cristo, que, para confirmarla, quería meterse en el fuego. El Sultán le cobró mucha devoción, tanto por la constancia de su fe como por el desprecio del mundo que veía en él, pues siendo paupérrimo no quería aceptarle ningún regalo, así como también por aquel anhelo de martirio, tan manifiesto en él. Desde entonces, el Sultán le escuchaba de buena gana y le rogó que volviese a verle con frecuencia, y le concedió libremente que pudiesen predicar él y sus compañeros donde quisiesen, y les dio un salvoconducto para que nadie les pudiese molestar.

Con este permiso tan amplio, san Francisco envió a sus compañeros, de dos en dos, a predicar la fe de Cristo en diferentes comarcas de sarracenos, y él, con uno de ellos, tomó el camino de otra comarca y, cuando llegó a ella, entró en un albergue para descansar. Había allí una mujer muy hermosa de cuerpo, pero sucia de alma, y esta mujer maldita incitó a san Francisco a pecar. Y san Francisco le dijo: «Acepto, vamos a la cama». Y ella le condujo a una habitación, pero san Francisco le dijo: «Ven conmigo; te voy a llevar a un lecho bellissimo». Y la llevó ante una hoguera grandísima que ardía en aquel albergue y con fervor de espíritu se desnudó por completo y se echó al lado de aquella hoguera sobre el abrasador fuego, y luego la invitó a que se desnudase y yaciera con él en aquel lecho mullido y bello. Y Francisco se mantuvo así durante mucho tiempo, con semblante alegre, sin quemarse ni tostarse lo más mínimo; y la mujer, espantada por tal milagro y compungida en su corazón, no sólo se arrepintió del pecado y de la intención mala, sino que se convirtió por entero a la fe de Cristo, y alcanzó tanta santidad que por medio de ella se salvaron muchas almas de aquellas comarcas.

Al final, cuando san Francisco vio que no podía obtenerse más fruto de aquellas tierras, determinó, por inspiración divina, regresar con todos sus compañeros a país de cristianos; y tras reunirlos a todos, fue a despedirse del Sultán. Y entonces le dijo el Sultán: «Hermano Francisco, de buena gana me convertiría a la fe de Cristo, pero temo hacerlo ahora, pues si estos lo advierten, nos matarían a mí y a ti con todos tus compañeros; y como tú aún puedes hacer mucho bien y yo tengo que arreglar asuntos de gran peso, quiero evitar por ahora tu muerte y la mía; pero enséñame cómo podré salvarme: estoy dispuesto a hacer lo que me ordenes». Entonces dijo san Francisco: «Señor, yo me marcho ahora de aquí; pero, después de que llegue a mi país, y cuando, tras de mi muerte, me halle, por la gracia de Dios, en el cielo, te enviaré a dos de mis

hermanos, si es conforme a la voluntad de Dios, y de ellos recibirás el santo bautismo y te salvarás, según me lo ha revelado mi Señor Jesucristo. Mientras tanto, ve desprendiéndote de todo impedimento para que, cuando te llegue la gracia de Dios, te encuentre dispuesto a la fe y la devoción». Y así prometió hacerlo y así lo hizo.

Hecho esto, san Francisco regresó con aquel venerable colegio de sus santos compañeros y, pasados algunos años, por la muerte corporal entregó su alma a Dios. Cayó enfermo el Sultán y, como esperaba la promesa de Francisco, hizo poner guardias en determinados caminos con la orden de que, si pasaban dos hermanos con la túnica de los franciscanos, los condujeran inmediatamente a su presencia. Por el mismo tiempo se apareció san Francisco a dos hermanos y les mandó que, sin tardanza, fuesen a procurar la salvación del Sultán, según la promesa que él le había hecho; y ellos partieron al instante y, tras haber cruzado el mar, fueron conducidos por los guardias ante el Sultán, que se llenó de alegría al verlos, y dijo: «Ahora sé de veras que Dios me ha enviado sus siervos para mi salvación, según la promesa que me hizo san Francisco por revelación divina». Y después de recibir la enseñanza de la fe de Cristo y el santo bautismo de aquellos hermanos, y regenerado así en Cristo, murió de aquella enfermedad, y su alma se salvó por los méritos y las oraciones de san Francisco.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 25

*Cómo san Francisco curó milagrosamente a un leproso de alma y cuerpo, y lo que le dijo su alma camino del cielo.*

El verdadero discípulo de Cristo, messere san Francisco, mientras vivió en esta miserable vida, ponía todo su esfuerzo en seguir a Jesucristo, el perfecto Maestro; y sucedía muchas veces, por virtud divina, que a quien él sanaba el cuerpo, le sanaba Dios al mismo tiempo el alma, según se lee de Cristo. Y no sólo cuidaba él de buena gana a los leprosos, sino que había ordenado que los hermanos de su Orden, allí donde fuesen o estuviesen, sirvieran a los leprosos por amor de Cristo, que por nosotros quiso ser tenido como leproso. Una vez, en un lugar próximo a aquel en que, por entonces, vivía san Francisco, los hermanos servían a los leprosos enfermos en un hospital, y había un leproso tan impaciente y tan inaguantable e insolente que todos creían, y de verdad era así, que estaba poseído del demonio; pues maltrataba obscenamente de palabra y de obra a cuantos le servían y, peor aún, blasfemaba tan vilmente de Cristo y de su muy santa Madre, la Virgen María, que en modo alguno se encontraba quien quisiera o pudiera servirle; y aunque los hermanos se las ingeniaban para tolerar las afrentas e injurias que se les hacían, a fin de acrecentar el mérito de la penitencia, no podían soportar, en conciencia, las blasfemias contra Cristo y su Madre, y determinaron desentenderse de aquel leproso, pero no lo quisieron hacer sin informar antes debidamente a san Francisco, que por entonces vivía en un lugar cercano.

San Francisco, tras conocer el suceso, fue a ver al leproso y, acercándose a él, le saludó diciendo: «Dios te dé la paz, hermano mío muy querido». Respondió el leproso: «¿Qué paz puede darme Dios, si me ha quitado toda paz y todo bien, y me ha vuelto podrido y maloliente?». Y san Francisco le dijo: «Hijo mío, ten paciencia pues las enfermedades del cuerpo nos las da Dios en este mundo para la salvación del alma, pero alcanzan gran mérito cuando se sobrellevan con paciencia». Respondió el enfermo: «Y ¿cómo puedo sobrellevar en paz el mal continuo que me atormenta día y noche? Y no sólo me aflige la enfermedad; lo peor son los hermanos que me diste para que me sirviesen, que no lo hacen como deben». Entonces san Francisco, conociendo por revelación que este leproso estaba poseído por un espíritu maligno, fue a ponerse en oración y rogó a Dios devotamente por él.

Hecha la oración, volvió a él y le dijo así: «Hijo mío, quiero servirte yo mismo, ya que no estás contento con los otros». «Está bien –dijo el enfermo– pero ¿qué podrás hacer tú más que los otros?». A lo que respondió san Francisco: «Lo que tú quieras que haga». Dijo el leproso: «Quiero que me laves del todo, pues huelo tan mal que ni yo mismo lo puedo soportar». Entonces san Francisco de inmediato hizo que calentasen agua con muchas hierbas aromáticas, y luego desnudó al leproso y comenzó a lavarle con sus manos, mientras otro hermano le echaba agua; y, por milagro divino, allí donde Francisco tocaba con sus santas manos desaparecía la lepra y quedaba la carne perfectamente sana. Y según se le iba sanando la carne, también se le sanaba el alma; pues, al ver el leproso que se iba curando, comenzó a sentir mucha aflicción y



arrepentimiento por sus pecados, y a llorar con mucha amargura, de suerte que, mientras el cuerpo se limpiaba de la lepra por fuera al limpiarlo con agua, el alma se limpiaba del pecado por dentro mediante la contrición y las lágrimas.

Y estando completamente sanado de cuerpo y alma, se confesaba humildemente culpable y decía, llorando, en voz alta: «¡Ay de mí, que he merecido el infierno por las vilezas e injurias que hice y dije a los hermanos y por la impaciencia y las blasfemias contra Dios!». Quince días estuvo llorando amargamente sus pecados y pidiendo a Dios misericordia, e hizo una confesión completa con el sacerdote. San Francisco, al ver el milagro manifiesto que, por sus manos, había obrado Dios, dio gracias a Dios y se marchó lejos de allí, pues por humildad quería huir de toda gloria, y en todas sus obras sólo buscaba la honra y gloria de Dios y no la suya.

Después de los quince días de penitencia, quiso Dios que una vez sano aquel leproso del cuerpo y del alma, contrajese otra enfermedad y, fortalecido con los sacramentos de la Iglesia, murió santamente. Y su alma voló al paraíso y se apareció en el aire a san Francisco, que estaba en un bosque en oración, y le dijo: «¿Me reconoces?». «¿Quién eres tú?», le dijo san Francisco. «Soy aquel leproso al que Cristo bendito sanó por tus méritos, y ahora me voy a la vida eterna, de lo que doy gracias a Dios y a ti. Benditos sean tu alma y tu cuerpo y benditas tus santas palabras y obras; pues por ti se salvarán muchas almas en el mundo. Has de saber que no hay un solo día en que los santos ángeles y los demás santos no den gracias a Dios por los santos frutos que tú y tu Orden hacéis en distintas partes del mundo. Ten buen ánimo y da gracias a Dios y quédate con su bendición». Y dichas estas palabras se fue al cielo, y san Francisco quedó muy consolado.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 26

*Cómo san Francisco convirtió a tres ladrones homicidas, que se hicieron hermanos; y la visión que tuvo viendo a uno de ellos como santísimo fraile.*

Pasaba una vez san Francisco por el yermo de Borgo a San Sepolcro, por un castillo llamado Monte Casale, cuando se le acercó un joven noble muy delicado, y le dijo: «Padre, de muy buena gana me haría yo hermano de los vuestros». Le contestó san Francisco: «Hijo, tú eres joven y delicado y noble, y acaso no puedas soportar la pobreza y la austeridad nuestras». Y él dijo: «Padre, ¿no sois hombres como yo? Pues, así como lo soportáis vosotros, también yo lo soportaré con la gracia de Cristo». Mucho agradó esta respuesta a san Francisco, por lo que le bendijo y le recibió inmediatamente en la Orden, poniéndole por nombre fray Ángel; y se comportó este joven con tanta amabilidad, que de allí a poco tiempo Francisco le hizo guardián del lugar de Monte Casale.

Merodeaban entonces por la comarca tres famosos ladrones que causaban muchos males, y un día llegaron al lugar de los hermanos y pidieron al guardián, que era fray Ángel, que les diese de comer. Pero él les reprendió ásperamente, diciéndoles: «¿No tenéis vergüenza, ladrones y homicidas crueles, de andar robando las fatigas de los demás y todavía, como insolentes y descarados, queréis devorar las limosnas que reciben los siervos de Dios? No merecéis ni que la tierra os sostenga, pues no tenéis ningún respeto ni a los hombres ni a Dios, que os creó. ¡Fuera de aquí, marchaos a lo vuestro y no aparezcáis más por aquí!». Y ellos, confundidos, se marcharon muy enojados.

Poco después volvía, de fuera, san Francisco, con la alforja de pan y una vasija con vino que él y su compañero habían mendigado, y al contarle el guardián cómo había echado a los ladrones, san Francisco le reprendió mucho, diciéndole que se había portado cruelmente: «Pues los pecadores se convierten mejor a Dios con dulzura que con crueles reprensiones y por eso Jesucristo, nuestro maestro, cuyo evangelio hemos prometido guardar, dice que no necesitan médico los sanos, sino los enfermos y que Él no vino a llamar a los justos a conversión, sino a los pecadores, y por eso muchas veces comía con ellos». Y añadió: «Ya que has obrado contra la caridad y contra el santo evangelio de Cristo, te mando por santa obediencia que agarres ahora mismo esta alforja de pan, que yo he mendigado, y este vino, y los sigas por montes y valles hasta que los encuentres, y les presentes de mi parte este pan y este vino; y que después te arrodilles ante ellos, confesando humildemente tu pecado de crueldad, y les ruegues, en mi nombre, que no hagan más daño, sino que teman a Dios y no ofendan al prójimo, y que si ellos lo hacen así, yo les prometo proveerles de lo necesario y darles siempre de comer y de beber. Y cuando les hayas dicho esto, vuelve aquí humildemente». Mientras el guardián fue a cumplir lo mandado, san Francisco se puso en oración pidiendo a Dios que ablandase el corazón de aquellos ladrones y les convirtiese a penitencia.

Cuando les alcanzó el obediente guardián, les presentó el pan y el vino y les dijo lo que san Francisco le había impuesto. Y por voluntad de Dios, mientras comían los ladrones la limosna de san Francisco, comenzaron a decirse: «¡Ay de nosotros,

miserables desventurados! ¡Qué penas tan duras nos esperan en el infierno!, al que nos conduce no sólo robar y maltratar y herir a nuestro prójimo, sino también matarlo; y después de tantos males y crímenes, ni siquiera nos remuerde la conciencia, ni tenemos temor de Dios; y este santo hermano, por aquellas justas palabras que nos dijo por nuestra maldad, ha venido donde nosotros a reconocerse culpable y, además, nos ha traído pan y vino y la muy generosa promesa del santo padre. En verdad, estos hermanos sí son santos de Dios y merecen el Paraíso, y nosotros somos hijos de eterna perdición y nos merecemos las penas del infierno, y cada día aumentamos nuestra condenación. Y no sabemos si con todos los pecados que hemos cometido nos podremos volver a la misericordia de Dios». A estas y semejantes razones, que dijo uno de ellos, respondieron los otros dos: «Es cierto, dices la verdad; pero ¿qué podemos hacer?». Dijo el primero: «Vayamos donde san Francisco, y si él nos da esperanza de que podemos volver a la misericordia de Dios, a pesar de nuestros pecados, haremos lo que él nos mande y podremos librar nuestras almas de las penas del infierno».

Agradó a los otros este consejo; y los tres, de común acuerdo, corrieron aprisa a presentarse a san Francisco y le dijeron: «Padre, por los muchos e infames pecados que hemos cometido, no creemos poder volver a la misericordia de Dios; pero, si tú tienes alguna esperanza de que Dios nos reciba en su misericordia, estamos dispuestos a cumplir lo que nos digas y a hacer penitencia contigo». Entonces san Francisco les recibió caritativamente y con bondad y les confortó con muchos ejemplos, asegurándoles la misericordia divina, que les prometió alcanzar de Dios, y diciéndoles que la divina clemencia es infinita: «pues aunque fueran innumerables nuestros pecados, todavía es mayor la misericordia de Dios, según el evangelio»; y el Apóstol san Pablo, dice: *Cristo bendito vino a este mundo para redimir a los pecadores* (1Tim 1,15). En virtud de estas palabras y semejantes enseñanzas, aquellos tres ladrones renunciaron al demonio y a sus obras, y san Francisco les recibió en la Orden, y comenzaron a hacer gran penitencia. Dos de ellos murieron poco tiempo después de su conversión y fueron al Paraíso, pero el tercero que sobrevivió, acordándose de sus pecados, se dio a hacer tal penitencia que durante quince años seguidos, salvo las cuasmas comunes, que hacía con los demás hermanos, el resto del tiempo ayunaba a pan y agua tres días a la semana, andaba siempre descalzo, vestido con una sola túnica, y nunca dormía después de maitines<sup>[16]</sup>.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 27

*Cómo san Francisco convirtió en Bolonia a dos estudiantes que se hicieron hermanos; y después a uno de ellos le quitó de encima una gran tentación.*

Llegando una vez san Francisco a la ciudad de Bolonia, todo el pueblo corrió a verle; era tan grande la muchedumbre, que la gente a duras penas podía entrar en la plaza. Y cuando ya estaba repleta de hombres y mujeres y estudiantes, san Francisco se puso en un lugar elevado, en medio de la plaza, y comenzó a predicar lo que el Espíritu Santo le dictaba, y decía cosas tan maravillosas que más parecía que predicaba un ángel y no un hombre; sus palabras, en verdad celestiales, eran como agudas flechas que traspasaban el corazón de los oyentes, y fue grande la multitud de hombres y de mujeres que se convirtieron a penitencia por aquella predicación.

Entre ellos había dos estudiantes nobles de la Marca de Ancona, llamado el uno Peregrino y el otro Ricerio, los cuales, tocados en el corazón por inspiración divina durante la predicación, se acercaron luego a san Francisco y le dijeron que querían abandonar el mundo y ser de sus hermanos. Y san Francisco, que supo por revelación que eran enviados por Dios y que habían de hacer vida santa en la Orden, y en atención a su gran fervor, los recibió alegremente y les dijo: «Tú, Peregrino, seguirás el camino de la humildad; y tú, Ricerio, servirás a los hermanos». Y así fue, pues fray Peregrino no quiso hacerse sacerdote y se quedó como hermano lego, aunque era muy letrado y buen canonista; y por aquella humildad alcanzó tal perfección en la virtud que fray Bernardo, primogénito de san Francisco, dijo de él que era uno de los hermanos más perfectos de este mundo; y, finalmente, pasó de esta vida a la bienaventurada, habiendo hecho muchos milagros antes y después de su muerte. Fray Ricerio sirvió a los hermanos fiel y devotamente, viviendo en gran santidad y humildad y llegó a tener mucha familiaridad con san Francisco, el cual le revelaba muchos secretos; fue nombrado ministro de la Marca de Ancona y la gobernó durante mucho tiempo en mucha paz y discreción.

Pasado algún tiempo, Dios permitió una enorme tentación en su alma, por lo que, atribulado y angustiado, se mortificaba firmemente de noche y de día con ayunos, disciplinas y con lágrimas y oraciones; mas no podía echar fuera la tentación. Muchas veces se llenaba de desesperación, pues se creía abandonado de Dios. En medio de su desesperación, decidió, como último remedio, acudir a san Francisco, pues pensaba: «Si san Francisco me muestra buena cara y me trata con familiaridad, como acostumbra, creeré que aún tendrá Dios piedad de mí; de lo contrario, será señal de que estoy abandonado de Dios». Y se puso en camino en busca de san Francisco. Este, por aquel tiempo, se encontraba gravemente enfermo en el palacio del Obispo de Asís, y Dios le reveló toda la tentación y desesperación de fray Ricerio y su decisión de acudir a él. Por lo que llamó inmediatamente a fray León y a fray Maseo y les dijo: «Salid al encuentro de mi querido hijo, fray Ricerio, y abrazadle y saludadle de mi parte, y decidle que, entre todos los hermanos que hay en el mundo, yo le amo a él especialmente». Salieron ambos y encontraron a Ricerio por el camino, le abrazaron y le dijeron lo que san Francisco les había mandado. Fue tal el consuelo y la dulzura que embargaron su alma, que casi quedó

fuera de sí y, dando gracias a Dios de todo corazón, fue al lugar donde san Francisco yacía enfermo. Y san Francisco, a pesar de su grave enfermedad, al oír que llegaba fray Ricerio, se levantó y salió a su encuentro y, abrazándole muy dulcemente, le dijo: «Hijo mío muy querido, fray Ricerio: entre todos los hermanos que hay en el mundo, a ti te amo especialmente». Dicho esto, le trazó en la frente la señal de la santa cruz y le besó en ella, añadiendo después: «Muy querido hijo, esta tentación la ha permitido Dios para que alcances un gran mérito; pero, si no quieres más provecho, no la tengas». ¡Cosa admirable! Apenas pronunció san Francisco estas palabras, le desapareció de repente a Ricerio toda la tentación, como si jamás en su vida la hubiese tenido, y quedó consolado por completo.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 28

*De un éxtasis que tuvo fray Bernardo en el que permaneció desde la mañana hasta la hora de nona.*

Que Dios concede muchas veces su gracia a los pobres evangélicos que por amor de Cristo abandonan el mundo es algo que se demostró en fray Bernardo de Quintavalle, quien, después que tomó el hábito de san Francisco, con frecuencia se vio llamado por Dios a la contemplación de las cosas celestiales. En una de aquellas ocasiones, estando en una iglesia oyendo misa y teniendo toda su mente puesta en Dios, quedó de tal manera absorto en la contemplación que no advirtió la elevación del Cuerpo de Cristo, ni se arrodilló ni se quitó la capucha, como hacían los demás que estaban allí, sino que permaneció insensible y mirando fijamente, sin pestañear, desde la mañana hasta la hora nona. Y después de nona, cuando volvió en sí, andaba admirado, gritando por el lugar: «¡Oh hermanos!, ¡oh hermanos!, ¡oh hermanos! No hay hombre en esta comarca, por muy grande y noble que sea, que si le prometiesen un palacio bellísimo lleno de oro, no aceptase fácilmente llevar un saco lleno de estiércol, para ganar un tesoro tan valioso».

A este celestial tesoro, prometido a los que aman a Dios, fue elevado el espíritu de fray Bernardo, que durante quince años seguidos anduvo siempre con la cara y la mente levantadas al cielo; y en todo ese tiempo jamás sació su hambre en la mesa, aunque comía un poco de lo que le ponían delante, pues decía que de lo que el hombre no gusta, no hace perfecta abstinencia, y que la verdadera abstinencia consiste en moderarse en aquellas cosas que son buenas al paladar. Con esto alcanzó tal claridad y luz del intelecto que hasta los grandes clérigos recurrían a él en busca de soluciones ante intrincadas cuestiones y pasajes difíciles de la Escritura; y él les aclaraba cualquier dificultad.

Y puesto que su entendimiento estaba del todo libre y abstraído de las cosas terrenas, e, igual que las golondrinas se remontaba muy alto en la contemplación, a veces pasaba a solas veinte y hasta treinta días sobre la cumbre de montes muy altos, contemplando las cosas celestiales. Por eso decía fray Gil que a nadie, como a fray Bernardo de Quintavalle, le era dado alimentarse volando, como hacen las golondrinas; y por esta excelente gracia que le había dado Dios, san Francisco gustaba frecuentemente de hablar con él de día y de noche, y alguna vez se los encontró juntos, extasiados en Dios, toda la noche, en el bosque, donde se habían retirado para hablar con Dios.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 29

*Cómo el demonio, en forma de crucifijo, se apareció muchas veces a fray Rufino, diciéndole que era inútil todo el bien que hacía y que no estaba entre los elegidos para la vida eterna; y cómo, cuando lo supo san Francisco por revelación de Dios, le hizo reconocer a fray Rufino el error en el que había caído<sup>[17]</sup>.*

Fray Rufino, uno de los hombres más nobles de Asís, compañero de Francisco y hombre de gran santidad, fue por algún tiempo muy fuertemente tentado y combatido en el alma por el demonio acerca de la predestinación, por lo que andaba todo melancólico y triste, pues el demonio le había mostrado en el corazón que estaba condenado y que no era de los predestinados a la vida eterna y que era inútil cuanto hacía en la Orden. Aunque ya perduraba esta tentación días y días, por vergüenza no se la revelaba a san Francisco; pero no por ello dejaba de hacer las oraciones y abstinencias que acostumbraba. Y el enemigo comenzó a añadirle tristeza sobre tristeza y, además de la batalla interior, se puso a combatirlo por fuera con falsas apariciones.

Una vez se le presentó en forma de crucifijo, diciéndole: «¡Oh, hermano Rufino!, ¿por qué te afliges con penitencias y oraciones, si tú no eres de los predestinados a la vida eterna? Créeme, que sé a quiénes he elegido y predestinado; y no creas al hijo de Pedro Bernardone cuando te diga lo contrario, ni le preguntes sobre esta materia; pues ni él ni nadie lo sabe, salvo yo, que soy el hijo de Dios. Y créeme en verdad que tú eres del número de los condenados, y el hijo de Pedro Bernardone, tu padre, y también su padre están condenados y quien le siga está engañado». Y al oír estas palabras, fray Rufino se encontró tan ofuscado por el príncipe de las tinieblas que perdió todo el amor y la confianza que había puesto en san Francisco, y ya no se cuidaba de decirle nada.

Pero, aquello que fray Rufino no dijo a san Francisco, se lo reveló el Espíritu Santo. Y así, viendo en santo espíritu el gran peligro en que estaba aquel hermano, mandó a fray Maseo que le llamase; pero fray Rufino le respondió con rudeza: «¿Qué tengo yo que ver con el hermano Francisco?». Y entonces fray Maseo, lleno de sabiduría divina, conoció el engaño del demonio y dijo: «¡Oh hermano Rufino!, ¿no sabes tú que el hermano Francisco es como un ángel de Dios, y que ha iluminado a muchas almas en el mundo, y que por él hemos recibido la gracia de Dios? Quiero que a todo trance vengas conmigo donde él, pues veo claramente que te ha engañado el demonio». Y dicho esto, fray Rufino acudió donde estaba san Francisco.

Y cuando san Francisco le vio venir de lejos, exclamó: «¡Oh fray Rufino, ingenuo!, ¿a quién has creído?». Y apenas llegó fray Rufino, se puso san Francisco a decirle por orden toda la tentación que por dentro y por fuera había tenido del demonio, y le demostró claramente que quien se le había aparecido no era Cristo, sino el demonio, y que de ningún modo debía consentir sus sugerencias: «pero que cuando el diablo –añadió– vuelva a decirte que estás condenado, respóndele tú: “Abre la boca, que me cago en ella”<sup>[18]</sup>. Y en señal de que es el demonio y no Cristo, en cuanto le des esta respuesta huirá inmediatamente. También debiste conocer que era el demonio, pues te endureció el corazón para todo bien, lo cual es propio de su oficio; mas Cristo bendito nunca

endurece el corazón del hombre fiel; antes lo ablanda, como dice por boca del profeta: *Yo os quitaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne* (Ez 36,26)». Al ver fray Rufino que san Francisco le decía por orden todos los detalles de su tentación, se compungió con sus palabras y rompió a llorar a lágrima viva, venerando a san Francisco y reconociendo humildemente su culpa por haberle ocultado la tentación. Después quedó muy consolado y confortado con las advertencias del santo padre, y se sintió muy mejorado. Finalmente le dijo san Francisco: «Ve a confesarte, hijo mío, y no dejes la práctica de la oración como acostumbras, y ten por seguro que esta tentación te será de gran utilidad y consuelo, como pronto comprobarás».

Se volvió fray Rufino a su celda, que estaba en el bosque, y cuando rezaba con muchas lágrimas, se le apareció el enemigo bajo la figura y apariencia externa de Cristo, y le dijo: «¡Oh hermano Rufino!, ¿no te he dicho que no creas al hijo de Pedro Bernardone y que no te fatigues con lágrimas y oraciones, que estás condenado? ¿De qué te sirve afligirte en vida, si después de muerto te verás condenado?». Y en seguida fray Rufino le contestó: «¡Abre la boca, que me cago en ella!». El demonio, despechado, huyó rápidamente con tal tempestad y conmoción de peñas del monte Subasio, que estaba en lo alto, que durante mucho tiempo se prolongó el derrumbamiento de peñas que caían allí mismo, chocando con tal fuerza entre ellas al caer rodando que un fuego horrible centelleó por el valle. Al rumor tan espantoso que producían, salieron del lugar san Francisco y sus compañeros para ver qué novedad era aquella; y aun hoy puede verse aquel tremendo derrumbe de peñas. Entonces, fray Rufino supo, con toda claridad, que aquel era el demonio, que le había engañado, y de nuevo volvió donde san Francisco, se postró en tierra y reconoció su culpa. San Francisco le reconfortó con dulces palabras y le envió todo consolado a la celda.

Y en ella, cuando rezaba con mucha devoción, se le apareció Cristo bendito y le inflamó toda el alma de amor divino diciéndole: «Has hecho bien, hijo, en creer al hermano Francisco; pues el que te había contristado era el demonio. Pero yo soy Cristo, tu maestro, y para que te cerciores te doy esta señal: mientras vivas no sentirás más ninguna tristeza ni melancolía». Dicho esto, desapareció Cristo, dejándole con tanta alegría y dulzura de espíritu y elevación de mente que día y noche estaba absorto y embelesado en Dios.

Y desde entonces fue tan confirmado en gracia y en la confianza de su salvación, que se había convertido en otro hombre, y hubiera estado día y noche en oración contemplando las cosas divinas, si los demás le hubieran dejado. Hablando de fray Rufino, decía san Francisco que había sido canonizado en esta vida por Cristo y que, salvo en su presencia, no dudaría en llamarle san Rufino, aunque estuviese todavía vivo en la tierra.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.



## CAPÍTULO 30

*De la hermosa predicación que hicieron en Asís san Francisco y fray Rufino cuando predicaron ambos desnudos.*

El mencionado fray Rufino andaba, por la continua contemplación, tan absorto en Dios que se había vuelto casi insensible y mudo, y muy rara vez hablaba y, por otra parte, no tenía gracia ni osadía ni elocuencia para predicar; y, sin embargo, san Francisco le mandó en una ocasión que fuese a Asís y predicase al pueblo lo que Dios le inspirase. A lo que fray Rufino respondió: «Padre reverendo, te ruego que me perdones y no me envíes; pues ya sabes que no tengo la gracia de predicar y que soy simple e idiota». Y entonces dijo san Francisco: «Ya que no me has obedecido en seguida, te mando, por santa obediencia, que, desnudo como naciste, y sólo en paños menores, vayas a Asís, y entres en una iglesia desnudo y prediques al pueblo». Al oír este mandato, fray Rufino se desnudó y marchó a Asís y entró en una iglesia y, tras hacer la reverencia al altar, subió al púlpito y se puso a predicar. Ante aquello los niños y los hombres comenzaron a reírse y decían: «Estos hacen tanta penitencia que se vuelven tontos y andan fuera de sí».

Mientras tanto, reflexionaba san Francisco sobre la pronta obediencia de fray Rufino, que era caballero de Asís, y en el duro mandato que le había impuesto, y comenzó a reprenderse a sí mismo, diciendo: «¿De dónde a ti tanta presunción, hijo de Pedro Bernardone, vil hombrecillo, para mandar a fray Rufino, que es caballero de Asís, a que vaya desnudo a predicar al pueblo como un lunático? Por Dios que has de experimentar en ti lo que mandas a otros». Y al instante, con fervor de espíritu, se desnudó igualmente y se fue a Asís, llevando con él a fray León para que le llevase la túnica y la de fray Rufino. Cuando los de Asís le vieron de tal guisa, se burlaron de él, pensando que, por exceso de penitencia, se habían vuelto locos él y fray Rufino. Cuando san Francisco entró en la iglesia, estaba fray Rufino predicando estas palabras: «Queridos míos, huid del mundo y dejad el pecado; devolved lo ajeno, si queréis escapar del infierno; guardad los mandamientos de Dios, amando a Dios y al prójimo si queréis ir al cielo; y haced penitencia si queréis poseer el reino de los cielos». Entonces san Francisco, desnudo, subió al púlpito y comenzó a predicar tan maravillosamente sobre el desprecio del mundo, la santa penitencia, la pobreza voluntaria, el deseo del reino celestial y la desnudez y la vergüenza de la pasión de nuestro Señor Jesucristo que todos los que escuchaban su predicación, una muchedumbre de hombres y mujeres, comenzaron a llorar a lágrima viva con el corazón compungido y gran devoción; y no sólo allí, sino que en todo Asís hubo aquel día tanto llanto por la pasión del Señor que jamás se había visto algo semejante.

Y consolado y edificado el pueblo por los actos de san Francisco y fray Rufino, el *poverello* vistió a fray Rufino y luego se vistió él y volvieron vestidos al lugar de la Porciúncula, alabando y glorificando a Dios, que les había dado gracia para vencerse y despreciarse a sí mismos, y edificar con el buen ejemplo a las ovejas de Dios, mostrándoles cuánto debe despreciarse el mundo. Y creció tanto aquel día la devoción del pueblo hacia ellos que se tenía por feliz el que podía tocarles el borde de la túnica.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 31

*Cómo san Francisco conoció los secretos de las conciencias de todos sus hermanos.*

Así como nuestro Señor Jesucristo dice en el evangelio: *Yo conozco a mis ovejas, y ellas me conocen a mí* (Jn 10,14), así también el bienaventurado padre Francisco, como buen pastor, sabía por revelación divina todos los méritos y virtudes de sus compañeros, y conocía sus defectos; por lo que sabía proveer a todos el mejor remedio, humillando a los soberbios y ensalzando a los humildes, censurando los vicios y alabando las virtudes, como se lee en las admirables revelaciones que él tenía de aquella primitiva familia suya.

Se refiere en ellas que estaba una vez san Francisco en un lugar hablando de Dios con aquella familia, pero no se encontraba allí fray Rufino, pues estaba en contemplación en el bosque. Mientras hablaban, salió del bosque fray Rufino y pasó a poca distancia de ellos. Al verle, san Francisco se volvió a los compañeros y les preguntó: «¿Cuál creéis vosotros que es el alma más santa que tiene Dios en el mundo?». Y ellos respondieron que creían que fuese la de él, pero san Francisco les dijo: «Hermanos muy queridos, yo soy el hombre más indigno y vil que tiene Dios en este mundo; pero ¿veis a aquel fray Rufino que sale ahora del bosque? Dios me ha revelado que su alma es una de las tres almas más santas que hay en la tierra; y yo os aseguro que no dudaría en llamarlo en vida san Rufino, pues su alma está confirmada en gracia y santificada y canonizada en el cielo por nuestro Señor Jesucristo». Y nunca decía san Francisco estas palabras en presencia de fray Rufino.

Del mismo modo, san Francisco conocía los defectos de sus frailes y así comprendía claramente a fray Elías, al que muchas veces reprendía por su soberbia; y a fray Juan della Capella, al que le predijo que él mismo llegaría a ahorcarse, y aquel otro hermano al que el demonio le apretaba la garganta, cuando era corregido por su desobediencia; y a muchos otros frailes de los que conocía claramente sus defectos, secretos y virtudes, por revelación de Cristo.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 32

*Cómo fray Maseo suplicó a Cristo la virtud de la santa humildad.*

Los primeros compañeros de san Francisco se las ingeniaban con todo esfuerzo para ser pobres en las cosas terrenas y ricos en las virtudes con que se alcanzan las verdaderas riquezas celestiales y eternas.

Sucedió un día, en que todos estaban reunidos hablando de Dios, que uno de ellos dijo: «Había un hombre que era gran amigo de Dios y tenía mucha gracia de vida activa y contemplativa; y, con todo, era tan abundante su humildad que se tenía por el mayor de los pecadores; y esta humildad le santificaba y confirmaba en la gracia y le hacía crecer continuamente en las virtudes y dones de Dios y jamás le dejaba caer en pecado». Oyendo fray Maseo tan maravillosas cosas de la humildad y, comprendiendo que es un tesoro de vida eterna, comenzó a sentirse tan inflamado del amor y deseo de esta virtud de la humildad que, con gran fervor, el rostro dirigido hacia el cielo, hizo voto y propósito muy firme de no alegrarse más en este mundo hasta que experimentase aquella virtud perfectamente en su alma. Desde entonces permanecía casi siempre recluido en su celda, mortificándose en la presencia de Dios con ayunos, vigiliias, oraciones y muchas lágrimas para que Él le concediese esta virtud, sin la cual se consideraba merecedor del infierno, y de la que tan dotado estaba aquel amigo de Dios, según había oído.

Y perseverando fray Maseo todos los días en este deseo, sucedió en una ocasión que entró en el bosque y andaba por allí con fervor de espíritu, derramando lágrimas y exhalando suspiros y lamentos, pidiendo a Dios, con ferviente deseo, aquella virtud divina; y como Dios escucha complacido las oraciones de los humildes y contritos, cuando el hermano se encontraba en aquella situación vino una voz del cielo que le llamó dos veces: «¡Hermano Maseo, hermano Maseo!». Y conociendo en espíritu que era la voz de Cristo, le respondió: «¡Señor mío!». Y Cristo le dijo: «¿Qué darías tú por poseer esta gracia que me pides?». Respondió fray Maseo: «Daría los ojos, Señor». Y Cristo a él: «Pues yo quiero que tengas la gracia y también los ojos». Y, dicho esto, calló la voz, y fray Maseo quedó tan lleno de la gracia de la deseada virtud de la humildad y del esplendor de Dios, que desde entonces estaba siempre contento y muchas veces, cuando oraba, emitía un murmullo semejante al arrullo de la paloma: «uh, uh, uh», y con rostro alegre y corazón gozoso se estaba así en contemplación; y llegó a ser humildísimo, y se tenía por el más pequeño de todos los hombres del mundo.

Preguntado por fray Santiago de Fallerone por qué, en su júbilo, no mudaba de canción, respondió con gran alegría que, cuando en una cosa se halla todo el bien, no conviene mudar de canción.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 33

*Cómo santa Clara, por mandato del Papa, bendijo los panes que había en la mesa, en todos los cuales apareció la señal de la santa cruz.*

Santa Clara, discípula muy devota de la cruz de Cristo y noble planta de messere Francisco, tenía tal santidad que no sólo los obispos y cardenales, sino incluso el Papa deseaba, con gran afecto, verla y oírla, y muchas veces la visitaba personalmente.

En una ocasión, el Papa acudió al monasterio donde estaba ella para oírla hablar de las cosas celestiales y divinas y, estando ambos en conversación, santa Clara mandó preparar las mesas y poner en ellas pan, para que el santo Padre lo bendijese; y, terminada la conversación espiritual, santa Clara se arrodilló con gran reverencia y le rogó que se dignase bendecir el pan que estaba en la mesa. El Papa respondió: «Muy fiel hermana Clara, quiero yo que tú bendigas ese pan y traces sobre él la señal de la cruz del Señor, a quien te has entregado por completo». Y santa Clara dijo: «Perdonadme, muy santo Padre, pero sería digna de muy gran reprensión si, delante del Vicario de Cristo, yo, que soy una vil mujercilla, me atreviese a hacer tal bendición». Y el Papa insistió: «Para que no pueda achacarse a presunción sino a mérito de la obediencia, te mando, por santa obediencia, que hagas la señal de la santa cruz sobre estos panes y los bendigas en el nombre de Dios». Entonces santa Clara, como verdadera hija de la obediencia, bendijo muy devotamente aquellos panes con la señal de la santa cruz. ¡Y cosa admirable! Al instante apareció una bellísima cruz esculpida en todos ellos; de los cuales unos se comieron y otros se guardaron en recuerdo del milagro. Y el Papa, al ver el milagro, tomó un pan, y, dando gracias a Dios, se marchó, dejando a santa Clara con su bendición.

En aquel entonces vivían en el convento sor Ortolana, madre de santa Clara, y sor Inés, su hermana, ambas, como ella, llenas de virtud y del Espíritu Santo, y muchas otras santas hermanas. San Francisco les enviaba muchos enfermos y ellas, con sus oraciones y con la señal de la cruz, daban salud a todos.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 34

*Cómo san Luis, rey de Francia, con ropa de peregrino, fue personalmente a Perugia a visitar al bienaventurado fray Gil<sup>[19]</sup>.*

Se encontraba san Luis, rey de Francia, yendo, en peregrinación, a visitar los santuarios del mundo y oyendo la grandísima fama de santidad de fray Gil, que había sido uno de los primeros compañeros de san Francisco, se propuso verle y decidió visitarle personalmente, por lo que vino a Perugia, donde vivía entonces fray Gil. Llegó a la puerta del lugar de los hermanos como un pobre peregrino desconocido, con poca compañía, y preguntó con mucha instancia por fray Gil, sin decir al portero quién era el que preguntaba por él.

Avisó el portero a fray Gil que un peregrino preguntaba por él en la puerta y Dios le inspiró y reveló en espíritu que era el rey de Francia, por lo que, lleno de fervor, salió de la celda al instante y corrió a la portería y, sin más preámbulos, y aunque no se habían visto nunca, ambos se arrodillaron y se abrazaron con grandísima devoción y se besaron con tanta familiaridad como si por largo tiempo hubieran mantenido una estrecha amistad; y a todo esto, ninguno de los dos hablaba, sino que permanecían abrazados en silencio con aquellas muestras de cariño. Y después de estar mucho tiempo de aquella forma, sin decirse nada, se separaron el uno del otro y san Luis prosiguió su viaje y fray Gil se volvió a la celda.

Al marcharse el rey, un fraile preguntó a uno de sus acompañantes quién era aquel que tanto tiempo había estado abrazado con fray Gil, y le respondió que era Luis, rey de Francia, que había venido a ver a fray Gil. Y cuando este hermano se lo dijo a los otros, todos se llenaron de tristeza pues fray Gil no le había hablado ni una palabra, y le dijeron lamentándose: «¡Oh fray Gil!, ¿por qué has sido tan grosero que, a un rey tan santo, venido de Francia para verte y oírte alguna palabra, no le has dicho nada?». Respondió fray Gil: «No os admiréis de esto, hermanos muy queridos; ni él a mí, ni yo a él, nos podíamos decir palabra, ya que, tan pronto como nos abrazamos, la luz de la divina sabiduría me reveló y mostró su corazón, y a él el mío; y así, por obra de Dios, contemplándonos ambos el corazón, sabíamos lo que nos queríamos decir mucho mejor y con más consuelo que si lo hubiésemos dicho por la boca; y si hubiéramos tratado de explicar con palabras lo que sentíamos en el corazón, como la lengua humana, por su deficiencia, no puede expresar con claridad los secretos misterios de Dios, más hubiera servido de desconsuelo que de consolación. Tened por cierto que el rey se marchó admirablemente consolado».

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 35

*Cómo estando enferma santa Clara fue milagrosamente transportada la noche de la pascua de la Natividad a la iglesia de san Francisco y allí asistió al oficio.*

Estaba una vez santa Clara gravemente enferma, de modo que no podía ir con las otras hermanas a rezar el oficio en la iglesia; y cuando llegó la fiesta de la Natividad de Cristo, todas las demás fueron a los maitines y ella se quedó sola en la cama, disgustada por no poder acompañarlas y recibir aquel consuelo espiritual. Pero Jesucristo, su esposo, no quiso dejarla tan desconsolada y la hizo trasladar milagrosamente a la iglesia de san Francisco, donde asistió al oficio de maitines y a la misa de medianoche y recibió además la sagrada comunión, y después fue llevada de nuevo a su cama.

Las hermanas, terminado el oficio de San Damián, vinieron a ver a santa Clara y le dijeron: «¡Oh madre nuestra, hermana Clara! ¡Qué gran consuelo hemos tenido en esta santa Natividad! Hubiera querido Dios que estuvieses con nosotras!». Y les respondió santa Clara: «Hermanas e hijas mías muy queridas, doy gracias y alabo a nuestro Señor Jesucristo bendito, pues, con gran consuelo para mi alma, asistí a toda la solemnidad de esta santa noche, y mejor aún que vosotras, ya que por intercesión de mi santo padre Francisco, y por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, he estado presente en la iglesia del venerable padre Francisco y con los oídos de mi cuerpo y de mi mente he escuchado todo el oficio y el sonar del órgano, y allí mismo he recibido la muy santa comunión. Alegraos, pues, de la gracia que se me ha hecho y dad gracias a Dios por ello».

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 36

*Cómo san Francisco explicó al hermano León una bella visión que este había tenido.*

En una ocasión en que san Francisco estaba gravemente enfermo y fray León le atendía, estaba este junto a él haciendo oración cuando fue arrebatado en éxtasis y llevado en espíritu a un río muy grande, ancho e impetuoso. Y se puso a mirar a los que pasaban y vio entrar en el río a algunos hermanos que iban cargados y, al instante, los arrastraba el ímpetu de la corriente y se ahogaban; unos no pasaban del margen del río, otros llegaban al centro y algunos llegaban cerca de la otra orilla; pero todos, por el ímpetu del río y el peso que llevaban encima, finalmente eran derribados y se ahogaban. Al verlo, fray León se compadeció muchísimo de ellos; y he aquí que, de improviso, vio venir una gran multitud de hermanos que no traían carga ni peso de cosa alguna, y en los que resplandecía la santa pobreza: entraron en el río y pasaron al otro lado sin ningún peligro. Y visto esto, volvió en sí fray León.

Y entonces san Francisco, sintiendo que había tenido alguna visión, le llamó a su lado y le preguntó lo que había visto, y cuando fray León le hubo contado con todo detalle la visión, le dijo san Francisco: «Lo que has visto es la verdad. El gran río es este mundo; los hermanos que se ahogaban en el río son los que no siguen la profesión evangélica, especialmente en cuanto a la muy alta pobreza; pero los que pasaban sin peligro son los hermanos que no buscan ni poseen en este mundo ninguna cosa terrena ni carnal, sino que, teniendo solamente el moderado vivir y vestir, siguen contentos a Cristo desnudo en la cruz y llevan de buena gana y con alegría la carga y el yugo suave de Cristo y de la muy santa obediencia, y pasan así con facilidad de la vida temporal a la vida eterna».

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.



## CAPÍTULO 37

*Cómo el bendito Jesucristo, a ruegos de san Francisco, hizo que un rico caballero, que había hecho grandes honores y ofrecimientos a san Francisco, se convirtiese y se hiciera hermano.*

San Francisco, siervo de Dios, llegó una tarde, al anochecer, a casa de un caballero grande y poderoso, que le recibió y hospedó a él y a su compañero con muy gran cortesía y devoción, como a ángeles de Dios; por lo que san Francisco le cobró mucho afecto, considerando que, al entrar en la casa, le había abrazado y besado muy amigablemente, y después le había lavado los pies y se los había secado y besado humildemente, y había encendido un buen fuego y preparado la mesa con muchos alimentos buenos y, mientras ellos comían, les servía continuamente con alegre semblante. Cuando san Francisco y su compañero acabaron de comer, les dijo este caballero: «Padre mío, os ofrezco a mí mismo y cuanto tengo; cuando os haga falta una túnica o un manto, o cualquier cosa, compradla, que yo la pagaré; y ved que estoy dispuesto a proveeros en todas vuestras necesidades, pues, por la gracia de Dios, puedo hacerlo; que tengo en abundancia toda clase de bienes temporales y, por amor de Dios, que me los ha dado, hago el bien de buena gana con sus pobres».

Al ver san Francisco tanta cortesía y bondad y tan generoso ofrecimiento, sintió por él tal amor que, después de marcharse, iba diciendo a su compañero: «En verdad, este caballero sería bueno para nuestra religión y compañía; pues es muy agradecido y reconocido para con Dios, y muy amable y cortés con el prójimo y con los pobres. Has de saber, hermano muy querido, que la cortesía es una de las propiedades de Dios, que por cortesía da el sol y la lluvia a justos e injustos, y la cortesía es hermana de la caridad, que apaga el odio y mantiene el amor. Pues he conocido tanta virtud divina en este hombre, que de buena gana lo quisiera por compañero, y quiero que volvamos a verlo algún día, por si Dios le toca el corazón para acompañarnos en el servicio de Dios; mientras tanto, rogaremos a Dios que le inspire en el corazón ese deseo y le dé la gracia para llevarlo a efecto». ¡Cosa admirable! A los pocos días de haber hecho san Francisco esta oración, Dios puso este deseo en el corazón del caballero, y el *poverello* dijo a su compañero: «Hermano mío, vayamos donde el hombre cortés, pues tengo cierta esperanza en Dios de que él, tan cortés con las cosas temporales, se donará a sí mismo y será compañero nuestro». Y se encaminaron hacia la casa.

Cuando ya estaban cerca, dijo san Francisco a su compañero: «Espérame un poco; que quiero, ante todo, rogar a Dios que haga próspero nuestro camino y que Cristo, en virtud de su muy santa pasión, se digne concedernos a nosotros, pobrecillos y débiles, la noble presa que pensamos arrebatarse al mundo». Y dicho esto, se puso en oración en un lugar donde podía ser visto por aquel hombre cortés; y quiso Dios que, mirando este caballero a una y otra parte, viera a san Francisco en devotísima oración delante de Cristo, que se le había aparecido con gran claridad mientras rezaba; y este hombre vio que san Francisco estuvo corporalmente levantado de la tierra durante un buen rato. Con lo cual, se sintió de tal manera tocado e inspirado por Dios a dejar el mundo que al punto salió de

su palacio y corrió con fervor de espíritu hacia san Francisco, que seguía en oración, y, al llegar allí, se arrodilló a sus pies y con mucha insistencia y devoción le suplicó que tuviese a bien recibirle para hacer penitencia junto con él. Al ver san Francisco que su oración había sido escuchada por Dios y que aquel caballero le pedía con tanta instancia lo que él deseaba, se levantó con fervor y alegría de espíritu y le abrazó y le besó, dando gracias muy devotamente a Dios, que había acrecentado su compañía con tan cumplido caballero. Y dijo el caballero a san Francisco: «¿Qué me mandas que haga, padre mío? Estoy dispuesto a dar a los pobres, por mandato tuyo, cuanto poseo y seguir a Cristo contigo, descargado así de todas las cosas temporales».

Y así lo hizo; pues, según consejo de san Francisco, distribuyó toda su hacienda a los pobres y entró en la Orden, donde vivió en conversión y santidad de vida.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 38

*Cómo san Francisco conoció en espíritu que fray Elías se había condenado y debía morir fuera de la Orden; y cómo, a ruego de fray Elías, oró por él a Cristo y fue escuchado<sup>[20]</sup>.*

En cierta ocasión en que san Francisco y fray Elías vivían en familia en un mismo lugar, Dios reveló a san Francisco que fray Elías estaba condenado y que había de apostatar de la Orden y, finalmente, morir fuera de ella. Por lo que san Francisco concibió tal desagrado hacia él que no le hablaba ni conversaba con él y, si sucedía alguna vez que fray Elías le salía al encuentro, desviaba su camino y se dirigía a otra parte para no encontrarse con él. Comenzó fray Elías a darse cuenta y comprender que san Francisco estaba disgustado con él y, queriendo saber la causa, se le acercó un día para hablarle; y, al esquivarle san Francisco, fray Elías, cortésmente, le retuvo a la fuerza y comenzó a rogarle con discreción que tuviese a bien decirle el motivo por el que esquivaba tanto su compañía como hablar con él. San Francisco le respondió: «El motivo es que Dios me ha revelado que, por tus pecados, apostatarás de la Orden y morirás fuera de ella, y también me ha revelado Dios que estás condenado». Al oír esto, fray Elías le dijo: «Padre mío reverendo, te ruego, por el amor de Cristo, que no me esquives ni me alejes de ti por esta causa; sino, como buen pastor, y a ejemplo de Cristo, busca y acoge la oveja, que perece si tú no la ayudas; y ruega a Dios por mí para que, si puede ser, revoque la sentencia de mi condenación; pues está escrito que Dios cambia la sentencia si el pecador se corrige de su pecado; y yo tengo tal fe en tus oraciones que, aunque estuviese en medio del infierno, si tú pidieses a Dios por mí yo encontraría algún alivio. Por ello te suplico que encomiendes este pecador a Dios, pues Él vino a salvar a los pecadores, para que me reciba en su misericordia». Y decía esto fray Elías con mucha devoción y lágrimas, por lo que Francisco, como padre piadoso, le prometió que pediría a Dios por él, y así lo hizo.

Y cuando rezaba devotísimamente por él a Dios, le fue revelado que su oración había sido escuchada por Dios en cuanto a revocar la sentencia de condenación de fray Elías, cuya alma, finalmente, no sería condenada; aunque ciertamente saldría de la Orden y moriría fuera de ella. Y así sucedió, pues Federico, rey de Sicilia, se rebeló contra la Iglesia y el Papa los excomulgó a él y a cuantos le daban ayuda o consejo; y fray Elías, que era tenido por uno de los hombres más sabios del mundo, a solicitud del rey Federico se puso de su parte y se rebeló contra la Iglesia y apostató de la Orden; por lo que le excomulgó el Papa y le privó del hábito de san Francisco.

Y estando ya excomulgado, enfermó gravemente y, al enterarse un hermano suyo, hermano lego, que había seguido en la Orden y era hombre de vida buena y honesta, fue a visitarle y entre otras cosas le dijo: «Hermano mío muy querido, mucho me duele verte excomulgado y fuera de la Orden y que mueras así; pero si ves algún medio o camino por el que yo pueda librarte de ese peligro, de muy buena gana me tomaré cualquier trabajo por ti». Respondió fray Elías: «Hermano mío yo no veo otro medio, salvo que vayas al Papa y le supliques, por el amor de Dios y de su siervo Francisco, por cuyas

enseñanzas abandoné yo el mundo, que me absuelva de la excomunión y me restituya la túnica de la Orden». Su hermano le dijo que de buena gana se fatigaría por su salvación; y, partiendo de allí, fue a echarse a los pies del Papa y le suplicó humildemente que perdonase a su hermano, por el amor de Cristo y de su siervo Francisco. Y quiso Dios que el Papa le concediera que absolviese de su parte a fray Elías si, al volver, le encontraba con vida, y le restituyese el hábito. Con lo que partió muy contento y regresó con gran prisa, encontrando a fray Elías vivo, pero a punto de morir. Y le absolvió de la excomunión, y le revistió con la túnica y fray Elías pasó de esta vida y su alma se salvó gracias a los méritos y oraciones de san Francisco, en las que fray Elías había puesto tanta esperanza.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 39

*De la maravillosa predicación que hizo san Antonio de Padua a los hermanos menores reunidos en consistorio<sup>[21]</sup>.*

El maravilloso vaso del Espíritu Santo, messere san Antonio de Padua, uno de los discípulos escogidos y compañeros de san Francisco, que le llamaba su obispo, predicó una vez en consistorio delante del Papa y de los cardenales; y había allí hombres de diversas naciones: griegos, latinos, franceses, alemanes, eslavos, ingleses y de otras diferentes lenguas del mundo. Inflamado por el Espíritu Santo, expuso la palabra de Dios de manera tan eficaz y sutil, tan devota y dulcemente y de modo tan claro e inteligible, que cuantos estaban en consistorio, aunque hablaban diversas lenguas, entendieron todas sus palabras con toda claridad, como si hubiese hablado en la lengua de cada uno de ellos. Todos se hallaban asombrados y les parecía como si se hubiese renovado el antiguo milagro de los Apóstoles en Pentecostés, cuando hablaron todas las lenguas por virtud del Espíritu Santo.

Y se decían, admirados, unos a otros: «¿No es de España este que predica? Pues, ¿cómo es que todos nosotros le oímos hablar en la lengua de nuestra tierra?». Maravillado también el Papa, y considerando la profundidad de sus palabras, dijo: «En verdad que este es arca del Testamento y armario de la divina Escritura».

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 40

*Del milagro que hizo Dios cuando san Antonio, en Rímini, predicó a los peces del mar.*

Queriendo Cristo bendito demostrar la gran santidad de su fidelísimo siervo messere san Antonio y con qué devoción debía oírse su predicación y su santa doctrina, se valió en varias ocasiones de los animales irracionales, como los peces, para reprender la necedad de los infieles herejes, del mismo modo como antiguamente, en el Antiguo Testamento, había reprendido la ignorancia de Balaán por la boca de una burra (Núm 22,21ss). Se encontraba una vez san Antonio en Rímini, donde había gran multitud de herejes, y queriendo atraerlos a la luz de la verdadera fe y al camino de la verdad, predicó y discutió mucho con ellos sobre la fe de Cristo, y de la Sagrada Escritura; pero ellos no sólo no admitieron sus santos razonamientos sino que, endurecidos y obstinados, tampoco quisieron oírle; por lo que un día, san Antonio, por divina inspiración, se fue a la ribera del río, junto al mar, se colocó en la orilla entre el mar y el río y comenzó a decir a los peces, de parte de Dios, a modo de predicación: «Oíd la palabra de Dios, peces del mar y del río, ya que los infieles herejes rechazan oírla». Apenas dijo esto, acudió repentinamente hacia él, a la orilla del mar, tal multitud de peces grandes, pequeños y medianos, que nunca en aquel mar ni en aquel río se habían visto tantos, y todos sacaron la cabeza fuera del agua y estaban atentos al rostro de san Antonio, con grandísima paz, mansedumbre y orden; delante, cerca de la orilla, estaban los pececillos pequeños, detrás de estos los peces medianos y más adentro, donde el agua era más profunda, los peces mayores.

Cuando todos se hubieron colocado en tal orden y disposición, san Antonio comenzó a predicarles solemnemente, diciendo: «Hermanos míos peces, mucho tenéis que dar gracias, según vuestra posibilidad, al Creador, que os ha dado tan excelente elemento para vuestra habitación; pues tenéis, según os place, el agua dulce y salada, y os preparó muchos refugios para esquivar las tempestades, y os dio un elemento claro y transparente y comida con que vivir. Dios vuestro Creador, cortés y benigno, cuando os creó os dio el mandato de crecer y multiplicaros, y os dio su bendición; después, cuando con el diluvio universal morían todos los otros animales, sólo a vosotros os preservó Dios sin daño. Además, os dio aletas para poder discurrir por donde os plazca. A vosotros se os encomendó, por disposición divina, custodiar al profeta Jonás y arrojarle a tierra, al tercer día, sano y salvo. Vosotros proporcionasteis a nuestro Señor Jesucristo la moneda del censo, que Él, como *poverello*, no tenía con que pagar. Vosotros fuisteis alimento eterno del rey, Jesucristo, antes y después de la resurrección, por singular misterio. Por todo lo cual mucho tenéis que alabar y bendecir a Dios, que os ha dado más beneficios que a las demás criaturas». Ante estas y semejantes palabras y enseñanzas de san Antonio, comenzaron los peces a abrir la boca e inclinar la cabeza, y con estas y otras señales de reverencia alababan a Dios de la manera que les era posible. Al ver san Antonio en los peces tanta reverencia hacia Dios, su Creador, se alegró en espíritu y dijo en voz alta: «Bendito sea el eterno Dios, pues le honran más los peces que los hombres herejes, y escuchan mejor su palabra los animales irracionales que los hombres infieles».

Y cuanto más predicaba san Antonio, tanto más crecía la multitud de peces, y ninguno se marchaba del lugar que había ocupado.

Ante este milagro, comenzó a acudir la gente de la ciudad y acudieron también aquellos herejes, que, al ver un milagro tan maravilloso y patente, se echaron a los pies de san Antonio, con el corazón compungido, para oír su predicación. Y san Antonio se puso a predicarles acerca de la fe católica y predicó tan noblemente que convirtió a todos aquellos herejes y los hizo volver a la verdadera fe de Cristo; y todos los fieles quedaron confortados y fortalecidos en la fe y llenos de alegría. Después, san Antonio despidió a los peces con la bendición de Dios y todos se marcharon con admirables demostraciones de alegría, y lo mismo hizo el pueblo. Se detuvo san Antonio en Rímini durante muchos días, predicando y consiguiendo muchos frutos espirituales para bien de las almas.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 41

*Cómo el venerable fray Simón, hombre de gran contemplación, libró de una gran tentación a un hermano que quería salir de la Orden.*

En los primeros tiempos de la Orden, viviendo todavía san Francisco, entró en la Orden un joven de Asís de nombre fray Simón, al cual Dios le adornó y dotó de tanta gracia y de tanta contemplación y elevación de espíritu, que toda su vida era un espejo de santidad, como lo oí de quienes por largo tiempo estuvieron con él. Este era visto muy raras veces fuera de la celda; y si algunas veces estaba con los frailes, hablaba siempre de Dios. Este nunca había estudiado gramática, y, con todo, hablaba tan profundamente y con tanta sublimidad de Dios y del amor de Cristo, que sus palabras parecían palabras sobrenaturales. Una noche sucedió que, habiendo ido al bosque con fray Jacobo de Massa para hablar de Dios, se entretuvieron hablando dulcísicamente del amor divino durante toda la noche, y por la mañana les parecía haber estado poquísimo tiempo, como me lo refirió el mismo fray Jacobo. Fray Simón recibía con tanta suavidad y dulzura de espíritu las divinas iluminaciones y las visitas amorosas de Dios que muchas veces, al sentir las venir, se echaba en la cama, pues la tranquila suavidad del Espíritu Santo le pedía no sólo el reposo de la mente, sino también el del cuerpo. Y en aquellas visitas divinas era con frecuencia arrebatado en Dios, y se volvía totalmente insensible a las cosas corporales. Una vez sucedió que, estando él así suspenso en Dios e insensible al mundo, abrasado por dentro de amor divino y sin sentir nada exteriormente con los sentidos corporales, un hermano quiso hacer la experiencia de comprobar si era como parecía; fue, cogió una brasa y se la aplicó al pie desnudo; y fray Simón no sintió nada, ni la brasa le dejó señal alguna en el pie, a pesar de haber seguido así tanto tiempo, que se apagó por sí sola. Este fray Simón, cuando se sentaba a la mesa, antes de tomar el alimento corporal, tomaba para sí y daba a los demás el alimento espiritual hablando de Dios.

Por estos devotos discursos se convirtió en cierta ocasión un joven de San Severino, el cual había sido en el siglo un galán vanidoso y mundano y era noble de sangre y muy delicado en su cuerpo. Fray Simón cuando lo recibió en la Orden, guardó consigo sus vestidos seculares; era, en efecto, fray Simón el encargado de iniciarlo en las observancias regulares. Pero el demonio, que anda buscando cómo poner tropiezos a todo bien, puso en él tan fuerte estímulo y tan ardiente propensión de la carne, que le era del todo imposible resistir. Por ello fue a fray Simón y le dijo: «Devuélveme mis vestidos de secolar, porque no puedo ya resistir las tentaciones carnales». Y fray Simón, lleno de compasión hacia él, le decía: «Siéntate un poco conmigo, hijo mío». Y comenzaba a hablarle de Dios, con lo que la tentación se marchaba. Volvía de nuevo la tentación, él volvía a pedir los vestidos a fray Simón por causa de la tentación, y, hablándole él de Dios otras tantas veces, cesaba la tentación.

Así varias veces, hasta que, por fin, una noche le asaltó la tentación con mayor fuerza de lo acostumbrado, y, no pudiendo resistir de ninguna manera, fue a fray Simón y le pidió de nuevo todos sus vestidos de secolar, ya que le era absolutamente imposible



seguir. Entonces, fray Simón, como lo había hecho otras veces, lo hizo sentar junto a él; y, mientras le hablaba de Dios, el joven reclinó la cabeza en el regazo de fray Simón lleno de gran melancolía y tristeza. Fray Simón, movido por una fuerte compasión, alzó los ojos al cielo, y, poniéndose a orar muy devotamente por él, quedó extasiado y fue escuchado por Dios. Al volver en sí, el joven se sintió libre del todo de aquella tentación, como si jamás la hubiera sentido.

Más aún, el ardor de la tentación se cambió en ardor del Espíritu Santo, porque se había acercado a aquel carbón encendido que era fray Simón, y quedó todo inflamado en el amor de Dios y del prójimo, en tal grado, que, habiendo sido una vez apresado un malhechor, al que habían de ser arrancados los dos ojos, movido a compasión, fue él animosamente al rector, cuando el consejo estaba en pleno y con muchas lágrimas y súplicas pidió que le fuera arrancado a él un ojo y otro al malhechor para que este no quedara privado de los dos ojos. Al ver el rector y su consejo el gran fervor de la caridad de este fraile, perdonaron al uno y al otro.

Se hallaba un día fray Simón en el bosque en oración experimentando gran consolación en su alma, cuando una bandada de cornejas comenzó a molestarle con sus graznidos; él entonces les mandó, en nombre de Jesús, que se marcharan y no volvieran. Inmediatamente partieron aquellos pájaros, y ya no fueron vistos ni allí ni en todo el contorno. Este milagro fue conocido en toda la custodia de Fermo, a la que pertenecía aquel lugar.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 42

*De los bellos milagros que hizo Dios por medio de los santos frailes: fray Bentivoglia, fray Pedro de Monticello y fray Conrado de Offida; y cómo fray Bentivoglia llevó a costas a un leproso quince millas en poquísimo tiempo, y a uno le habló san Miguel, y a otro vino la Virgen María poniéndole en sus brazos a su Hijo.*

La provincia de la Marca de Ancona estuvo antiguamente adornada, como el cielo de estrellas, de hermanos santos y ejemplares, que, como lumbreras del cielo, han adornado y honrado a la Orden de san Francisco y al mundo con sus ejemplos y su doctrina. Entre otros hay que enumerar, en primer lugar, a fray Lúcido Antiguo, que fue verdaderamente luciente por la santidad y ardiente por la caridad divina; su gloriosa lengua, informada por el Espíritu Santo, obtenía frutos maravillosos en la predicación.

Otro fue fray Bentivoglia de San Severino, a quien vio una vez fray Maseo de San Severino elevado en el aire por mucho tiempo mientras oraba en el bosque; por este milagro, dicho fray Maseo, que era párroco entonces, dejó el beneficio y se hizo hermano menor; y fue tan santo, que hizo muchos milagros en vida y en muerte; su cuerpo está sepultado en Marro. Este fray Bentivoglia, una vez que se hallaba en Trave Bonanti cuidando y sirviendo a un leproso, recibió orden de su superior de trasladarse a un lugar distante quince millas. No queriendo él abandonar al leproso, con gran fervor de caridad se lo cargó a costas y lo llevó, desde la aurora hasta la salida del sol recorriendo todo aquel camino de quince millas, hasta el lugar al que era destinado, que se llamaba Monte Sancino. Aunque hubiera sido un águila, no hubiera podido hacer volando todo aquel viaje. Este divino milagro despertó gran estupor y admiración en toda la región.

Otro hermano, fray Pedro de Monticello, fue visto por fray Servadeo de Urbino, siendo entonces guardián suyo en el lugar viejo de Ancona, levantado corporalmente, a cinco o seis brazas del suelo, hasta los pies del crucifijo de la iglesia ante el cual estaba en oración. Este fray Pedro había ayunado una vez durante la cuaresma de san Miguel arcángel con gran devoción, y el último día de esta cuaresma, estando orando en la iglesia, un hermano joven que se había ocultado expresamente bajo el altar mayor atisbando algún hecho de santidad, le oyó conversar con san Miguel Arcángel en estos términos. San Miguel decía: «Fray Pedro, tú te has fatigado fielmente por mí y has mortificado tu cuerpo de diferentes maneras. Pues bien, yo he venido para consolarte; puedes pedir la gracia que quieras, y yo te la obtendré de Dios». Respondió fray Pedro: «Santísimo príncipe de la milicia celestial, fidelísimo celador del honor de Dios, protector misericordioso de las almas, yo te pido esta sola gracia: que me obtengas de Dios el perdón de mis pecados». Contestó san Miguel: «Pide otra gracia, porque esa te la alcanzaré muy fácilmente». Y como fray Pedro no pedía nada más, el arcángel terminó: «Yo, por la fe y la devoción que me profesas, te conseguiré esa gracia que pides y muchas otras». Y acabada esta conversación, que se prolongó por mucho tiempo, desapareció el arcángel san Miguel, dejándolo sumamente consolado.

En los tiempos de este santo fraile Pedro vivía fray Conrado de Offida, formando ambos parte de la familia del lugar de Forano, de la custodia de Ancona. Fray Conrado

fue un día al bosque para contemplar a Dios y fray Pedro le fue siguiendo a escondidas para ver qué le sucedía. Fray Conrado se puso en oración y comenzó a suplicar a la Virgen María con gran devoción y muchas lágrimas que le obtuviera de su Hijo bendito la gracia de experimentar un poco de aquella dulzura que sintió san Simeón el día de la Purificación, cuando tuvo en sus brazos a Jesús, el Salvador bendito. Hecha esta oración, fue escuchado por la misericordiosa Virgen María. En aquel momento apareció la Reina del cielo con su Hijo bendito en los brazos en medio de una luz esplendorosa; se acercó a fray Conrado y le puso en los brazos a su bendito Hijo; él lo recibió con gran devoción, lo abrazó y lo besó apretándolo contra el pecho, consumiéndose y derritiéndose en amor divino y en un consuelo inexplicable. Y también fray Pedro, que estaba viendo todo desde su escondrijo, sintió en su alma una grandísima dulcedumbre y consolación. Cuando la Virgen María dejó a fray Conrado, fray Pedro se volvió rápidamente al lugar para no ser visto de él, pero luego, al ver a fray Conrado que volvía muy alegre y jubiloso, le dijo fray Pedro: «Hombre celestial, hoy has tenido una gran consolación»; le dijo fray Conrado: «¿Qué dices, fray Pedro? ¿Qué sabes tú lo que he tenido?». Y fray Pedro contestó: «Sí que lo sé, sí que lo sé. Te ha visitado la Virgen María con su Hijo bendito». Entonces, fray Conrado, que, como hombre verdaderamente humilde, deseaba tener en secreto las gracias de Dios, le rogó que no dijera nada a nadie. Y fue tan grande el amor que se tuvieron el uno al otro desde entonces, que no parecía sino que en todo tuvieran un solo corazón y una sola alma.

Y este fray Conrado liberó una vez, en el lugar de Sirolo, a una mujer endemoniada, orando por ella toda la noche y apareciéndose a su madre; y a la mañana siguiente huyó para no ser hallado y honrado del pueblo.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 43

*Cómo fray Conrado de Offida convirtió a un fraile joven que servía de escándalo a otros hermanos. Y cómo dicho fraile se le apareció a fray Conrado cuando estaba muriéndose, pidiéndole que rezase por él. Y cómo lo libró por su oración de las grandísimas penas del purgatorio.*

El mencionado fray Conrado de Offida, admirable celador de la pobreza evangélica y de la Regla de san Francisco, fue de vida tan religiosa y de tanto mérito ante Dios, que Cristo bendito le honró con muchos milagros en vida y en muerte.

Entre ellos, uno fue este: habiendo llegado una vez, de paso, al lugar de Offida, los frailes le rogaron, por amor de Dios y de la caridad, que amonestara a un hermano joven que había en aquel lugar y que perturbaba a toda la comunidad, tanto a viejos como a jóvenes, por su manera de portarse pueril, desordenada y disolutamente; descuidaba habitualmente el oficio divino y las demás observancias regulares. Fray Conrado, por compasión para con aquel joven y accediendo a los ruegos de los frailes, le llamó aparte y con fervor de caridad le dirigió palabras de amonestación tan eficaces y llenas de unción, que, bajo la acción de la gracia divina, de niño que era, se volvió súbitamente maduro por su manera de comportarse; y tan obediente, bueno, diligente, piadoso y pacífico, tan servicial, tan aplicado a toda obra de virtud, que así como antes toda la casa andaba perturbada por causa de él, después todos estaban contentos y consolados y lo amaban profundamente.

Y sucedió, como quiso Dios, que pocos días después de esta conversión muriera dicho joven fraile, con gran dolor de los hermanos. Pocos días después de su muerte se apareció su alma a fray Conrado, que estaba en piadosa oración ante el altar de aquel lugar, y le saludó devotamente como a padre suyo. Fray Conrado le preguntó: «¿Quién eres?». Respondió: «Yo soy el alma de aquel hermano joven que murió hace unos días». Y fray Conrado: «Y ¿qué es ahora de ti, hijo carísimo?». Respondió: «Padre amadísimo, por la gracia de Dios y por vuestra doctrina, me ha ido bien, porque no estoy condenado pero, debido a algunos pecados que cometí y que no tuve tiempo para expiar suficientemente, estoy padeciendo penas muy grandes en el purgatorio. Te ruego, padre, que, de la misma manera que me has ayudado cuando estaba vivo, así ahora tengas a bien socorrerme en mis penas rezando por mí algún padrenuestro, ya que tu oración es tan poderosa ante Dios». Entonces, fray Conrado, accediendo de buen grado a su ruego, dijo por él una sola vez el padrenuestro con el *requiem aeternam*, y dijo aquella alma: «¡Oh padre carísimo, cuánto bien y cuánto refrigerio siento ahora! Por favor, dílo otra vez». Así lo hizo fray Conrado. Cuando lo hubo rezado, dijo aquella alma: «Padre santo, cuando tú oras por mí, me siento totalmente aliviado. Te pido, pues, que no dejes de rogar por mí a Dios». Entonces fray Conrado, viendo que aquella alma era ayudada tan eficazmente por sus oraciones, rezó por ella cien padrenuestrros; y, en cuanto los hubo terminado, dijo el alma: «Te doy gracias, padre mío, de parte de Dios, por la caridad que has tenido para conmigo, porque por tu oración estoy ya libre de todas las penas, y así me voy al reino celestial». Y dicho esto, desapareció aquella alma. Entonces fray

Conrado, para dar a los hermanos alegría y consuelo, les refirió punto por punto toda esta visión.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 44

*Cómo a fray Conrado se le apareció la madre de Cristo y san Juan Evangelista y san Francisco; y le dijeron cuál de ellos soportó más dolor por la pasión de Cristo.*

Al tiempo que moraban juntos en la custodia de Ancona, en el lugar de Forano, fray Conrado y fray Pedro (que eran dos estrellas brillantes en la provincia de las Marcas, dos hombres celestiales), estaban unidos entre sí con un amor y una caridad tan grande, que parecían no tener sino un solo corazón y una sola alma, y se habían ligado mutuamente con este pacto: que cualquier consolación que la misericordia de Dios otorgase a cualquiera de los dos, se la tenían que manifestar, por caridad, el uno al otro.

Sellado entre ambos este pacto, ocurrió un día que fray Pedro estaba en oración meditando devotísimamente en la pasión de Cristo; y como la Madre santísima de Cristo y Juan, el amadísimo discípulo, y san Francisco estaban pintados al pie de la cruz, crucificados con Cristo por el dolor del alma, le vino el deseo de saber quién de los tres había experimentado mayor dolor por la pasión de Cristo; si la Madre, que lo había llevado en su seno, o el discípulo, que había reposado sobre su pecho, o san Francisco, que había sido crucificado con Cristo. Estando en este devoto pensamiento, se le apareció la Virgen María con san Juan Evangelista y san Francisco, vestidos de nobilísimas vestiduras de gloria bienaventurada; pero san Francisco aparecía vestido de una veste más hermosa que san Juan. Y como fray Pedro quedó desconcertado por esta visión, san Juan le animó, diciéndole: «No temas, hermano carísimo, porque nosotros hemos venido aquí para consolarte y aclararte el objeto de tu duda. Has de saber que la Madre de Cristo y yo hemos sufrido, por causa de la pasión de Cristo, más que ninguna otra creatura; pero, después de nosotros, nadie ha experimentado mayor dolor que san Francisco; por eso le ves con tanta gloria». Preguntó fray Pedro: «Santísimo apóstol de Cristo, ¿por qué la vestidura de san Francisco es más hermosa que la tuya?». Respondió san Juan: «La razón es esta: porque, cuando él estaba en el mundo, llevó un vestido más vil que el mío». Y dichas estas palabras, san Juan entregó a fray Pedro un vestido de gloria que llevaba en la mano y le dijo: «Toma este vestido que he traído para dártelo a ti». Y como san Juan quería vestirlo con él, fray Pedro, estupefacto, cayó a tierra y comenzó a gritar: «¡Fray Conrado, fray Conrado querido, ven en seguida, ven y verás cosas maravillosas!». A estas palabras desapareció la visión. Después, cuando llegó fray Conrado, le refirió al detalle todo lo sucedido y dieron gracias a Dios.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 45

### *De la conversión, vida, milagros y muerte del santo fraile Juan de la Penna.*

A fray Juan de la Penna, siendo aún niño en la provincia de las Marcas, antes de hacerse fraile, se le apareció una noche un niño bellissimo, que le llamó diciéndole: «Juan, vete a San Esteban, donde está predicando uno de mis hermanos; cree en lo que enseña y pon atención a sus palabras, porque soy yo quien lo ha enviado. Hecho esto, tendrás que hacer un largo viaje, y después vendrás a estar conmigo». Se levantó inmediatamente y sintió un cambio grande en su alma. Fue a San Esteban, y encontró allí una gran muchedumbre de hombres y de mujeres que habían acudido a oír el sermón. El que tenía que predicar era un fraile de nombre Felipe, uno de los primeros llegados a la Marca de Ancona; todavía eran pocos los conventos fundados en las Marcas. Subió al púlpito fray Felipe para predicar, y lo hizo con gran unción; no con palabras de sabiduría humana, sino con la fuerza del Espíritu de Cristo, anunciando el reino de la vida eterna. Terminado el sermón, el niño se acercó a fray Felipe y le dijo: «Padre, si tuvierais a bien recibirme en la Orden, yo haría de buen grado penitencia y serviría a nuestro Señor Jesucristo». Viendo y reconociendo fray Felipe en él una admirable inocencia y la pronta voluntad de servir a Dios, le dijo: «Ven a estar conmigo tal día a Recanati, y yo haré que seas recibido». En aquel lugar había de celebrarse el Capítulo provincial. El niño, que era purísimo, pensó que era aquel el largo viaje que tenía que hacer, conforme a la revelación que había recibido, y que después iría al Paraíso. Creía que así había de suceder en cuanto fuese recibido en la Orden. Marchó, pues, y fue recibido. Viendo que su esperanza no era realizada y oyendo decir al ministro en el Capítulo que a todos los que quisieran ir a la provincia de Provenza, con el mérito de la santa obediencia, él les daría de buen grado el permiso, le vino el deseo de ir, pensando en su corazón que aquel sería el largo viaje que había de hacer antes de ir al Paraíso; pero tenía vergüenza de decirlo. Se confió a fray Felipe finalmente, que lo había hecho recibir en la Orden, y le rogó encarecidamente que le procurase aquella gracia de ir destinado a la provincia de Provenza. Fray Felipe, viendo su candor y su santa intención, le consiguió aquel permiso. Así, pues, fray Juan se dispuso con gran alegría para ir, dando por seguro que al final de aquel viaje iría al Paraíso. Pero quiso Dios que permaneciera en dicha provincia veinticinco años, siempre en esa espera y con ese deseo, viviendo con gran honestidad, santidad y ejemplaridad, creciendo sin cesar en virtud y en gracia ante Dios y ante el pueblo; y era sumamente amado de los frailes y de los seglares.

Hallándose un día fray Juan en devota oración, llorando y lamentándose de que no se cumplía su deseo y de que se prolongaba demasiado su peregrinación en esta vida, se le apareció Cristo bendito. A su vista quedó como derretida su alma, y Cristo le dijo: «Hijo mío fray Juan, pídemelo lo que quieras». Él le respondió: «Señor, yo no sé pedir otra cosa sino a ti, porque no deseo ninguna otra cosa. Pero lo que pido es que me perdones todos mis pecados y me concedas la gracia de verte otra vez cuando me halle en mayor necesidad». Le dijo Cristo: «Ha sido escuchada tu petición». Y dicho esto, desapareció, y fray Juan quedó muy consolado y confortado.

Por fin, oyendo los frailes de las Marcas la fama de su santidad, insistieron tanto ante el general, que este le mandó la obediencia para volver a las Marcas. Recibida esta obediencia, se puso con alegría en camino, pensando que al término de este viaje había de ir al cielo, según la promesa de Cristo. Pero, vuelto a la provincia de las Marcas, vivió en ella otros treinta años, sin ser reconocido por ninguno de sus parientes; y cada día esperaba que la misericordia de Dios le cumpliera la promesa. En ese tiempo desempeñó varias veces el oficio de guardián con gran discreción, y Dios realizó, por medio de él, muchos milagros.

Entre los otros dones recibidos de Dios, tuvo el don de profecía. En cierta ocasión, estando él fuera del lugar, un novicio suyo fue combatido por el demonio y tentado con tal fuerza, que cedió a la tentación y tomó la determinación de dejar la Orden no bien estuviera de vuelta fray Juan. Conoció fray Juan, por espíritu de profecía, esa decisión; volvió en seguida a casa, llamó al novicio y le dijo que quería se confesara. Pero antes de la confesión le refirió puntualmente la tentación tal como Dios se la había revelado, y terminó diciéndole: «Hijo, por haberme esperado y no haber querido marcharte sin mi bendición, Dios te ha concedido la gracia de que nunca saldrás de esta Orden, sino que morirás en ella con la ayuda de la divina gracia». Entonces aquel novicio fue confirmado en su buena voluntad, permaneció en la Orden y llegó a ser un santo religioso. Todas estas cosas me las refirió a mí, fray Hugolino<sup>[22]</sup>, el mismo fray Juan.

Este fray Juan era hombre de espíritu alegre y sereno, hablaba raramente y poseía el don de la oración y devoción; después de los maitines no volvía nunca a la celda, sino que continuaba en la iglesia haciendo oración hasta el amanecer. Estando una noche así en oración después de los maitines, se le apareció el ángel de Dios y le dijo: «Fray Juan, ha llegado el término del viaje, que por tanto tiempo has esperado. Así, pues, te comunico, de parte de Dios, que puedes pedir la gracia que deseas. Y te comunico, además, que tienes en tu mano elegir: o un día de purgatorio o siete días de padecimiento en este mundo». Eligió fray Juan siete días de penas en este mundo, y en seguida cayó enfermo de diversas dolencias: le sobrevino una violenta fiebre, el mal de gota en las manos y los pies, dolores de costado y muchos otros males. Pero lo que más le atormentaba era el ver siempre a un demonio delante de él, con una hoja grande de papel en la mano, donde estaban escritos todos los pecados que había cometido o pensado, y le decía: «Por causa de estos pecados cometidos por ti de pensamiento, palabra y obra, estás condenado a lo profundo del infierno». Y él no se acordaba de haber hecho jamás ningún bien, ni de estar en la Orden, ni de que hubiera estado nunca en ella, sino que le dominaba la idea de estar condenado como el demonio se lo decía. Por eso, cuando alguien le preguntaba cómo estaba, respondía: «Mal, porque estoy condenado». Viendo esto, los frailes hicieron llamar a un fraile muy viejo, llamado Mateo de Monte Rubbiano, que era un santo hombre y muy amigo de fray Juan. Llegó fray Mateo el día séptimo de la tribulación de fray Juan, le saludó y le preguntó cómo estaba. Él le respondió que mal, porque estaba condenado. Entonces le dijo fray Mateo: «¿No te acuerdas que te has confesado conmigo muchas veces, y yo te he absuelto íntegramente de tus pecados? ¿No tienes presente que has servido a Dios tantos años en esta Orden?



Por otra parte, ¿has olvidado, acaso, que la misericordia de Dios sobrepuja todos los pecados del mundo y que Cristo bendito, nuestro Salvador, ha pagado, para rescatarnos, un precio infinito? Ten confianza, porque no hay duda de que estás salvado». A estas palabras, puesto que se había cumplido el tiempo de su purificación, desapareció la tentación y sobrevino la consolación.

Y con gran alegría, dijo fray Juan a fray Mateo: «Estás fatigado y es ya tarde; te ruego que vayas a reposar». Fray Mateo no quería dejarlo; pero al fin ante su insistencia, se despidió de él y se fue a descansar, quedando solo fray Juan con el hermano que le cuidaba. En esto vio llegar a Cristo bendito en medio de grandísimo resplandor y de suavísima fragancia, cumpliendo la promesa que le había hecho de aparecersele otra vez cuando él se hallara en mayor necesidad; y lo curó totalmente de toda enfermedad. Entonces, fray Juan, juntando las manos, le dio gracias por haber dado fin tan felizmente al largo viaje de la presente vida miserable, encomendó y entregó su alma en las manos de Cristo y pasó de esta vida mortal a la vida eterna con Cristo bendito, a quien por tanto tiempo había deseado y esperado. Fray Juan está sepultado en el lugar de Penna San Giovanni.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 46

*Cómo fray Pacífico, estando en oración, vio el alma de su hermano fray Humilde subir al cielo.*

En la mencionada provincia de las Marcas hubo, después de la muerte de san Francisco, dos hermanos carnales en la Orden; uno se llamaba fray Humilde, y otro, fray Pacífico, ambos de gran santidad y perfección. Uno moraba en el eremitorio de Soffiano, y murió allí; el otro, en un lugar muy distante. Quiso Dios que fray Pacífico, estando un día en oración en un lugar solitario, fuera arrebatado en éxtasis y viera subir derechamente al cielo en un instante el alma de su hermano Humilde, sin ningún retraso ni impedimento, y ello en el mismo momento de separarse del cuerpo.

Muchos años después sucedió que dicho fray Pacífico fue enviado al mismo eremitorio de Soffiano, donde había muerto su hermano. Por aquel tiempo los frailes, a petición de los señores de Brunoforte, abandonaron el lugar para ir a otro, llevando consigo, entre otras cosas, los restos de los santos hermanos que habían muerto allí. Al llegar a la sepultura de fray Humilde, su hermano Pacífico tomó los huesos, los lavó con buen vino, después los envolvió en un lienzo blanco y los besó, entre lágrimas, con gran reverencia y devoción. Los demás hermanos se admiraron mucho de esto, y no les pareció ejemplar aquel modo de obrar de un hombre de tanta santidad como él pues parecía que lloraba a su hermano más bien por amor sensible y mundano y que mostraba mayor devoción a las reliquias de su hermano que a las de los otros hermanos de hábito, que no habían sido de menor santidad que fray Humilde, y sus restos no eran menos dignos de respeto que los de este.

Y conociendo fray Pacífico el mal pensamiento de los frailes, les dio satisfacción con humildad, diciéndoles: «Hermanos carísimos, no debéis extrañaros de que haya hecho con los huesos de mi hermano lo que no he hecho con los otros. No me he dejado llevar, gracias a Dios, como vosotros pensáis, de amor carnal, sino que he obrado así porque, cuando mi hermano pasó de esta vida, hallándome en oración en lugar desierto y lejano de él, vi cómo su alma subía derechamente al cielo; por esto tengo la certeza de que sus huesos son santos y de que un día estarán en el paraíso. Si Dios me hubiera concedido la misma certeza sobre los otros hermanos, hubiera mostrado la misma reverencia a sus huesos». Por lo que los frailes, a la vista de su devota y santa intención, quedaron muy edificadas de él y alabaron a Dios, que lleva a cabo cosas tan maravillosas en sus santos.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 47

*De aquel santo fraile a quien, cuando estaba para morir, se apareció la Madre de Cristo con tres redomas de electuario<sup>[23]</sup> y lo sanó.*

En el mencionado eremitorio de Soffiano hubo antiguamente un fraile menor de tan gran santidad y gracia, que parecía totalmente endiosado y frecuentemente estaba extasiado en Dios. Y sucedía que, mientras se hallaba todo elevado en Dios, porque poseía en grado notable la gracia de la contemplación, venían a él los pájaros de toda especie y se posaban confiadamente en sus hombros, cabeza, brazos y manos, poniéndose a cantar maravillosamente. Él era muy amante de la soledad y raras veces hablaba; pero, cuando le preguntaban alguna cosa, respondía con tal gracia y sabiduría, que más parecía ángel que hombre; y vivía muy entregado a la oración y a la contemplación. Los frailes le profesaban gran reverencia.

Terminando el curso de su vida virtuosa, este hermano cayó enfermo de muerte por divina disposición, hasta el punto de no poder tomar nada; por otro lado, él rehusaba recibir ninguna medicina humana, sino que ponía toda su confianza en el Médico celestial Jesucristo bendito, y en su bendita Madre, de la cual mereció, por la divina clemencia, ser milagrosamente visitado y consolado. Porque, hallándose en cama, preparándose para la muerte con todo el corazón y con la mayor devoción, se le apareció la gloriosa Virgen María, rodeada de gran muchedumbre de ángeles y de santas vírgenes, en medio de maravilloso resplandor, y se acercó a su cama. Al verla, él experimentó gran consuelo y alegría de alma y de cuerpo, y comenzó a suplicarle humildemente que rogara a su amado Hijo que, por sus méritos, lo sacara de la prisión de esta carne miserable. Y como prosiguiera en esta súplica con muchas lágrimas, le respondió la Virgen María llamándolo con su nombre: «No temas, hijo, que tu oración ha sido escuchada, y yo he venido para confortarte antes de tu partida de esta vida».

Había junto a la Virgen María tres santas vírgenes, que traían en la mano tres redomas de electuario de un perfume y de una suavidad inexplicables. La Virgen gloriosa tomó una de las redomas y la abrió, y toda la casa se llenó de fragancia; con una cuchara tomó del electuario y se lo dio al enfermo; este, no bien lo hubo gustado, sintió tal confortación y tal dulzura, que no parecía que su alma estuviera en el cuerpo. Por ello comenzó a decir: «¡Basta, basta, Madre dulcísima y Virgen bendita, salvadora del género humano; basta, curadora bendita, que no puedo soportar tanta dulzura!». Pero la piadosa y benigna Madre siguió ofreciéndole y haciéndole tomar el electuario. Vaciada la primera redoma, la bienaventurada Virgen tomó la segunda y metió la cuchara para darle; él, gimiendo dulcemente, le decía: «¡Oh beatísima Madre de Dios!, si mi alma está ya casi del todo derretida por la fragancia y la suavidad del primer electuario, ¿cómo voy a poder soportar el segundo? Por favor, ¡oh bendita entre todos los santos y ángeles!, no me des más». Respondió la gloriosa Señora: «Prueba, hijo mío, un poco todavía de esta segunda redoma». Y, dándole un poco más, le dijo: «Ahora ya te basta con lo que has tomado, hijo. ¡Ánimo, hijo mío!, que pronto vendré por ti y te llevaré al reino de mi Hijo que siempre has buscado y deseado».

Y dicho esto, se despidió de él y se fue. Y él quedó tan confortado y consolado por la dulzura de aquel medicamento, que se mantuvo en vida saciado y fuerte por algunos días, sin ningún alimento corporal. Al cabo de unos días, mientras se hallaba hablando alegremente con los hermanos, con gran alegría y júbilo, pasó de esta vida miserable a la vida bienaventurada.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 48

*Cómo fray Jacobo de Massa vio, bajo la forma de un árbol, a todos los hermanos menores del mundo, y conoció la virtud, méritos y vicios de cada uno.*

Fray Jacobo de Massa, a quien Dios abrió la puerta de sus secretos y dio a perfección la ciencia y la inteligencia de la divina Escritura y de las cosas que están por venir, fue de tanta santidad, que los hermanos Gil de Asís, Marcos de Montino, Junípero y Lúcido dijeron de él que no conocían en el mundo a nadie más grande ante Dios.

Yo tuve gran deseo de verlo, porque habiendo rogado a fray Juan, compañero de fray Gil, que me explicase ciertas cosas del espíritu, él me dijo: «Si quieres ser informado en la vida espiritual, procura hablar con fray Jacobo de Massa, porque fray Gil deseaba recibir luz de él, y no se puede ni añadir ni quitar nada a sus palabras, ya que su mente ha penetrado los secretos celestiales y sus palabras son palabras del Espíritu Santo; no hay hombre sobre la tierra que yo desee tanto ver». Este fray Jacobo, en los comienzos del gobierno del ministro general fray Juan de Parma, estando una vez en oración, fue arrebatado en Dios, y permaneció tres días en arrobamiento, abstraído totalmente de los sentidos corporales; tan insensible, que los hermanos dudaban si estaría muerto. En aquel rapto le fue revelado por Dios lo que había de suceder respecto a nuestra Orden; por eso, cuando yo tuve noticia, aumentó mi deseo de verle y de hablar con él.

Y cuando quiso Dios que se me ofreciera oportunidad de hablarle, yo le rogué en estos términos: «Si lo que yo he oído de ti es verdad, te ruego que no me lo ocultes. He oído que, cuando estuviste tres días casi muerto, Dios te reveló, entre otras cosas, lo que había de suceder en esta nuestra Orden. Esto lo ha dicho fray Mateo, ministro de las Marcas, a quien tú lo descubriste por obediencia». Entonces, fray Jacobo, con mucha humildad, confirmó que cuanto decía fray Mateo era verdad.

Y lo que dijo fray Mateo, ministro de las Marcas, es lo siguiente: «Yo sé de un tal fray Jacobo a quien Dios ha revelado todo lo que ha de suceder en nuestra Orden; porque fray Jacobo de Massa me ha manifestado y dicho que, después de haberle revelado Dios muchas cosas sobre el estado de la Iglesia militante, tuvo la visión de un árbol hermoso, grande y muy fuerte, cuyas raíces eran de oro, y sus frutos eran hombres, todos hermanos menores. Sus ramas principales estaban distribuidas según el número de las provincias de la Orden; en cada rama había tantos frailes cuantos había en la provincia por ella representada. Entonces supo el número de todos los frailes de la Orden y de cada provincia, con sus nombres, edad, condiciones y oficios, grados y dignidades, así como las gracias y las culpas de todos. Y vio a fray Juan de Parma en la copa del tronco del árbol, y en las copas de las ramas que rodeaban el tronco estaban los ministros de todas las provincias. Después vio cómo Cristo se sentaba en un trono grandioso y de una blancura deslumbrante y cómo llamaba a san Francisco y le daba un cáliz lleno de espíritu de vida y lo enviaba, diciéndole: «Vete a visitar a tus hermanos y dales de beber de este cáliz del espíritu de vida, porque el espíritu de Satanás se va a levantar contra ellos y los va a sacudir y muchos de ellos caerán y no volverán a levantarse». Y Cristo dio a san Francisco dos ángeles para acompañarle.

Entonces vino san Francisco para dar de beber del cáliz de la vida a sus hermanos y lo ofreció primero a fray Juan, quien lo tomó en sus manos y lo bebió todo de un sorbo muy devotamente; en seguida, se volvió todo luminoso como el sol. Después siguió san Francisco dándolo a beber a todos los demás. Y eran pocos los que lo recibían y lo bebían con el debido respeto y la debida devoción. Los que lo recibían con devoción y lo bebían todo, al punto se volvían resplandecientes como el sol; los que lo derramaban todo y no lo recibían con devoción, se volvían negros y oscuros, deformes y horribles a la vista; los que en parte lo bebían y en parte lo derramaban, se volvían en parte luminosos y en parte tenebrosos, más o menos según la cantidad que habían bebido o derramado. Pero quien más resplandeciente aparecía era fray Juan, que había apurado más que ninguno el cáliz de la vida, que le había hecho contemplar más profundamente el abismo de la infinita luz divina, en la cual había conocido las adversidades y la tempestad que había de levantarse contra aquel árbol, hasta sacudirlo y derribarlo con todas las ramas. Por esto, fray Juan dejó la copa del tronco en que se hallaba y, descendiendo debajo de todas las ramas, fue a esconderse al pie del tronco del árbol, y allí se estaba a la espera de lo que iba a suceder. Y fray Buenaventura, que había bebido una parte del cáliz y había derramado la otra parte, subió al mismo lugar de la rama de donde se había bajado fray Juan. Estando allí, las uñas de las manos se le volvieron uñas de hierro agudas y tajantes como navajas de afeitar; luego dejó el lugar a donde había subido y trataba de lanzarse lleno de ímpetu y furor contra fray Juan con intención de hacerle daño. Al verse en peligro fray Juan gritó con fuerza y se encomendó a Cristo, que estaba sentado en el trono. Cristo, al oír el grito, llamó a san Francisco, le dio un pedernal cortante y le dijo: «Ve y con esta piedra córtale a fray Buenaventura las uñas con las que quiere arañar a fray Juan, para que no pueda hacerle daño. San Francisco fue e hizo como Cristo le había ordenado». Después de esto sobrevino una tempestad de viento, que sacudió el árbol con tanta violencia, que los hermanos caían a tierra, siendo los primeros en caer aquellos que habían derramado todo el cáliz del espíritu de vida, y eran llevados por los demonios a lugares de tinieblas y tormentos. Pero fray Juan, junto con los que habían bebido todo el cáliz, fueron transportados por los ángeles a un lugar de vida, de luz eterna y de esplendorosa bienaventuranza. El mencionado fray Jacobo, que presenciaba la visión, entendía y discernía particular y distintamente todo cuanto estaba viendo con los nombres, condiciones y estado de cada uno con toda claridad. Aquella tempestad duró tanto, que derribó el árbol y se lo llevó el viento. Pasada la tempestad, de la raíz de este árbol, que era de oro, brotó otro árbol, todo de oro, el cual produjo hojas, flores y frutos de oro. De este árbol y de su expansión, de su profundidad, belleza, fragancia y virtud, es mejor ahora callar que hablar.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 49

### *Cómo Cristo se apareció a fray Juan de Alverna.*

Entre los muchos sabios y santos hermanos e hijos de san Francisco que, como dice Salomón, son la gloria del padre (Prov 10,1), floreció en nuestros tiempos en la mencionada provincia de las Marcas el venerable y santo fray Juan de Fermo, el cual, debido al mucho tiempo que moró en el hogar santo de Alverna, donde pasó de esta vida, era llamado también fray Juan de Alverna; fue hombre de vida extraordinaria y de gran santidad. Este fray Juan, siendo aún niño seglar, anhelaba con todo el corazón la vida de penitencia, que ayuda a mantener la pureza de alma y de cuerpo. Desde muy pequeño comenzó a llevar un cilicio muy áspero y una argolla de hierro pegada a la carne y a practicar una gran abstinencia. En particular, cuando estaba con los canónigos regulares de San Pedro de Fermo, que vivían espléndidamente, huía de las delicias corporales y maceraba su cuerpo con una abstinencia rigurosa. Pero tenía compañeros que le zaherían de continuo, le quitaban el cilicio y le impedían de muchas maneras su abstinencia; por lo cual, inspirado por Dios, pensó en dejar el mundo con sus amadores y ofrecerse por entero en los brazos del Crucificado vistiendo el hábito del crucificado san Francisco. Y así lo hizo.

Y habiendo sido recibido cuando todavía era niño en la Orden y confiado al cuidado del maestro de novicios, llegó a ser tan espiritual y devoto, que algunas veces oyendo al maestro hablar de Dios, su corazón se derretía como la cera junto al fuego; y se enardecía en el amor divino con tal suavidad de gracia, que, no pudiendo estar quieto ni soportar tanta dulcedumbre, se levantaba y, como ebrio de espíritu, corría por el huerto, por el bosque o por la iglesia, según le empujase el ardor y el ímpetu del espíritu. Después, andando el tiempo, la gracia divina hizo crecer a este hombre angélico de virtud en virtud, en dones celestiales y en divinas revelaciones y visiones; en tal grado, que en ocasiones su alma era elevada unas veces a los esplendores de los querubines; otras, a los ardores de los serafines; otras, a los goces bienaventurados; otras, a los abrazos amorosos y extremos de Cristo; y esto no sólo por fruición espiritual interior, sino también por manifestaciones exteriores y goces corporales. Una vez, sobre todo, la llama del amor divino encendió su corazón de manera extrema, y duró esta llama en él por tres años; en este tiempo recibió admirables consolaciones y visitas divinas, y con frecuencia quedaba arrobado en Dios; en una palabra, parecía todo inflamado y abrasado en el amor de Cristo. Esto sucedió en el monte santo de Alverna.

Pero, como Dios tiene cuidado especial de sus hijos, dándoles, según la diversidad de los tiempos, unas veces consolación, otras tribulación; ora prosperidad, ora adversidad, tal como Él ve les conviene para mantenerlos en humildad, o también para avivar en ellos el deseo de las cosas celestiales, quiso la divina bondad, a los tres años, retirar a fray Juan ese rayo y esa llama del divino amor, y le privó de toda consolación espiritual; con lo cual fray Juan quedó sin luz y sin amor de Dios, todo desconsolado, afligido y apenado. Por esta razón iba lleno de angustia por el bosque, yendo de acá para allá, llamando con la voz, con lamentos y suspiros al amado Esposo de su alma, que se le

había ocultado alejándose de él, y sin cuya presencia no podía hallar su alma quietud ni reposo. Pero en ningún lugar y de ninguna manera podía hallar al dulce Jesús, ni volver a engolfarse en aquellos suavísimos solaces espirituales del amor de Cristo a los que estaba habituado. Esta tribulación le duró muchos días, durante los cuales él continuó llorando y suspirando y suplicando a Dios que le devolviese, por su misericordia, al amado Esposo de su alma.

Por fin, cuando Dios quiso dar por suficientemente probada su paciencia y encendido su deseo, un día en que fray Juan iba por el bosque de esa forma afligido y atribulado, cansado, se sentó apoyado a un haya, y permaneció con el rostro bañado en lágrimas mirando hacia el cielo, cuando he aquí que de pronto se le apareció Jesucristo allí cerca, en la misma senda por donde había venido fray Juan; pero no decía nada. Al verlo fray Juan y reconociendo bien que era Cristo, se lanzó en seguida a sus pies y comenzó a suplicarle deshecho en llanto y con gran humildad: «¡Ven en mi ayuda, Señor mío, porque sin ti, salvador mío dulcísimo, yo me hallo en tinieblas y en llanto; sin ti, cordero mansísimo, me hallo en angustias y temores; sin ti, Hijo de Dios altísimo, me hallo en confusión y vergüenza; sin ti, yo me siento privado de todo bien y ciego, porque tú eres, Jesús, verdadera luz del alma; sin ti, yo me veo perdido y condenado, porque tú eres vida de las almas y vida de las vidas; sin ti, soy estéril y árido porque tú eres la fuente de todo bien y de toda gracia; sin ti, yo me siento desolado, porque tú eres, Jesús, nuestra redención, nuestro amor y nuestro deseo, pan que da fuerzas y vino que alegra los corazones de los ángeles y los corazones de todos los santos! Lléname de tu luz, Maestro graciosísimo y Pastor misericordioso, porque yo soy tu ovejita, aunque indigna».

Pero como el deseo de los hombres santos, cuando Dios tarda en atenderles, se enciende con mayor amor y mérito, Cristo bendito se fue por aquella senda sin escucharle y sin decirle una palabra. Fray Juan entonces se levantó, corrió detrás y se le echó de nuevo a sus pies, deteniéndole con santa importunidad y suplicándole entre devotísimas lágrimas: «¡Oh Jesús dulcísimo!, ten misericordia de este pobre atribulado; escúchame por la abundancia de tu misericordia y por la verdad de tu salvación y devuélveme el gozo de tu rostro y de tu mirada de piedad, ya que de tu misericordia está llena la tierra entera». Y Cristo se marchó todavía sin decirle palabra y sin darle consuelo alguno; se portaba con él como la madre con el niño cuando le hace desear el pecho y le hace ir detrás llorando para que luego lo tome con mayor gana.

Entonces, fray Juan, con mayor ardor y deseo, fue detrás de Cristo; cuando le alcanzó, Cristo bendito se volvió a él y lo envolvió con una mirada llena de gozo y de gracia, y, abriendo sus santos y misericordiosos brazos, lo abrazó con gran ternura. En el momento que abrió los brazos, fray Juan vio salir del santísimo pecho del Señor rayos maravillosos, que inundaron de luz todo el bosque y a él mismo en el alma y en el cuerpo.

Entonces fray Juan se arrodilló a los pies de Cristo; y Jesús bendito le tendió benignamente el pie para que lo besase, como la Magdalena; fray Juan, tomándose lo con suma reverencia, lo bañó con tantas lágrimas, que parecía verdaderamente otra Magdalena, y le decía devotamente: «Te ruego, Señor mío, que no tengas en cuenta mis



pecados, sino que, por tu santísima pasión y por la efusión de tu preciosa sangre, resucites mi alma a la gracia de tu amor, porque es tu mandamiento que te amemos con todo el corazón y con todo el afecto, un mandamiento que nadie puede cumplir sin tu ayuda. Ayúdame, pues, amadísimo Hijo de Dios, y haz que yo pueda amarte con todo mi corazón y con todas mis fuerzas».

Y estando así fray Juan, en esta conversación a los pies de Jesús, fue escuchado por Él y recibió de Él la primera gracia, o sea, la gracia de la llama del divino amor, y se sintió totalmente renovado y consolado; al experimentar que había vuelto a él el don de la divina gracia, comenzó a dar gracias a Cristo bendito y a besarle devotamente los pies. Se levantó luego para mirar al Salvador cara a cara, y Cristo le dio a besar sus santísimas manos; cuando se las besó, fray Juan se acercó y se abrazó al pecho de Jesús, y abrazó y besó el sacratísimo seno, y también Cristo le abrazó y le besó a él. Mientras duraban estos abrazos y besos, fray Juan percibió tal fragancia divina, que todas las esencias aromáticas del mundo reunidas hubieran parecido malolientes en comparación de aquel perfume; y fray Juan quedó con él totalmente arrobado, consolado e iluminado, y ese perfume permaneció en su alma durante muchos meses.

Y desde entonces, de su boca, abrevada en el manantial de la divina sabiduría junto al sagrado regazo del Salvador, salían palabras maravillosas y celestiales, que transformaban los corazones de quienes las oían y hacían mucho fruto en las almas. Y en la senda del bosque, en que se posaron los benditos pies de Cristo lo mismo que en un amplio radio, sentía fray Juan aquella fragancia y veía aquel resplandor cada vez que iba allí mucho tiempo después.

Volviendo en sí fray Juan, después de la visión y desaparecida la presencia corporal de Cristo, quedó tan lleno de luz en el alma, tan abismado en su divinidad, que, aun no siendo hombre de letras por el estudio humano, con todo, sabía resolver y declarar las cuestiones más sutiles y elevadas sobre la Trinidad divina y los profundos misterios de la Sagrada Escritura. Y muchas veces después, hablando ante el papa y los cardenales, ante reyes y barones, ante maestros y doctores, dejaba a todos estupefactos con sus altas palabras y con las profundas sentencias que salían de su boca.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 50

*Cómo, diciendo misa fray Juan de Alverna el día de difuntos, vio que muchas almas eran liberadas del purgatorio.*

Diciendo una vez misa fray Juan, el día siguiente a la fiesta de todos los Santos por todas las almas de los difuntos, como lo tiene dispuesto la Iglesia, ofreció con tanto afecto de caridad y con tal piedad de compasión este altísimo sacramento (el mayor bien que se puede hacer a las almas de los difuntos por razón de su eficacia), que le parecía derretirse del todo con la dulzura de la piedad y de la caridad fraterna. Por lo que en aquella misa, elevando devotamente el cuerpo de Cristo y ofreciéndolo a Dios Padre, rogó que, por amor de su bendito Hijo Jesucristo, puesto en cruz por el rescate de las almas, tuviese a bien liberar de las penas del purgatorio a las almas de los difuntos creadas y rescatadas por Él, en aquel momento vio salir del purgatorio un número casi infinito de almas, como chispas innumerables que salieran de un horno encendido, y las vio subir al cielo por los méritos de la pasión de Cristo, el cual es ofrecido cada día por los vivos y por los difuntos en esa sacratísima hostia, digna de ser adorada *in secula seculorum*.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 51

*Del santo fray Jacobo de Falerone; y cómo, después de muerto, se apareció a fray Juan de Alverna.*

Al tiempo que se hallaba fray Jacobo de Falerone, hombre de gran santidad, gravemente enfermo en el lugar de Mogliano, de la custodia de Fermo, fray Juan de Alverna, que entonces moraba en el lugar de Massa, al enterarse de su enfermedad, se puso a orar por él, ya que lo amaba como a su padre querido, pidiendo a Dios devotamente, en su oración mental, que le devolviera a fray Jacobo la salud del cuerpo, si así convenía a su alma. Mientras estaba orando así fue arrebatado en éxtasis y vio en el aire, sobre su celda, que estaba en el bosque, un gran ejército de muchos ángeles y santos, en medio de un resplandor tan grande, que todo el contorno estaba iluminado. Y entre aquellos ángeles vio al mencionado fray Jacobo enfermo, por quien él oraba, con vestiduras blancas y muy resplandeciente. Vio también entre ellos al bienaventurado padre san Francisco adornado con las sagradas llagas de Cristo y lleno de gloria. Vio, asimismo, y reconoció al santo fray Lúcido y a fray Mateo Antiguo, de Monte Rubbiano, y a muchos otros hermanos que nunca había visto ni conocido en vida. Estando mirando fray Juan con grande gozo aquel bienaventurado escuadrón de santos, le fue revelada con seguridad la salvación del alma de aquel fraile enfermo y que moriría de aquella enfermedad, pero que no iría al paraíso en seguida después de la muerte, porque tenía necesidad de ser purificado un poco en el purgatorio. Con aquella revelación recibió fray Juan tal alegría por la salvación de aquella alma, que no sentía pena alguna por la muerte del cuerpo, sino que llamaba al enfermo con gran dulzura, diciendo dentro de sí: «¡Fray Jacobo, mi dulce padre! ¡Fray Jacobo, dulce hermano mío! ¡Fray Jacobo, fiel servidor y amigo de Dios! ¡Fray Jacobo, compañero de los ángeles y asociado a los bienaventurados!». Y, con esta certeza y gozo, volvió en sí, y en seguida salió del lugar y fue a Mogliano a visitar a fray Jacobo.

Y encontrándolo tan grave, que apenas podía hablar, le anunció la muerte de su cuerpo y la salud y gloria de su alma, conforme a la certeza que había tenido por revelación divina. Fray Jacobo, muy contento en el espíritu y en el semblante, lo recibió con muestras de gran alegría y júbilo, dándole gracias por las gratas nuevas que le llevaba y encomendándose devotamente a él. Entonces, fray Juan le rogó encarecidamente que después de la muerte volviese a él y le hablase de su estado; fray Jacobo le prometió hacerlo, si Dios quería. Dicho esto acercándose la hora de su muerte, fray Jacobo comenzó a decir devotamente aquel versículo del salmo: *In pace in idipsum dormiam et requiescam*, es decir, *Dormiré y reposaré en paz en la vida eterna* (Sal 4,9). Y dicho este versículo, con el semblante gozoso y alegre, pasó de esta vida.

Después que recibió sepultura, fray Juan regresó al lugar de Massa y estuvo a la espera de la promesa de fray Jacobo de volver a él el día que había dicho. Estando en oración en dicho día, se le apareció Cristo con un gran séquito de ángeles y santos, entre los cuales no se veía a fray Jacobo, fray Juan se sorprendió mucho y lo encomendó piadosamente a Cristo. Al día siguiente, estando fray Juan orando en el bosque, se le

apareció fray Jacobo acompañado de ángeles, todo glorioso y alegre; y fray Juan le dijo: «¡Oh padre santo!, ¿por qué no has venido a mí el día que me prometiste?». Respondió fray Jacobo: «Porque tenía necesidad de alguna purificación. Pero en aquel mismo momento en que se te apareció Cristo y tú me encomendaste a él, Cristo te escuchó y me libró de todas las penas. Entonces me aparecí a fray Jacobo de Massa, santo hermano laico que servía la misa, y en el momento de la elevación vio la hostia consagrada transformada en la figura de un hermoso niño vivo, y yo le dije: “Hoy, con este niño, me voy al reino de la vida eterna, al que nadie puede ir sin él”». Y dichas estas palabras, fray Jacobo desapareció, yéndose al cielo con toda aquella bienaventurada compañía de ángeles; y fray Juan quedó muy consolado.

Murió dicho fray Jacobo de Falerone la víspera de Santiago Apóstol, en el mes de julio, en el lugar de Mogliano donde, por sus méritos, la bondad divina obró muchos milagros después de su muerte.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 52

*De la visión de fray Juan de Alverna, en que él conoció todo el orden de la santa Trinidad.*

El mencionado fray Juan de Alverna había hecho perfecta renuncia de todo deleite y consuelo mundano y temporal; en Dios había puesto todo su deleite y toda su esperanza, por ello la divina bondad le favorecía con admirables consolaciones y revelaciones, especialmente en las solemnidades de Cristo; una vez, al aproximarse la solemnidad del nacimiento del Señor, con ocasión de la cual él esperaba con seguridad consolaciones de Dios por medio de la dulce humanidad de Cristo, le comunicó el Espíritu Santo en el alma un ardor tan grande y extremo de la caridad de Cristo, por la cual se humilló hasta tomar nuestra humanidad, que le parecía verdaderamente le hubieran arrancado el alma del cuerpo y la tuviera encendida como un horno. Y, no pudiendo soportar aquel ardor, se angustiaba y se deshacía todo, y gritaba en alta voz, sin poder contenerse a causa del ímpetu del Espíritu Santo y del excesivo fervor del amor. Y en la hora en la que le sobreviniera aquel desmedido ardor, le venía, juntamente, una esperanza tan fuerte y cierta de su salvación, que no creía tener que pasar por el purgatorio si entonces muriese. Este amor le duró fácilmente medio año, si bien aquel extremo fervor no era continuo, sino limitado a ciertas horas cada día.

Después, en ese tiempo, recibió numerosas visitas y consolaciones de Dios; y con frecuencia era arrebatado en éxtasis, como le vio el hermano que primero escribió estas cosas. Entre otras, una noche fue elevado y arrebatado en Dios hasta el punto de ver en el mismo Creador todas las cosas creadas, las del cielo y las de la tierra, con todas sus perfecciones, grados y órdenes distintos. Entonces conoció claramente cómo cada cosa creada representa a su Creador y cómo está Dios encima, dentro, fuera y al lado de todas las cosas creadas. Además, conoció cómo es un solo Dios en tres personas, y tres personas en un solo Dios, y la infinita caridad que llevó al Hijo de Dios a tomar nuestra carne para obedecer al Padre. Finalmente, conoció en aquella visión cómo no hay otro camino por el que se pueda ir a Dios y conseguir la vida eterna sino Cristo bendito, que es camino, verdad y vida del alma.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CAPÍTULO 53

*Cómo, diciendo misa, fray Juan de Alverna cayó como si estuviera muerto.*

Sucedió una vez que fray Juan, en el mencionado lugar de Mogliano, como refieren los frailes que estaban presentes, este caso admirable. La primera noche después de la octava de san Lorenzo y dentro de la octava de la Asunción de nuestra Señora, había dicho los maitines en la iglesia con los demás hermanos; al notar que le sobrevenía la unción de la divina gracia, se fue al huerto a contemplar la pasión de Cristo y a prepararse con toda devoción para celebrar la misa, que aquella mañana le tocaba cantar. Y, estando contemplando las palabras de la consagración del cuerpo de Cristo, a saber: *Hoc est corpus meum*, al considerar la infinita caridad de Cristo, que le llevó no sólo a rescatarnos con su sangre preciosa, sino también a dejarnos, para alimento de nuestras almas, su cuerpo y sangre sacratísimos, comenzó a crecer en él el amor del dulce Jesús con tal fervor y suavidad, que su alma no podía soportar ya tanta dulcedumbre, y gritaba fuertemente como ebrio de espíritu, sin cesar de repetir: *Hoc est corpus meum*; porque, al decir estas palabras, le parecía ver a Cristo bendito con la Virgen María y multitud de ángeles. En esas palabras, el Espíritu Santo le daba luz sobre todos los altos y profundos misterios de este altísimo Sacramento.

Y llegada la aurora, entró en la iglesia con aquel fervor de espíritu y con aquella ansiedad, repitiendo esas palabras, pensando que nadie le veía ni oía; pero había en el coro un hermano que veía y oía todo. No pudiendo contenerse por la fuerza del fervor y por la abundancia de la divina gracia, gritaba en alta voz, y continuó así hasta que llegó la hora de celebrar la misa; entonces fue a revestirse y salió al altar. Comenzada la misa, cuanto más adelante iba en ella, tanto más le aumentaba el amor de Cristo y aquel ardor de la devoción con el cual le era dado un sentimiento inefable de Dios, que él mismo no acertaba a expresar con la lengua. Llegó un momento en que se halló en grande perplejidad, temiendo que aquel ardor y sentimiento de Dios creciese tanto, que le conviniese dejar la misa, y no sabía qué partido tomar, si seguir adelante en la misa o esperar. Pero, como ya le había ocurrido algo semejante otras veces y el Señor había templado aquel ardor de manera que no había tenido necesidad de dejar la misa, confió poder hacerlo también esta vez, y así, con gran temor, optó por seguir adelante en la celebración. Al llegar al prefacio de la Virgen, comenzaron a crecer tanto la luz divina y la suavidad y gracia del amor de Dios, que, en el momento de decir *Qui pridie quam*, apenas podía soportar tanta suavidad y dulcedumbre. Finalmente, llegado el acto de la consagración, al decir sobre la hostia las palabras de la consagración cuando llegó a la mitad, o sea: *Hoc est enim*, no pudo proseguir en manera alguna, sino que se quedó repitiendo solamente esas palabras: *Hoc est enim*; y la razón por la cual no podía seguir adelante era que sentía y veía la presencia de Cristo con una muchedumbre de ángeles, sin poder soportar la majestad de su gloria. Veía que Cristo no entraba en la hostia, o que la hostia no se transustanciaba en el cuerpo de Cristo, si él no profería la segunda mitad de las palabras, es decir: *corpus meum*. En vista de que continuaba en esta ansiedad y que no seguía adelante, el guardián y los demás hermanos, como también muchos de los

seglares que estaban oyendo la misa en la iglesia, se acercaron al altar, y quedaron espantados viendo lo que le sucedía a fray Juan; muchos de ellos lloraban de devoción. Al final, después de un buen espacio de tiempo, cuando Dios quiso, fray Juan pronunció: *corpus meum* en voz alta; y en aquel momento desapareció la apariencia de pan y en la hostia apareció Jesucristo bendito encarnado y glorificado, dándole a conocer así la humildad y la caridad que le hicieron encarnarse en la Virgen María y que le hacen venir cada día a las manos del sacerdote cuando él consagra la hostia. Esto le produjo una dulzura de contemplación más fuerte todavía. Por lo cual, cuando elevó la hostia y el cáliz consagrados, quedó arrobado fuera de sí, y, estando el alma privada de los sentidos corporales, su cuerpo cayó hacia atrás, y, de no haber sido sostenido por el guardián, que estaba detrás de él, se hubiera desplomado en tierra de espaldas. Entonces acudieron los hermanos y los seglares que estaban en la iglesia, hombres y mujeres, y lo llevaron como muerto; y los dedos de las manos estaban contraídos tan fuertemente, que a duras penas podían ser extendidos o movidos. Y de esa manera permaneció yacente, o desvanecido o arrobado hasta tercia. Esto sucedió en el verano.

Y como yo me hallaba presente a este hecho<sup>[24]</sup>, tenía vivo deseo de saber lo que Dios había obrado en él; por eso, cuando volvió en sí, fui a visitarlo y le rogué que, por amor de Dios, me contara todo. Entonces, como tenía mucha confianza en mí, me contó todo punto por punto; y, entre otras cosas, me dijo que, cuando él consagraba el cuerpo y la sangre de Jesucristo, y aun antes, su corazón estaba derretido como una cera muy calentada, y que le parecía que su carne no tenía huesos, de suerte que le era imposible levantar los brazos y las manos para hacer la señal de la cruz sobre la hostia y sobre el cáliz. Me dijo además que, ya antes de ser ordenado sacerdote, Dios le había revelado que había de desvanecerse en la misa; pero, como había celebrado muchas misas y nunca le había sucedido eso, pensó que aquella revelación no era cosa de Dios. Y, con todo, unos cincuenta días antes de la Asunción de nuestra Señora, en la que se produjo dicho caso, le había sido todavía revelado por Dios que aquello le sucedería en torno a la dicha fiesta de la Asunción; pero había olvidado luego esa revelación.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## **CONSIDERACIONES SOBRE LAS LLAGAS**

En esta parte vamos a considerar con devoción los gloriosos estigmas que nuestro bienaventurado padre messere Francisco recibió de Cristo en el santo monte Alverna; y, puesto que dichos estigmas fueron cinco, lo mismo que cinco fueron las llagas de Nuestro Señor Jesucristo, este tratado está dividido en cinco consideraciones.

La primera trata de cómo llegó san Francisco al monte Alverna.

La segunda, de la vida que llevó en dicho monte y de las conversaciones que allí mantuvo con sus compañeros.

La tercera, de la aparición del serafín y de la impresión de los cinco estigmas.

La cuarta, de cómo san Francisco, después de haber recibido los estigmas, bajó del monte Alverna y regresó a Santa María de los Ángeles.

Y la quinta, de ciertas apariciones y revelaciones divinas, hechas después de la muerte de san Francisco, a algunos hermanos y a otras personas devotas, acerca de los gloriosos estigmas.



## CONSIDERACIÓN 1

### *Cómo llegó san Francisco al monte Alverna.*

En cuanto a la primera consideración, se ha de saber que san Francisco, a la edad de cuarenta y tres años, en 1224, inspirado por Dios, partió del valle de Spoleto, en compañía de fray León, para ir a la Romaña. En el camino pasó al pie del castillo de Montefeltro, donde se celebraban un gran convite y unas justas con motivo de ser armado caballero uno de los condes de Montefeltro. Al enterarse san Francisco de esta fiesta y de que allí se habían reunido muchos nobles de distintos estados, dijo a fray León: «Vamos a esa fiesta, que, con la ayuda de Dios, puede que hagamos algún fruto espiritual».

Entre los nobles que habían acudido se encontraba un ilustre y rico caballero de la Toscana llamado messere Orlando da Chiusi de Casentino, quien, por las maravillas que había oído acerca de la santidad y de los milagros de san Francisco, le tenía gran devoción y ardía en deseos de verle y oírle predicar. Llegó, pues, san Francisco al castillo y entró en la plaza de armas donde se hallaba reunida aquella multitud de nobles y allí, lleno de fervor de espíritu, se subió a una tapia y comenzó a predicar, tomando como tema un dicho popular: «es tanto el bien que espero, que en toda pena me deleito». E inspirado por el Espíritu Santo, predicó con tal devoción y profundidad, con ejemplos de las diversas penas y martirios de los santos apóstoles y mártires, las duras penitencias de los santos confesores y las muchas tribulaciones y tentaciones de las santas vírgenes y de los demás santos, que toda aquella gente estaba con los ojos y la mente fijos en él, escuchándole como si les hablase un ángel de Dios. Y messere Orlando se sintió tocado en el corazón por Dios al oír la admirable predicación de san Francisco, y se propuso hablar con él para poner en orden los asuntos de su alma.

Terminada la predicación, llamó aparte a san Francisco y le dijo: «Padre, yo quisiera ordenar contigo la salvación de mi alma». Respondió san Francisco: «Mucho me agrada, pero ahora vete y cumple con los amigos que te han invitado a esta fiesta; come con ellos y después de comer hablaremos cuanto quieras». Marchó, pues, messere Orlando a comer; y, acabada la comida, volvió con san Francisco y trató y arregló sosegadamente con él los asuntos de su alma. Y al final dijo a san Francisco: «Poseo en la Toscana un monte apropiado para la devoción, llamado de Alverna; es muy solitario y boscoso, muy apto para quien quiera hacer penitencia en lugar retirado y vivir en soledad. Si te gusta, de buen grado te lo donaré a ti y a tus compañeros por la salvación de mi alma.

Al oír Francisco tan generosa oferta de algo que él deseaba mucho, sintió una grandísima alegría y, alabando y dando gracias en primer lugar a Dios y luego a messere Orlando, le dijo: «Messere, cuando estés de vuelta en tu casa, te enviaré algunos de mis compañeros y les enseñarás el monte. Si a ellos les parece adecuado para la oración y para hacer penitencia, desde ahora acepto tu caritativa donación». Y dicho esto, san Francisco reanudó su camino, y, una vez terminado su viaje, regresó a Santa María de los Ángeles. Y messere Orlando, por su parte, concluidos los festejos, se volvió a su castillo de Chiusi, que distaba una milla de Alverna. Cuando san Francisco llegó a Santa

María de los Ángeles, envió a dos de sus hermanos donde messere Orlando, quien los recibió con grandísima alegría y caridad. Para enseñarles el monte de Alverna, envió con ellos a más de cincuenta hombres armados para que los defendieran de los animales salvajes. Los hermanos subieron al monte y buscaron diligentemente hasta encontrar un paraje, muy recogido y a propósito para la contemplación, en el que había una explanada; este fue el lugar que eligieron para morada de ellos y de san Francisco. Con la ayuda de aquellos hombres que les acompañaban, levantaron una celdita hecha con ramas de los árboles, y de este modo aceptaron y tomaron posesión, en nombre de Dios, del monte Alverna y del lugar de los hermanos, y regresaron después donde estaba san Francisco. Al llegar le contaron cómo habían tomado posesión del monte y elegido en él un lugar apropiado para la oración y la contemplación. Al oír tales nuevas, san Francisco se alegró mucho y, alabando y dando gracias a Dios, habló a sus hermanos, con el rostro radiante de alegría: «Hijitos míos, nos acercamos a nuestra cuaresma de san Miguel Arcángel, y creo firmemente que es voluntad de Dios que la celebremos en el monte Alverna que, por concesión divina, nos ha sido preparado para que, a honor y gloria de Dios, de la gloriosa Virgen María y de sus santos ángeles, merezcamos de Cristo consagrar con nuestra penitencia aquel bendito monte».

Y dicho esto, san Francisco tomó consigo a fray Maseo de Marignano de Asís, que era hombre de gran juicio y elocuencia; a fray Ángel Tancredi da Rieti, caballero que lo había sido en el siglo, y a fray León, hombre de grandísima simplicidad y pureza al que san Francisco amaba mucho y le confiaba casi todos sus secretos; con estos tres hermanos se puso san Francisco en oración y, después de encomendarse a las oraciones de los hermanos que se quedaban, se puso en camino con los tres, en nombre de Jesucristo crucificado, hacia el monte Alverna. Emprendida la marcha, dijo a fray Maseo: «Fray Maseo, tú serás guardián y superior nuestro en este viaje mientras caminemos y estemos juntos; y observaremos nuestra costumbre de rezar el oficio, hablar de Dios y guardar silencio, sin andar pensando qué comeremos ni qué beberemos, sino que, cuando sea la hora de albergarnos, mendigaremos un poco de pan y nos quedaremos a descansar en el lugar que Dios nos depare». Entonces los tres compañeros inclinaron la cabeza y, después de hacer la señal de la cruz, reanudaron la marcha.

Y la primera noche llegaron a un lugar de hermanos y allí se albergaron. La segunda noche no pudieron llegar a un lugar de hermanos ni a ninguna aldea y, al hacerse aún más oscuro por el mal tiempo, se guarecieron para descansar en una iglesia abandonada y deshabitada. Mientras dormían sus compañeros, san Francisco se puso en oración. Y a la primera vigilia de la noche llegó, con gran estrépito, una multitud ingente de demonios ferocísimos que comenzaron a atacarle y fastidiarle: este le zarandeaba hacia un lado y aquel hacia otro; el uno le tiraba al suelo, el otro le lanzaba para arriba; el de allá le profería amenazas, aquel otro le echaba en cara alguna cosa; y todos se las ingeniaban de diversas formas para estorbarle en su oración. Pero no pudieron, porque Dios estaba con él. Después de aguantar mucho tiempo sus ataques, san Francisco comenzó a gritarles: «¡Espíritus condenados! ¡Nada podéis, sino lo que la mano de Dios os permite! Por eso, de parte de Dios omnipotente os digo que podéis hacer de mi cuerpo lo que Dios os

permita, y yo lo soportaré todo, que no tengo peor enemigo que mi propio cuerpo; si, pues, me ayudáis a tomar venganza de mi enemigo, ¡es un gran servicio el que me hacéis!». Y entonces los demonios, con mayor ímpetu y furia, empezaron a arrastrarle por la iglesia, molestándole y atormentándole con más saña que antes. Y san Francisco clamaba a voz en grito: «¡Señor mío, Jesucristo! Gracias te doy por el inmenso amor y caridad que me demuestras, ya que es señal de gran amor que el Señor castigue bien a su siervo por todas sus faltas en este mundo, para no tener que castigarlo en el otro. ¡Y yo estoy dispuesto a soportar con alegría todas las penas y adversidades que tú, Dios mío, me quieras mandar por mis pecados!». Entonces los demonios, confundidos y vencidos por su constancia y paciencia, se marcharon por fin, y san Francisco, lleno de fervor de espíritu, salió de la iglesia y se adentró en un bosque próximo y se puso allí en oración, tratando de hallar, entre súplicas, lágrimas y golpes de pecho, a Jesús, esposo y amado de su alma. Y cuando, finalmente, le halló en lo secreto de su alma, le hablaba reverente, como a su Señor, o le respondía como a su Juez; ahora le suplicaba como a su Padre, después conversaba con Él como con su amigo. Aquella noche, en el bosque, sus compañeros –que, despiertos, escuchaban y observaban cuanto hacía– le vieron y oyeron suplicar devotamente a la divina misericordia, entre lágrimas y lamentos, por los pecadores y, asimismo, condolerse en voz alta de la pasión de Cristo como si la estuviera presenciando corporalmente. Esa misma noche le vieron orar por largo tiempo con los brazos cruzados sobre el pecho, suspendido y elevado del suelo y rodeado por una nube resplandeciente. Y así, en estos santos ejercicios, pasó toda la noche sin dormir.

A la mañana siguiente, viendo sus compañeros que, a causa de la fatiga de la noche y la falta de sueño, san Francisco se encontraba con el cuerpo demasiado débil y que a duras penas podría caminar, salieron al encuentro de un labrador pobre de la comarca y le pidieron, por el amor de Dios, que les dejara su asno para el hermano Francisco, su padre, que no podía ir a pie. Al oír nombrar al hermano Francisco, el hombre les preguntó: «¿Sois de los hermanos de ese san Francisco de Asís del que tanto se oye hablar?».

Le respondieron que sí y que para él venían a pedirle el jumento. Entonces aquel buen hombre aparejó el animal con gran fervor y solicitud y se lo llevó a san Francisco y, con mucha reverencia, le ayudó a montarse en él. Prosiguieron el camino y el labrador marchó con ellos detrás de su asno.

Cuando llevaban recorrido un buen trecho, le preguntó el hombre a san Francisco: «¿Eres tú san Francisco de Asís?». Este le respondió afirmativamente y el labrador le espetó: «Pues ten mucho cuidado de ser tan bueno como la gente cree que eres, que son muchos los que han puesto su fe en ti; por tanto, procura que en ti no haya nada que contradiga lo que la gente espera». Oyendo estas palabras, san Francisco no tuvo a mal el verse reprendido por un labrador, ni dijo para sí: «¡Qué bestia es este hombre que me reprende!», como dirían hoy tantos soberbios que llevan hábito: sino que al punto se bajó del asno, se arrodilló ante el labrador y le besó los pies, dándole las gracias humildemente por haber tenido a bien amonestarle de modo tan caritativo. El labrador y los compañeros levantaron a san Francisco con gran devoción y le volvieron a montar

sobre el asno, y prosiguieron el viaje.

Llegados, más o menos, a la mitad de la subida del monte, como el calor era sofocante y la subida fatigosa, al labrador le entró muchísima sed y, no pudiendo más, se puso a dar voces detrás de san Francisco: «¡Ay de mí, que me muero de sed! ¡Si no bebo algo ahora mismo, me quedo sin alma!». Por lo que san Francisco se apeó del asno, se puso en oración y estuvo de rodillas con las manos levantadas al cielo hasta que supo, por revelación, que Dios le había escuchado; entonces dijo al labrador: «Corre en seguida a aquella peña y allí encontrarás el agua fresca que Cristo, en su misericordia, acaba de hacer brotar». Corrió el hombre al lugar indicado y encontró una fuente riquísima que manaba de la dura roca en virtud de la oración de san Francisco; bebió copiosamente y se sintió reanimado. Y resultó que Dios hizo que aquella fuente brotara milagrosamente por intercesión de san Francisco, ya que ni antes ni después se vio jamás fuente alguna en aquel lugar, ni señal de agua en todo el contorno. Después de esto, san Francisco, sus compañeros y el labrador dieron gracias a Dios por tan manifiesto milagro y continuaron luego el viaje.

Estando ya próximos al pie del pico de Alverna, quiso san Francisco descansar un poco a la sombra de una encina que estaba en el camino, y que allí sigue. Desde allí se puso a observar el paisaje y la disposición del lugar, y en esto se vio venir una gran multitud de pájaros de todas clases que, con sus trinos y el batir de sus alas, manifestaban gran fiesta y alegría; y rodearon a san Francisco, de tal modo que unos se le posaron en la cabeza, otros en los hombros y los brazos y también en el regazo y hasta en el suelo alrededor de los pies. Al ver esto, sus compañeros y el labrador se quedaron sorprendidos y san Francisco, rebosando de alegría su espíritu, exclamó: «Tanta alegría muestran por nuestra llegada nuestros hermanos los pájaros, que creo yo que a nuestro Señor Jesucristo le agrada que moremos en este monte solitario». Y dichas estas palabras, se levantó y reanudaron el camino, llegando finalmente al lugar que antes habían ocupado sus compañeros.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CONSIDERACIÓN 2

*De las conversaciones de san Francisco con sus compañeros en el monte Alverna.*

Se ha de saber que, habiendo oído messere Orlando que san Francisco había subido con tres compañeros a morar en el monte Alverna, se alegró muchísimo y al día siguiente salió de su castillo en compañía de más gente y fue a visitarle, llevándole pan, vino y otros alimentos para él y sus compañeros. Al llegar arriba, les encontró orando y se acercó a saludarles. San Francisco se levantó y recibió con gran cariño y alegría a messere Orlando y a sus acompañantes. Luego se pusieron a conversar juntos los dos y, después de hablar un rato, san Francisco le dio las gracias por la donación de un monte tan recogido y por su visita, y le rogó que le hiciese preparar una celdita pobre al pie de una hermosa haya que distaba un tiro de piedra del lugar que habitaban los hermanos, porque aquel sitio le parecía muy retirado y apropiado para orar. Messere Orlando se la hizo preparar al punto y luego, como la noche se venía encima y era ya hora de marcharse, san Francisco les predicó brevemente antes de que se fueran, y después de hablarles y darles la bendición, messere Orlando, antes de partir, llamó aparte a san Francisco y a sus compañeros y les dijo: «Hermanos míos muy amados, no es mi intención que en este agreste monte tengáis que pasar ninguna necesidad corporal que os impida atender las cosas del espíritu. Quiero, pues, y os lo digo de una vez por todas, que enviéis confiadamente a mi casa a por cuanto necesitéis; y si no lo hacéis así, lo tendré muy a mal». Y dicho esto, partió con todos los que le acompañaban y se volvió a su castillo.

Entonces, san Francisco hizo sentar a sus compañeros y les instruyó acerca del estilo de vida que habían de llevar ellos y cuantos quisieran morar religiosamente en los eremitorios. Entre otras cosas, les impuso de manera especial que observaran la santa pobreza, diciéndoles: «No toméis tan en consideración la caritativa oferta de messere Orlando que ofendáis en cosa alguna a nuestra madonna pobreza. Tened por cierto que cuanto más esquivemos nosotros la pobreza, tanto más nos esquivará el mundo y más necesidad padeceremos: pero si nos abrazamos estrechamente a la santa pobreza, el mundo correrá en pos de nosotros y nos alimentará con abundancia. Dios nos ha llamado a esta santa religión para la salvación del mundo, y ha establecido este pacto entre nosotros y el mundo: que nosotros demos buen ejemplo al mundo y que el mundo nos provea de cuanto necesitemos. Perseveremos, pues, en la santa pobreza, que es camino de perfección, prenda y arras de nuestras riquezas». Y después de otras muchas bellas y devotas palabras y exhortaciones sobre esta materia, concluyó: «Este es el modo de vida que me impongo a mí y os impongo a vosotros. Y, puesto que me veo próximo a morir, tengo la intención de estar solo para recogerme con Dios y llorar ante Él mis pecados. Fray León, cuando le parezca bien, me traerá un poco de pan y agua; y por ningún motivo permitáis que se me acerque ningún seglar, sino que vosotros responderéis por mí». Y dichas estas palabras, les dio su bendición y se fue a la celda del haya, y sus compañeros se quedaron en el lugar con el firme propósito de observar las reglas de san Francisco.

Pocos días después, se encontraba san Francisco junto a la celda contemplando la disposición del monte, y se extrañaba de las grandes hendiduras y grietas de aquellos peñascos enormes. Se puso en oración y le fue revelado por Dios que aquellas resquebraaduras tan sorprendentes se habían producido milagrosamente en el momento de la pasión de Cristo, cuando se hendieron las rocas, según dice el evangelista. Y Dios quiso que esto se apreciara singularmente en aquel monte Alverna, porque allí se había de renovar la pasión de Jesucristo: en el alma de san Francisco, por amor y compasión, y en su cuerpo, por impresión de los estigmas. Después de recibir esta revelación, san Francisco fue a recluirse en seguida en su celda y, recogiéndose por entero en sí mismo, se dispuso a penetrar el misterio que aquella revelación encerraba. En adelante, gracias a la oración continua, san Francisco comenzó a gustar con frecuencia la dulzura de la divina contemplación y se quedaba tantas veces absorto en Dios que sus compañeros le veían elevado corporalmente de la tierra y fuera de sí.

En estos raptos contemplativos Dios le revelaba no sólo las cosas presentes y futuras, sino también los secretos pensamientos y deseos de los hermanos, como pudo comprobarlo por sí mismo, en aquellos días, su compañero fray León. Estaba este soportando del demonio una fortísima tentación no carnal, sino espiritual y le vino el gran deseo de tener algún pensamiento devoto escrito por la mano de san Francisco, pues pensaba que, si lo tuviera, aquella tentación desaparecería del todo o en parte. Aunque tenía tal deseo, por vergüenza y respeto no se atrevía a decírselo a san Francisco; mas lo que no le dijo fray León se lo reveló el Espíritu Santo, por lo que san Francisco le llamó, le hizo traer tinta, pluma y papel, y de su propia mano escribió una alabanza de Cristo, según el deseo del hermano, y al final trazó el signo de la *tau*. Y se lo dio, diciendo: «Amadísimo hermano León, toma este papel y guárdalo con cuidado hasta tu muerte. Que Dios te bendiga y te guarde de toda tentación. No te desanimes por tener tentaciones, pues ahora que más combates más te tengo yo por siervo y amigo de Dios y más te amo. Te aseguro que nadie debe considerarse perfecto amigo de Dios si antes no ha pasado por muchas tentaciones y tribulaciones». Recibió fray León el escrito con suma devoción y fe, y súbitamente desaparecieron todas sus tentaciones. De vuelta al lugar, contó con gran alegría a los compañeros que Dios le había concedido la gracia tan grande de recibir aquel escrito de san Francisco; y lo guardó y conservó cuidadosamente, y con él hicieron más tarde muchos milagros los hermanos.

Y desde entonces comenzó fray León a escrutar y considerar solícitamente, con gran pureza y buena intención, la vida de san Francisco, por lo que mereció verle más de una vez absorto en Dios y elevado del suelo: unas veces, a una altura de tres brazas; otras, de cuatro, e incluso al nivel de la copa del haya, y hubo una vez que le vio elevado en los aires a tanta altura y rodeado de tal resplandor que apenas podía divisarle. Y ¿qué hacía este sencillo hermano cuando san Francisco estaba tan poco elevado del suelo que podía alcanzarle? Se le acercaba despacio y se abrazaba a sus pies y se los besaba, mientras decía entre lágrimas: «Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador, y hazme hallar tu gracia por los méritos de este santo hombre». Y uno de tantos días en que se encontraba bajo los pies de san Francisco, que estaba tan elevado que no podía tocarle,

vio bajar del cielo un pergamino que se posó en la cabeza de san Francisco y en el que estaban escritas, con letras de oro, estas palabras: *He aquí la gracia de Dios*. Y después de leerlo vio cómo se volvía al cielo.

Por el don de esta gracia de Dios que moraba en él, san Francisco no sólo se quedaba embelesado en Dios mediante la contemplación y el éxtasis, sino que también era confortado con visiones angélicas. Estaba un día pensando en su muerte y en la situación de su religión cuando él faltase, y decía: «Señor Dios, después de mi muerte ¿qué será de esta tu pobrecita familia que, por tu bondad, has encomendado a un pecador como yo? ¿Quién te rogará por ella?», e insistía en términos semejantes; de este modo se le apareció un ángel enviado por Dios, que le consoló diciendo: «De parte de Dios te aseguro que tu Orden no desaparecerá hasta el día del juicio; y que no habrá nadie tan gran pecador que, amando de corazón tu Orden, no encuentre la misericordia de Dios; ni podrá alcanzar larga vida quien persiga tu Orden con malicia; y tampoco podrá perseverar por mucho tiempo en ella ningún malvado que no enmiende su vida. Y no te entristezcas si ves en tu religión que algunos hermanos ni son buenos ni observan la regla como deben: no pienses que por ello va a ir a menos, pues siempre habrá muchos otros que observarán a la perfección la vida del evangelio de Cristo y la pureza de la regla; y estos, inmediatamente después de la muerte corporal, irán a la vida eterna sin pasar para nada por el purgatorio. Algunos la observarán menos perfectamente, y estos, antes de ir al Paraíso, estarán en el purgatorio. Mas de aquellos que no observan absolutamente tu regla, no te preocupes, dice Dios, que Él no se preocupa de ellos». Y dichas estas palabras, el ángel se marchó y dejó a san Francisco confortado y consolado por completo.

Acercándose la fiesta de la Asunción de nuestra Señora, san Francisco se propuso buscar un lugar más solitario y reservado donde pasar a solas la cuaresma de san Miguel Arcángel, que comenzaba en dicha fiesta; por lo que llamó a fray León y le dijo así: «Colócate a la puerta del lugar donde rezan los hermanos y, cuando yo te llame, vienes hacia mí». Fue fray León a colocarse allí y san Francisco se alejó un trecho y le llamó a voces. Al oír fray León la llamada, volvió donde san Francisco, que le dijo: «Hijo, busquemos otro lugar más retirado, donde tú no puedas oírme cuando te llame». Y buscándolo, en la ladera meridional del monte vieron un lugar oculto y muy a propósito para lo que él deseaba, mas al que no se podía pasar, ya que delante se abría en la roca una horrible y espantosa hendidura. Con mucho esfuerzo consiguieron colocar un leño a manera de puente y pasaron al otro lado. Entonces san Francisco hizo llamar a los demás hermanos y les dijo que tenía intención de pasar la cuaresma de san Miguel en aquel lugar apartado, y les rogó que le preparasen una celdita, de manera que, aunque gritase, no pudieran oírle. Construida la celda, les dijo san Francisco: «Volved a vuestro lugar y dejadme aquí solo, pues con la ayuda de Dios intento pasar esta cuaresma sin estridencias en la mente. Que ninguno de vosotros venga aquí, ni permitáis que se acerque ningún seglar. Pero tú, fray León, vendrás una vez al día con un poco de pan y agua, y otra vez por la noche, a la hora de maitines. Te acercaras a mí en silencio y, cuando estés al otro lado del puente, dirás: *Domine, labia mea aperies*, es decir, Señor,

abre mis labios. Si te respondo, cruza y entra en la celda y diremos juntos los maitines; si no te respondo, vete inmediatamente». Decía esto san Francisco pues algunas veces estaba tan absorto en Dios que no oía ni sentía nada con los sentidos corporales. Dicho esto, les dio la bendición y ellos se volvieron a su lugar.

Llegada, pues, la fiesta de la Asunción, san Francisco comenzó la santa cuaresma, mortificando su cuerpo y confortando su espíritu con fervientes oraciones, vigiliias y disciplinas, con las que fue creciendo de virtud en virtud y disponiendo su alma para recibir los divinos misterios e iluminaciones y su cuerpo para sostener crueles batallas con los demonios, con los que muchas veces combatía sensiblemente. Sucedió durante aquella cuaresma que salió un día san Francisco de la celda con espíritu fervoroso y fue a ponerse en oración cerca de allí, en la concavidad de una roca que se alzaba a gran altura sobre un horrible y espantoso precipicio. Cuando, de repente, se presentó el demonio con un aspecto terrible y un furor y una devastación enormes, y le golpeó para precipitarle al vacío. Sin tener dónde escapar, y no pudiendo soportar el aspecto feroz del demonio, san Francisco se volvió rápidamente hacia la peña con las manos, la cara y todo el cuerpo, mientras se encomendaba a Dios, buscando a tientas con las manos algo a lo que poder agarrarse. Pero quiso Dios, que no permite nunca que se tiente a sus siervos más de lo que puedan soportar, que, de pronto, la roca a la que se había arrimado cediera milagrosamente y, protegiéndole, adoptara la forma de su cuerpo; y como si hubiera metido las manos y la cara en cera líquida, así quedaron impresas en la peña las huellas de su cara y sus manos. Y de este modo, con la ayuda de Dios, se libró del demonio.

Pero lo que el demonio no pudo hacerle entonces a san Francisco, de arrojarle al vacío, se lo hizo más tarde, mucho después de la muerte de san Francisco, a uno de sus queridos y devotos hermanos, el cual, por devoción al *poverello* y al milagro allí realizado, estaba un día colocando en el mismo lugar algunos maderos para que se pudiera pasar sin peligro; y cuando llevaba sobre la cabeza un grueso leño para colocarlo, el demonio le empujó y le tiró abajo con el leño que cargaba. Pero Dios, por los méritos de san Francisco, al que había librado y preservado de caer, también libró y preservó a su devoto hermano de los peligros de la caída, ya que este, mientras caía, se había encomendado con gran devoción y en voz alta a san Francisco, quien se le apareció en el acto, le agarró y le posó abajo, sobre las piedras, sin golpe ni lesión alguna. Al oír el grito de su compañero, los otros hermanos, dándole por muerto y despedazado por caer de semejante altura sobre las cortantes peñas, tomaron unas andas y, con gran dolor y llanto, bajaron por la otra parte del monte para recoger sus restos y darlos sepultura. Habían bajado ya del monte cuando les salió al encuentro el hermano despeñado, que llevaba en la cabeza el leño con el que había caído y venía cantando con voz alta el *Te Deum laudamus*. Y se maravillaron enormemente los hermanos, y el otro les contó cómo le había salvado san Francisco de todo peligro. Y todos los hermanos juntos volvieron con él al lugar, cantando con devoción el *Te Deum laudamus* y alabando y dando gracias a Dios y a san Francisco por el milagro realizado con su hermano.

Prosiguiendo san Francisco, como se ha dicho, aquella cuaresma, y aunque tenía que



soportar muchos ataques del demonio, igualmente recibía muchas consolaciones del Señor, no sólo por medio de visitas de ángeles, sino también mediante las aves del bosque. Sucedió que, durante toda la cuaresma, un halcón que anidaba cerca de la celda, cada noche, un poco antes de maitines, le despertaba graznando y batiendo las alas junto a su celda, y no se iba hasta que él se levantaba para rezar. Y cuando, alguna vez, san Francisco estaba más fatigado que en otras ocasiones, o débil o enfermo, el halcón, como si fuera una persona discreta y compasiva, le graznaba un poco más tarde. Este santo reloj proporcionaba un gran placer a san Francisco, pues la solicitud del halcón le estimulaba para sacudir toda pereza y le apremiaba a orar; además, de vez en cuando, el ave le hacía familiar compañía.

Finalmente, por lo que respecta a esta segunda consideración, como san Francisco se encontraba con el cuerpo muy debilitado, tanto por la rigurosa abstinencia como por los ataques del demonio, quiso reconfortar el cuerpo con el alimento espiritual del alma, y para ello comenzó a meditar en la gloria inconmensurable y el gozo de los bienaventurados en la vida eterna, y también suplicaba a Dios que le concediera la gracia de saborear un poco de aquella alegría. Cuando se hallaba en tales pensamientos, de pronto, con grandísimo resplandor, se le apareció un ángel que llevaba una viola en la mano izquierda y el arco en la derecha; era tal su aspecto, que san Francisco se quedó estupefacto y, en ese momento, el ángel hizo correr una sola vez el arco por las cuerdas de la viola, y fue tal la suavidad de la melodía que llenó de dulzura el alma de san Francisco, privándole de todo sentido corporal; y, según contó después a sus compañeros, le pareció que, si el ángel hubiera seguido tocando, se le habría separado el alma del cuerpo al no poder soportar tanta dulzura.

Y esto es todo respecto a la segunda consideración.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

### CONSIDERACIÓN 3

#### *Aparición del serafín e impresión de las llagas a san Francisco.*

En cuanto a la tercera consideración, que es la de la aparición del serafín y la impresión de los estigmas, se ha de saber que, estando próxima la fiesta de la Cruz de septiembre, acudió fray León una noche al lugar y hora acostumbradas para rezar maitines con san Francisco, y dijo desde el extremo del puente, como de costumbre: *Domine, labia mea aperies*, es decir, Señor, abre mis labios, y como san Francisco no respondió, fray León no se volvió atrás, según le había mandado, sino que, con buena y santa intención, cruzó el puente y entró despacio en la celda y, al no encontrarle, pensó que estaría rezando en cualquier lugar del bosque. Salió afuera y a la luz de la luna comenzó a buscarle lentamente por el bosque. Oyó, por fin, la voz de san Francisco y, acercándose, le vio arrodillado en oración, con la cabeza y las manos levantadas al cielo, y diciendo con gran fervor: «¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío? ¿Y quién soy yo, el más vil de los gusanos e inútil siervo tuyo?». Y repetía una y otra vez estas palabras, sin añadir ninguna otra cosa. Muy maravillado por ello, fray León levantó los ojos y miró al cielo y vio venir de lo alto una antorcha de fuego bellísima y muy resplandeciente, que descendió y se posó sobre la cabeza de san Francisco, y oyó que una voz salía de la llama y hablaba con san Francisco, pero fray León no entendió las palabras. Ante tal visión, y considerándose indigno de estar tan cerca de aquel santo lugar donde se producía tan admirable aparición y temiendo, además, ofender a san Francisco o distraer su atención, en el caso de que notara su presencia, se dio media vuelta sin hacer ruido y se alejó un trecho hasta ver el final. Y observando atentamente, vio a san Francisco extender por tres veces la mano hacia la llama y, transcurrido un tiempo, vio finalmente cómo la llama se volvía al cielo.

Se marchó confiadamente, pero san Francisco oyó el ruido de sus pies sobre la hojarasca y le mandó que esperase y no se moviera. Obedeció fray León y esperó inmóvil, con tanto temor que, según dijo después a los compañeros, en aquellos momentos mejor hubiera querido que le tragase la tierra que esperar a san Francisco, pensando que estaría enojado con él, ya que fray León se guardaba, con sumo cuidado, de no ofender su paternidad, a fin de que por su culpa no le privase el *poverello* de su compañía. Cuando san Francisco se aproximó, le preguntó: «¿Quién eres?». Y fray León temblando respondió: «Soy fray León, Padre mío». Y san Francisco: «¿Por qué has venido aquí, hermano ovejuela? ¿No te he dicho que no me andes acechando? Dime, en santa obediencia, si has visto u oído algo». Contestó fray León: «Padre, te oí hablar y decir muchas veces: “¿Quién eres Tú, dulcísimo Dios mío, y quién soy yo, el más vil de los gusanos e inútil siervo tuyo?”». Y se arrodilló fray León ante san Francisco, confesando su culpa por haber desobedecido su mandato, y llorando le pidió perdón; y después le rogó humildemente que le explicara las palabras que él había oído y le contara aquellas que no logró entender. Entonces, viendo san Francisco que Dios había concedido a fray León, por su simplicidad y pureza, oír y ver algunas cosas, condescendió en revelar y aclararle lo que le pedía, y dijo así: «Has de saber, ovejuela

de Jesucristo, que cuando yo decía aquellas palabras que oíste, se le mostraban a mi alma dos luces: la una, de la noticia y el conocimiento de mí mismo, y la otra, del conocimiento del Creador. Cuando yo decía: “¿quién eres Tú, dulcísimo Dios mío?”, contemplaba una luz en la que veía el abismo de la infinita bondad, la sabiduría y el poder de Dios; y cuando decía: “¿quién soy yo...?”, contemplaba una luz en la que veía la profundidad deplorable de mi vileza y miseria, y por eso decía: “¿quién eres Tú, Señor de infinita bondad, sabiduría y poder, que te dignas visitarme a mí, que soy un gusano vil y abominable?”. En la llama que tú veías estaba Dios, que me hablaba de la misma forma como antiguamente habló a Moisés. Entre las otras cosas que me dijo, me pidió que le ofreciese tres dones, y le respondí: “Señor mío, soy todo tuyo: bien sabes que no tengo más que la túnica, la cuerda y los paños menores, y también estas tres cosas son tuyas, ¿qué puedo yo, pues, ofrecer y donar a tu majestad?”. Entonces me dijo Dios: “Busca en tu seno y ofréceme lo que allí encuentres”. Busqué y encontré una bola de oro y se la ofrecí a Dios; y así lo hice tres veces, que tres veces me lo mandó Dios, y después me arrodillé por tres veces bendiciendo y dando gracias a Dios por haberme dado qué ofrecerle. Inmediatamente se me dio a entender que aquellas tres ofrendas significan la santa obediencia, la altísima pobreza y la muy espléndida castidad que Dios, por su gracia, me ha concedido observar tan perfectamente que de nada me reprende la conciencia. Y como tú me viste meter la mano en el seno y ofrecer a Dios estas tres virtudes, significadas por las tres bolas de oro que Dios me había puesto en el seno, así me ha dado Dios en el alma la virtud de que le alabe y ensalce en todo momento con el corazón y los labios por todos los dones y todas las gracias que me ha concedido por su santísima bondad. Estas son las palabras que oíste al levantar tres veces la mano, como has visto; pero guárdate, hermano ovejuela, de andar observándome, y vuélvete a tu celda con la bendición de Dios. Y cuida de mí con solicitud, que de aquí a pocos días hará Dios en este monte cosas tan grandes y maravillosas que asombrarán a todo el mundo, pues hará algunas cosas nuevas que jamás hizo a ninguna criatura de este mundo».

Y dicho esto, se hizo traer el libro de los evangelios, pues Dios le había puesto en su ánimo que, abriendo tres veces los evangelios, le sería manifestado lo que Dios quería hacer de él. Y traído el libro, san Francisco se puso en oración y, al concluirla, se hizo abrir tres veces el libro por la mano de fray León y en nombre de la Santísima Trinidad, y quiso Dios disponer que las tres veces se detuviera ante la pasión de Cristo. Con ello le daba a entender que, así como había seguido a Cristo en los hechos de su vida, también debía seguirle e imitarle en los padecimientos y dolores de la pasión, antes de partirse de esta vida.

Y desde aquel momento san Francisco comenzó a gustar y sentir más copiosamente la dulzura de la divina contemplación y de las visitas divinas, entre las cuales tuvo una, inmediata y preparativa de la impresión de los estigmas, en esta forma: la víspera de la fiesta de la Santísima Cruz del mes de septiembre, encontrándose san Francisco orando en lo secreto de su celda, se le apareció el ángel de Dios y le dijo de parte de Él: «Te aliento y aviso para que te prepares y dispongas humildemente y con toda paciencia a

recibir lo que Dios quiera darte y hacer en ti». San Francisco respondió: «Estoy dispuesto a soportar pacientemente cualquier cosa que el Señor quiera hacerme». Y dicho esto, el ángel partió.

Vino al día siguiente, es decir, el día de la santísima Cruz, y san Francisco, antes del alba, se puso en oración delante de la puerta de su celda, la cara vuelta hacia el oriente, y oraba de esta forma: «Señor mío Jesucristo, te ruego que me concedas dos gracias antes de morirme. La primera, que, en vida, yo sienta en el alma y en el cuerpo, si es posible, aquel dolor que tú, dulce Jesús, soportaste en tu muy penosa pasión; la segunda, que yo sienta en el corazón, si es posible, aquel excesivo amor que te inflamó, Hijo de Dios, para soportar de buena gana tanto sufrimiento por nosotros, pecadores». Y, permaneciendo por largo rato en esa súplica, tuvo conocimiento de que Dios le escucharía favorablemente y que, en cuanto fuera posible para una simple criatura, le sería concedido sentir tales cosas. En poco tiempo, teniendo esta promesa, comenzó san Francisco a meditar muy devotamente la pasión de Cristo y su infinita caridad, y le creció tanto el fervor de la devoción que todo él se transformaba, por amor y compasión, en Jesús. Y mientras estaba inflamado en esta contemplación, aquella misma mañana vio venir del cielo un serafín con seis alas de fuego resplandecientes, que, con vuelo veloz, se acercó hasta que san Francisco pudo distinguirlo y percibir con claridad que tenía en sí la imagen de un hombre crucificado y que las alas estaban dispuestas de modo que dos se extendían sobre la cabeza, dos se desplegaban para volar y las otras dos cubrían todo el cuerpo. Al verlo, san Francisco se quedó fuertemente asombrado y embargado, a la vez, con admiración, de alegría y dolor. Le producía una gran alegría el atrayente aspecto de Cristo, que se le aparecía con tanta familiaridad y le miraba tan amorosamente; mas, por otra parte, al verle clavado en la cruz sentía un desmesurado dolor de compasión. Además, mucho se maravillaba de tan estupenda y desacostumbrada visión, pues bien sabía que el padecimiento de la pasión no es compatible con la inmortalidad del espíritu seráfico. Estando en esta admiración, el que se le aparecía le reveló que, por disposición divina, se le mostraba la visión en aquella forma para que entendiese que no por martirio corporal, sino por incendio del espíritu, debía él transformarse por completo en la expresa imagen de Cristo crucificado. Durante esta admirable aparición todo el monte Alverna parecía arder en llamas resplandecientes, cuyo fulgor iluminaba todos los montes y valles de alrededor, como si el sol alumbrase la tierra; así, los pastores que velaban en aquella región, viendo arder el monte y tanta luz alrededor, se llenaron de miedo, según contaron después a los frailes, afirmando que había durado la llama sobre el monte Alverna por espacio de más de una hora; de igual modo, al resplandor de esta luz, que penetraba por las ventanas de las casas de la comarca, se levantaron algunos muleros que iban a la Romaña creyendo que ya había salido el sol, y ensillaron y cargaron sus bestias, y, ya por el camino, vieron que aquella luz cesaba y se elevaba el sol material. En aquella aparición seráfica, Cristo, que era quien se aparecía, dijo a san Francisco ciertas cosas altas y secretas, que el *poverello* no quiso revelar a nadie en vida; pero después de su muerte las reveló, según se verá más adelante; y las palabras fueron estas: «¿Sabes tú lo que te he hecho? Te he donado los estigmas, que son las señales de

mi pasión, para que seas mi portaestandarte. Y así como yo descendí al limbo el día de mi muerte y a todas las almas que encontré las rescaté en virtud de estas llagas mías, te concedo que todos los años, el día de tu muerte, vayas al purgatorio y libres de él, en virtud de tus estigmas, a todas las almas que halles de tus tres Órdenes, hermanos menores, hermanas y continentes, y también las de los que te hubieran sido muy devotos, y las llesves a la gloria del Paraíso, para que me seas conforme en la muerte como lo eres en la vida».

Al desaparecer esta admirable visión, después de mucho tiempo y secreta conversación, dejó en el corazón de san Francisco un ardor extremado y la llama del amor divino, y en su carne una maravillosa imagen y huella de la pasión de Cristo: inmediatamente comenzaron a aparecer en las manos y los pies de san Francisco las señales de los clavos, como él las había visto en el cuerpo de Jesús crucificado, que se le había aparecido en forma de serafín; y así aparecían las manos y los pies taladrados por el medio con clavos, cuyas cabezas estaban en las palmas de las manos y en los empeines de los pies fuera de la carne, y en el dorso de las manos y en las plantas de los pies se veían las puntas, retorcidas y remachadas de tal forma que, por debajo del remache, que sobresalía por entero de la carne, se hubiera podido introducir fácilmente el dedo de la mano, como en un anillo; y las cabezas de los clavos eran redondas y negras. De igual modo, en el costado derecho aparecía la huella de una herida de lanza, sin cicatrizar, roja y sanguinolenta, por la que después fluía muchas veces sangre del santo pecho de san Francisco y le ensangrentaba la túnica y los paños menores. De ahí que lo advirtieran sus compañeros antes que él lo manifestase, ya que, al ver que no descubría las manos ni los pies y que no podía posar en el suelo las plantas de los pies, y que, además, encontraban ensangrentados la túnica y los paños menores cuando se los lavaban, comprendieron ciertamente que en las manos y los pies, y también en el costado, tenía expresamente impresa la imagen y semejanza de nuestro Señor Jesucristo crucificado.

Y aunque él se las ingeniaba bien para esconder y ocultar aquellos gloriosos estigmas tan claramente impresos en su carne, y viendo, por otra parte, que mal podía ocultárselos a sus compañeros familiares, y temiendo, sin embargo, publicar los secretos de Dios, se llenó de dudas sobre si debía revelar o no la visión seráfica y la impresión de los santos estigmas. Por fin, incitado por su conciencia, llamó a algunos hermanos de su mayor confianza y les propuso la duda en términos generales, sin expresar el hecho, pidiéndoles su consejo. Estaba entre ellos uno de gran santidad, de nombre fray Iluminado: quien, verdaderamente iluminado por Dios y comprendiendo que Francisco debía de haber visto cosas maravillosas, le dijo así: «Debes saber, hermano Francisco, que, si te muestra Dios alguna vez sus santos secretos, no es para ti solo, sino también para los otros; por eso, debes temer razonablemente que, si mantienes oculto lo que Dios te ha manifestado para utilidad de otros, te hagas digno de reprensión». Entonces san Francisco, movido por estas palabras, les refirió con grandísimo temor todo el modo y la forma de tal visión, añadiendo que Cristo, cuando se le había aparecido, le había dicho ciertas cosas que él no diría jamás mientras viviese.

Si bien aquellos santísimos estigmas, por haberle sido impresos por Cristo, le llenaban el corazón de grandísima alegría, le causaban, sin embargo, un intolerable dolor en la carne y en los sentidos corporales. De aquí que, obligado por la necesidad, eligiera a fray León, el más puro y simple de todos, al cual reveló todo el hecho y al que dejaba ver y tocar aquellos santos estigmas y vendárselos con algunos lienzos para mitigar el dolor y recoger la sangre que manaba de ellos. Cuando estaba enfermo, permitía que le cambiase estas vendas con más frecuencia e incluso a diario, excepto desde la tarde del jueves hasta el sábado por la mañana, ya que no quería que con ningún remedio humano ni medicina le fuese aliviado en nada el dolor de la pasión de Cristo, que él, san Francisco, llevaba en el cuerpo, en el mismo tiempo en que nuestro Salvador Jesucristo había sido preso, crucificado, muerto y sepultado por nosotros. Sucedió alguna vez que, cuando fray León le cambiaba la venda del estigma del costado, san Francisco, por el mucho dolor que sentía al despegarse el lienzo ensangrentado, ponía la mano en el pecho de fray León, y al contacto de aquellas santas manos, sentía fray León tal dulzura de devoción en el corazón que estaba a punto de caerse al suelo desmayado.

Y finalmente, por lo que respecta a esta tercera consideración, habiendo concluido san Francisco la cuaresma de san Miguel Arcángel, se dispuso a volver, por revelación divina, a Santa María de los Ángeles, por lo que llamó a fray Maseo y a fray Ángel y, después de muchas palabras y santas instrucciones, les encomendó, lo más calurosamente que pudo, aquel santo monte, diciéndoles que le convenía volver, junto con fray León, a Santa María de los Ángeles. Dicho esto, se despidió de ellos bendiciéndoles en el nombre de Jesús crucificado y, condescendiendo a sus ruegos, les extendió sus santísimas manos, embellecidas con aquellos gloriosos y santos estigmas, para que los vieran, los tocaran y se los besaran. Y dejándoles consolados, se separó de ellos y bajó de aquel santo monte.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

#### CONSIDERACIÓN 4

*Cómo san Francisco, después de la impresión de las llagas, partió del monte Alverna y regresó a Santa María de los Ángeles.*

Con respecto a la cuarta consideración, se ha de saber que, después que el verdadero amor de Cristo hubo transformado perfectamente a san Francisco en Dios y en la imagen real de Cristo crucificado, y una vez concluida la cuaresma de cuarenta días en honor de san Miguel en el santo monte Alverna, pasada la fiesta de san Miguel, san Francisco, el hombre angélico, bajó del monte junto con fray León y un devoto aldeano, en cuyo asno se montó, pues, por los clavos de los pies, no podía caminar bien a pie.

Y habiendo bajado san Francisco del santo monte, como se había difundido por la región la fama de su santidad y los pastores habían divulgado que habían visto todo en llamas el monte Alverna, y que ello era señal de algún gran milagro que Dios había hecho con san Francisco, cuando la gente de la comarca oía que pasaba el *poverello*, todos, hombres y mujeres, pequeños y grandes, acudían a verle, y con gran devoción y deseo se las ingeniaban para tocarle y besarle las manos; y como él no podía negarse a la devoción de las gentes, aunque llevaba vendadas las palmas de las manos para ocultar mejor los estigmas, se las cubría también con las mangas y sólo daba a besar los dedos descubiertos.

Pero a pesar de que se esforzaba por ocultar el sacramento de los santos estigmas, para huir de cualquier ocasión de gloria mundana, a Dios le agradaba manifestar su gloria con muchos milagros, realizados en virtud de los santos y gloriosos estigmas, y especialmente en aquel viaje de Alverna a Santa María de los Ángeles; y, más tarde, con muchísimos otros en diversas partes del mundo, tanto en vida como después de su muerte, a fin de que su oculta y maravillosa virtud y la extremada caridad y misericordia que tenía Cristo para con él, al donarle milagrosamente los estigmas, se manifestase al mundo mediante claros y evidentes milagros, de los cuales relataremos aquí algunos.

Se acercaba san Francisco a una aldea próxima a los confines del condado de Arezzo, y se le puso delante una mujer que lloraba amargamente y llevaba en los brazos a su hijo de ocho años, que estaba hidrópico desde los cuatro y tenía tal hinchazón de vientre que, estando derecho, no se podía ver los pies. La mujer colocó al niño delante y le suplicó que rogase a Dios por él. San Francisco se puso primero en oración y, al terminar, posó sus santas manos sobre el vientre del niño y al punto desapareció toda la hinchazón y quedó perfectamente sano. Y se lo devolvió a su madre, que lo recibió llena de alegría y se lo llevó a casa, dando gracias a Dios y a su santo; y mostraba después, muy gustosa, el hijo curado a todos los vecinos de la comarca que acudían a su casa a verle.

Aquel mismo día pasó san Francisco por Borgo San Sepolcro y, antes de llegar al castillo, las gentes del castillo y de las aldeas salieron a su encuentro, y muchos iban delante de él con ramas de olivo en las manos y gritando con fuerza: «¡He aquí el santo! ¡He aquí el santo!»; y por la devoción y deseo que la gente tenía de tocarle, todos se agolpaban sobre él, estrujándole; pero como iba con la mente elevada y absorta en Dios por la contemplación, aunque le tocasen o agarrasen o empujasen, nada sentía de lo que

se hacía o decía en torno a él, como si fuera insensible, y ni siquiera se dio cuenta de que pasaba por aquel territorio. Y así, cuando ya quedaba atrás el Borgo y había regresado la gente a sus casas, al acercarse a una leprosería que distaba del Borgo algo más de una milla, volvió en sí, como si viniese del otro mundo, y el celestial contemplador preguntó a su compañero: «¿Cuándo llegaremos al Borgo?». Verdaderamente, su alma, absorta y fija en la contemplación de las cosas celestiales, no se había dado cuenta de las cosas terrenas, ni de la variedad de lugares, ni del tiempo, ni de las personas que encontraba. Y esto le sucedió muchas otras veces, según lo comprobaron y experimentaron claramente sus compañeros.

Llegó aquella tarde san Francisco al lugar de los frailes situado en Monte Casale, en el que había un hermano tan cruelmente enfermo y tan horriblemente atormentado por la enfermedad que su mal más parecía tribulación y tormento del demonio que enfermedad natural; porque a veces se arrojaba al suelo con grandísimas convulsiones y echando espuma por la boca, o se le contraían todos los nervios del cuerpo, o se le distendían, o se plegaban o retorcían hasta juntársele los talones con la nuca, o saltaba hacia arriba para caer al instante de espaldas. Estando san Francisco a la mesa, oyó hablar de este hermano tan miserablemente enfermo y sin remedio, y compadeciéndose de él, tomó un trocito del pan que comía, trazó sobre él la señal de la cruz con sus santas manos estigmatizadas y se lo envió al hermano enfermo, que, apenas lo comió, se encontró perfectamente curado y jamás volvió a sentir aquella enfermedad.

A la mañana siguiente envió san Francisco a dos de los hermanos de aquel lugar a morar en el monte Alverna, y mandó con ellos al aldeano que le había prestado el asno, para que se volviese a su casa. Iban los hermanos con este aldeano y, al entrar en el condado de Arezzo, les vieron de lejos unos hombres de la comarca y se alegraron mucho creyendo que era san Francisco, que había pasado dos días antes; pues la mujer de uno de ellos estaba de parto desde hacía ya tres días y se moría al no poder parir y ellos pensaban recobrarla sana y liberada si san Francisco ponía sobre ella sus santas manos. Mas, al acercarse los hermanos y ver que ninguno de ellos era san Francisco, se llenaron de tristeza. No estaba allí san Francisco físicamente, mas no les faltó la fe. ¡Cosa admirable! La mujer se moría y ya tenía todas las señales de la muerte. Preguntaron a los hermanos si no traían alguna cosa que hubiese sido tocada por las manos santísimas de san Francisco y, tras rebuscar con cuidado, pronto encontraron que no había ninguna cosa que él hubiese tocado salvo el ronzal del asno en que había viajado. Llevaron el ronzal con mucha devoción y respeto y lo pusieron sobre el cuerpo de la mujer, que a gritos invocaba con fervor el nombre de san Francisco, y la encomendaron a él con mucha fe. ¿Y qué más? Apenas la mujer tuvo encima de ella el ronzal, se la liberó al punto de todo peligro y parió con facilidad, llena de gozo y salud.

San Francisco, después de detenerse algunos días en el referido lugar, se dirigió a Città de Castello, y he aquí que muchos ciudadanos le trajeron una mujer que llevaba largo tiempo endemoniada, y le pidieron humildemente que la liberase, pues tenía alborotada a toda la comarca con sus alaridos, sus chillidos inhumanos y sus ladridos de perro. San Francisco primero se puso en oración y luego, trazando sobre ella la señal de



la santísima cruz, ordenó al demonio que saliera de ella, e inmediatamente salió, dejándola sana de cuerpo y mente.

Y se divulgó este milagro en el pueblo, y otra mujer le trajo con gran fe un niño suyo gravemente enfermo de una llaga maligna, y le pidió con devoción que tuviese a bien signarle con sus manos. San Francisco, accediendo a su devoción, tomó al niño, le quitó la venda de la llaga y la bendijo, haciendo tres veces sobre la llaga la señal de la cruz; la vendó de nuevo y se lo devolvió a la madre, que, como era de noche, lo llevó a dormir a la cama. Cuando fue por la mañana a buscarle, le encontró sin la venda y, al mirarle, vio que estaba perfectamente curado, como si nunca hubiera tenido mal alguno; en el sitio de la llaga le había crecido la carne, formando como una rosa roja, más como testimonio del milagro que como señal de la llaga, pues aquella rosa le duró toda la vida y muchas veces le movía a devoción hacia san Francisco, que le había curado.

En aquella ciudad se detuvo san Francisco un mes por los devotos ruegos de sus habitantes y, en ese tiempo, realizó otros muchos milagros; después siguió su viaje a Santa María de los Ángeles con fray León y con un buen hombre que les prestó su asnillo para que san Francisco fuera montado.

Sucedió que, a causa de los malos caminos y el mucho frío, después de andar todo el día no pudieron llegar a lugar alguno donde albergarse y, obligados por la noche y el mal tiempo, se guarecieron bajo un peñasco algo excavado, para protegerse de la nieve y de la noche que se les echaba encima. Viéndose así a la intemperie y mal cubierto, aquel buen hombre que les prestaba el asno, como no podía dormir por el frío y no tenía modo de encender fuego, comenzó a lamentarse abiertamente y a lloriquear y casi murmuraba de san Francisco, que le había llevado a aquel sitio. Compadecióse de él el *poverello*, y con fervor de espíritu extendió la mano sobre él y le tocó. ¡Cosa admirable! Tan pronto le tocó con aquella mano encendida y taladrada por el fuego seráfico, le desapareció todo el frío; y le entró tanto calor por dentro y por fuera que le parecía estar junto a la boca de un horno ardiente; y confortado en alma y cuerpo, se adormeció y, según dijo, durmió toda la noche hasta el alba, entre peñascos y nieve, más profunda y cómodamente de lo que nunca había dormido en su propia cama.

Tras caminar al día siguiente, prosiguieron el camino hasta Santa María de los Ángeles y, cuando ya se acercaban, al levantar fray León la vista hacia el santo lugar, vio una cruz hermosísima con la imagen del Crucificado que iba delante de la cara de san Francisco, y cuando este se paraba se detenía también la cruz, y si él andaba, ella andaba; era tan resplandeciente la cruz que no sólo iluminaba el rostro de san Francisco, sino todo el camino alrededor, y duró hasta que el *poverello* entró en Santa María de los Ángeles.

Llegando san Francisco y fray León, fueron recibidos por los hermanos con suma alegría y caridad y, desde entonces, san Francisco vivió en Santa María de los Ángeles la mayor parte del tiempo hasta su muerte. Y continuamente se extendía más y más por la Orden y por el mundo la fama de su santidad y de sus milagros, a pesar de que, con muy profunda humildad, ocultaba él cuanto podía los dones y gracias de Dios, y se presentaba como un grandísimo pecador.

Se maravillaba de esto fray León, y una vez se puso a pensar tontamente: «Este se llama en público gran pecador, pero entró de mayor en la Orden y es muy honrado por Dios; mas, en secreto, nunca se confiesa del pecado de la carne, ¿será virgen?». Y le entró el vehemente deseo de conocer la verdad, mas no se atrevía a preguntárselo a san Francisco, y así recurrió a Dios y le rogaba que le cerciorase de lo que deseaba saber y, después de muchas oraciones, mereció ser oído y alcanzó la certeza de que san Francisco gozaba en verdad de la virginidad del cuerpo con esta visión: vio a san Francisco en un lugar elevado y excelso al que nadie podía ir ni alcanzar y le fue revelado que aquel lugar encumbrado significaba la excelencia de la castidad virginal de san Francisco, como razonablemente convenía a la carne destinada a estar embellecida con las sagradas llagas de Cristo.

Viendo san Francisco que, a causa de los estigmas, le iba faltando poco a poco la fuerza del cuerpo y no podía ya ocuparse de regir la Orden, apresuró el Capítulo general; y, cuando lo tuvo reunido en pleno, se excusó humildemente delante de los frailes de su imposibilidad para seguir atendiendo el gobierno de la Orden; mas no podía renunciar al generalato, pues había sido nombrado general por el Papa y no podía, sin la expresa licencia papal, dejar el oficio ni nombrar un sucesor, mas nombró vicario suyo a fray Pedro Cattani, y a él y a los ministros provinciales les encomendó afectuosamente la Orden, con la mayor eficacia que pudo. Hecho esto, y confortado san Francisco en su espíritu, levantó los ojos y las manos al cielo y dijo: «A ti, Señor Dios mío, te encomiendo esta familia tuya que hasta el presente me has tenido confiada y a la que ahora, por mis enfermedades, que tú conoces, dulcísimo Señor mío, ya no puedo seguir cuidando más. Se la encomiendo también a los ministros provinciales, que tendrán que darte cuenta, el día del juicio, si algún hermano se pierde por su descuido, o por su mal ejemplo, o por ser demasiado áspera su corrección». Y con estas palabras, quiso Dios que todos los hermanos del Capítulo entendiesen que se refería a los estigmas cuando se excusaba por sus enfermedades, y, por devoción, ninguno de ellos pudo contener el llanto. Y desde entonces dejó todo el cuidado y gobierno de la Orden a su vicario y a los ministros provinciales, y decía: «Ahora que por mi enfermedad he dejado el cuidado de la Orden, ya no estoy obligado más que a rogar a Dios por nuestra religión y dar buen ejemplo a los hermanos. Y bien sé de veras que, si ella me dejara, la mayor ayuda que yo podría dar a la religión sería rogar continuamente a Dios que Él la defienda, gobierne y conserve».

Aunque san Francisco, como se ha dicho anteriormente, se las ingeniaba cuanto podía para ocultar los santísimos estigmas, y después que los recibió andaba siempre con los pies calzados y las manos vendadas, no pudo evitar que muchos hermanos, de diferentes modos, los vieran y tocasen, especialmente el del costado, que con más cuidado procuraba él encubrir. Por eso, un hermano que le servía le indujo una vez, con un piadoso ardid, a que se quitase la túnica para sacudirla el polvo, y, al quitársela en su presencia, vio aquel hermano el estigma del costado y, metiéndole apresuradamente la mano en el seno, lo tocó con tres dedos y supo así su grandeza y dimensiones; y de modo semejante también la vio, en aquel tiempo, su vicario. Pero más claramente lo verificó

fray Rufino, hombre de gran contemplación, del cual decía san Francisco que no había en el mundo otro más santo, y por ello le amaba íntimamente y le complacía en todo lo que quería.

Este fray Rufino de tres maneras se aseguró, y lo certificó a los otros, de la autenticidad de los estigmas y en especial el del costado: la primera fue que, debiendo lavar los paños menores de san Francisco, que eran tan grandes que, estirándolos hacia arriba, le cubrían el estigma del costado, los miraba fray Rufino atentamente y todas las veces los encontraba ensangrentados en el lado derecho, y conoció así con certeza que era sangre lo que le salía del estigma. Francisco le reprendía, cuando advertía que los desenvolvía para mirar la sangre. La segunda manera fue una vez que fray Rufino le estaba frotando los riñones a san Francisco, e intencionadamente deslizó la mano y le metió los dedos en el estigma del costado, y san Francisco sintió tanto dolor que gritó con fuerza: «¡Dios te perdone, hermano Rufino! ¿Por qué has hecho eso?». La tercera fue cuando pidió una vez a san Francisco, con mucha insistencia y como un grandísimo favor, que le diese por caridad la túnica y recibiese, a cambio, la suya; y condescendiendo el caritativo padre a esta petición, aunque de mala gana, se quitó la túnica y se la dio, poniéndose la de fray Rufino; y, en este quitar y poner, vio fray Rufino claramente el estigma.

De igual forma, fray León y otros muchos hermanos vieron también los santos estigmas de san Francisco mientras vivía; y aunque, por su santidad, eran hombres dignos de fe y de que se creyeran sus afirmaciones, sin embargo, para que no hubiera lugar a duda en los corazones, juraron sobre el libro santo que los habían visto claramente. Los vieron también algunos cardenales que tenían mucha familiaridad con él y, por respeto hacia los estigmas de san Francisco, compusieron y escribieron hermosos y devotos himnos, antífonas y prosas. El papa Alejandro, predicando al pueblo en presencia de todos los cardenales, entre los cuales estaba el santo fray Buenaventura, que era cardenal, dijo y afirmó que él mismo había visto los santos estigmas, viviendo aún san Francisco.

Y madonna Jacoba dei Settesoli da Roma, que fue en su tiempo la más distinguida dama de Roma y era muy devota de san Francisco, se los vio y besó muchas veces con gran respeto antes y después de muerto; pues, por una revelación divina, vino desde Roma hasta Asís para asistir a la muerte de san Francisco, y sucedió de este modo.

San Francisco, algunos días antes de morir, estuvo enfermo en el palacio del obispo de Asís, y le acompañaban algunos hermanos; y, a pesar de la enfermedad, cantaba a menudo ciertas loas a Cristo. Un día le dijo uno de los compañeros: «Padre, tú sabes que los vecinos de esta ciudad tienen gran fe en ti y te consideran un santo; pueden pensar que, si tú fueras lo que ellos creen, en esta enfermedad tuya deberías pensar más en la muerte, y antes llorar que cantar, pues estás enfermo de mucha gravedad. Mira que tus cantos y los que nos haces cantar a nosotros los oyen muchos dentro y fuera del palacio, que por causa tuya está guardado por muchos hombres armados, y tal vez podrían recibir mal ejemplo. Por eso creo que harías bien en irte de aquí, y que todos volviéramos a Santa María de los Ángeles, pues no estamos bien aquí entre seculares». Respondió san

Francisco: «Hermano muy querido tú sabes que hace dos años, cuando estábamos en Foligno, Dios nos reveló a los dos el final de mi vida, que ha de ser con esta enfermedad y de aquí a pocos días; en aquella revelación Dios me concedió la certeza del perdón de todos mis pecados y de la bienaventuranza del Paraíso. Hasta que tuve aquella revelación, yo pensaba en la muerte y en mis pecados, mas después quedé tan colmado de alegría que no puedo llorar más; y por eso canto y cantaré a Dios que me ha dado el bien de su gracia y la certeza de la gloria del Paraíso. En cuanto a marcharnos de aquí, consiento y me agrada, mas buscad algún medio de llevarme, pues por la debilidad no puedo andar». Entonces los hermanos le tomaron en brazos y le llevaron así, y les acompañaron muchos vecinos de Asís.

Y al llegar a un hospital que había en el camino, dijo el *poverello* a los que le llevaban: «Dejadme en el suelo, vuelto hacia la ciudad». Y cuando le pusieron con la cara mirando hacia Asís, la colmó de bendiciones diciendo: «Bendita seas de Dios, ciudad santa, pues por ti se salvarán muchas almas y en ti habitarán muchos siervos de Dios. Y de ti muchos serán elegidos para el reino de la vida eterna». Y dicho esto, se hizo conducir a Santa María de los Ángeles.

Al llegar allí, le llevaron a la enfermería y le dejaron descansar. Llamó entonces san Francisco a uno de sus compañeros y le dijo: «Hermano muy querido, Dios me ha revelado que de esta enfermedad al llegar tal día saldré de esta vida; y tú sabes bien que si madonna Jacoba dei Settesoli, muy querida devota de nuestra Orden, supiese de mi muerte sin haber estado ella presente, se afligiría mucho; así que dale a entender que, si quiere verme vivo, venga inmediatamente». Respondió el hermano: «Está muy bien, Padre; es verdad que, teniéndote ella tan gran devoción, no sería conveniente que no asistiese a tu muerte». «Ve, pues», dijo san Francisco, «y trae el tintero, la pluma y la carta y escribe lo que te diga». Cuando trajo todo, san Francisco dictó la carta en estos términos:

«A madonna Jacoba, sierva de Dios, el hermano Francisco, *poverello* de Cristo, salud y compañía del Espíritu Santo en Jesucristo Señor nuestro. Quiero que sepas, muy querida mía, que Cristo bendito me ha revelado, por gracia suya, que el fin de mi vida está próximo. Por tanto, si quieres encontrarme vivo, tan pronto veas esta carta ven a Santa María de los Ángeles, pues si no llegas antes de tal día no podrás encontrarme vivo; y tráete paño de cilicio para envolver mi cuerpo y la cera necesaria para la sepultura. Te ruego también que me traigas de aquellas cosas de comer que solías darme cuando estaba enfermo en Roma».

Mientras se escribía esta carta, le reveló Dios a san Francisco que madonna Jacoba ya estaba llegando y que traía con ella todas las cosas que él le pedía en la carta. Por lo cual, ante la revelación, san Francisco le dijo al hermano que no escribiese más, pues no era necesario, y que guardase la carta. Los frailes se admiraron mucho de que no acabase la carta, ni quisiese enviarla. Poco después llamaron fuertemente a la puerta del lugar, y san Francisco dijo al portero que abriese; al hacerlo, allí estaba madonna Jacoba, nobilísima dama de Roma, con dos hijos suyos senadores y gran acompañamiento de hombres a caballo. Entraron y madonna Jacoba se fue derecha a la enfermería y se encontró con san

Francisco, que celebró su llegada con gran alegría y consuelo, y lo mismo ella, al verle vivo y hablándola. Ella le refirió cómo, estando en oración, le había revelado Dios en Roma que él iba a morir en breve y que la había de llamar y pedirle aquellas cosas, y todas, le dijo, las había traído con ella; y se las hizo traer a san Francisco, y le dio de comer. Cuando el *poverello* hubo comido y se sintió confortado, madonna Jacoba se arrodilló a los pies de san Francisco y, tomando aquellos pies santísimos, señalados y embellecidos con las llagas de Cristo, los besaba y bañaba de lágrimas con tanta devoción que a los hermanos que estaban alrededor les parecía ver propiamente a la Magdalena a los pies de Jesucristo, y de ningún modo la podían separar de allí.

Por fin, después de mucho tiempo, la llevaron aparte para preguntarle cómo había venido provista de todas aquellas cosas que necesitaba san Francisco en vida y para su sepultura; y ella respondió que, orando en Roma una noche, oyó una voz del cielo que le dijo: «Si quieres hallar con vida a Francisco, vete a Asís sin tardanza, y lleva contigo las cosas que solías darle cuando estaba enfermo, y las que serán necesarias para su sepultura». «Y yo», dijo ella, «así lo hice».

Estuvo, pues, allí esta madonna Jacoba hasta que san Francisco dejó esta vida y fue sepultado; y en los funerales le tributó muy grandes honores con todo su séquito y costeó todos los gastos necesarios. Y después se volvió a Roma, donde poco después también murió ella santamente; y como, por devoción a san Francisco, había dispuesto que la llevasen y enterrasen en Santa María de los Ángeles, así se hizo.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*Cómo messere Jerónimo vio y tocó los sagrados y santos estigmas de san Francisco, en los que antes no creía.*

En la muerte de san Francisco no sólo madonna Jacoba y sus hijos y acompañantes vieron y besaron los gloriosos estigmas, sino también muchos vecinos de Asís, entre ellos un caballero muy nombrado y famoso, llamado messere Jerónimo, que dudaba mucho y era tan incrédulo como el apóstol santo Tomás con respecto a las llagas de Cristo, y, para cerciorarse él mismo y los demás, atrevidamente movía los clavos de las manos y de los pies delante de hermanos y seglares; y pasaba los dedos por el estigma del costado a la vista de todos. Por lo cual fue un constante testigo de su veracidad y juró sobre el libro santo que eran así y que él los había visto y tocado.

Vieron y besaron también los gloriosos estigmas de san Francisco, santa Clara y sus hermanas, que estuvieron presentes en el entierro.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*Del día y año de la muerte de san Francisco*

Salió de esta vida el glorioso confesor de Cristo, san Francisco, el año del Señor de 1226, el día cuatro de octubre, sábado, y fue sepultado el domingo; aquel era el vigésimo de su conversión, o sea cuando había comenzado a hacer penitencia, y era el segundo año después de la impresión de los estigmas; y sucedió a los cuarenta y cinco de su

nacimiento.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*De la canonización de san Francisco*

Después fue canonizado en 1228 por el papa Gregorio IX, que acudió personalmente a Asís para canonizarlo.

Y baste esto para la cuarta consideración.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

## CONSIDERACIÓN 5

*De ciertas apariciones y revelaciones divinas, hechas después de la muerte de san Francisco, a algunos hermanos y a otras personas devotas, acerca de los gloriosos estigmas.*

La quinta y última consideración trata de ciertas apariciones, revelaciones y milagros, que hizo Dios después de la muerte de san Francisco, en confirmación de sus santos estigmas y para conocimiento del día y la hora en que Cristo se los donó.

Se ha de saber que el año del Señor de 1282, el día 3 de octubre, fray Felipe, ministro de la Toscana, por mandato del ministro general, fray Bonagrazia, requirió por santa obediencia a fray Mateo da Castiglione Aretino, hombre de gran devoción y santidad, para que declarase lo que sabía acerca del día y la hora en que Cristo imprimió los sagrados estigmas en el cuerpo de san Francisco, por tener entendido que le había sido revelado al citado fray Mateo; y obligado este por la santa obediencia, respondió así:

«Estando yo con la comunidad de Alverna, el año pasado, por el mes de mayo, me puse un día en oración en la celda donde se cree que tuvo lugar la aparición seráfica, y pedía yo devotísimamente a Dios que se dignase revelar a alguna persona el día, la hora y el lugar en que fueron impresos los sagrados estigmas en el cuerpo de san Francisco. Y perseverando en esta oración más allá del primer sueño, se me apareció san Francisco en medio de un gran resplandor, y me dijo: “Hijo, ¿qué es lo que pides a Dios?”. Y yo le dije: “Padre, pido tal cosa”. Y él me dijo: “Soy tu padre Francisco, ¿me conoces bien?”. Le respondí: “Sí, Padre”. Entonces me mostró los santos estigmas de las manos y de los pies y del costado y dijo: “Ha llegado el tiempo en que Dios quiere que se manifieste, para gloria suya, lo que los hermanos no se cuidaron de saber en el pasado. Has de saber que quien se me apareció no fue ángel, sino Jesucristo en forma de serafín, que con sus manos imprimió en mi cuerpo estos cinco estigmas tal como él los recibió en su cuerpo sobre la cruz, y fue de este modo: la víspera de la Exaltación de la Santa Cruz vino a decirme un ángel, de parte de Dios, que me preparase para recibir pacientemente lo que Dios me quisiese mandar. Yo respondí que estaba dispuesto para todo lo que fuese del agrado de Dios. La mañana siguiente, o sea la de la Santa Cruz, que aquel año era viernes, al alba salí de la celda con un gran fervor de espíritu y fui a ponerme en oración en ese lugar donde estás ahora, en el que yo solía orar muchas veces. Mientras oraba, por el aire descendió del cielo un joven crucificado en forma de serafín, con seis alas; ante su maravilloso aspecto me arrodillé humildemente y comencé a contemplar devotamente el desmesurado amor de Jesús crucificado y el desmesurado dolor de su pasión; y su aspecto engendró en mí tanta compasión, que me parecía sentir propiamente en mi cuerpo esa pasión; y con su presencia todo este monte resplandecía como el sol. Y después de bajar, se me acercó y, ya delante de mí, me dijo ciertas palabras secretas que aún no he revelado a nadie; mas se acerca el tiempo en que se revelarán. Después de algún tiempo, Cristo se marchó y volvió al cielo, y yo me encontré marcado con estos estigmas”. “Ve, pues”, dijo san Francisco, “y manifiesta con seguridad estas cosas a tu ministro, que esto es obra de Dios y no del hombre”. Y dichas estas palabras, san

Francisco me bendijo y se volvió al cielo con una gran multitud de jóvenes muy resplandecientes».

Todas estas cosas dijo fray Mateo que las había visto y oído, no estando durmiendo, sino despierto. Y así se lo juró personalmente al dicho ministro en su celda en Florencia, cuando le requirió a ello por obediencia.

En alabanza y gloria de Cristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*Cómo un santo fraile, al leer en la leyenda de san Francisco, en el capítulo de los santos y sagrados estigmas, sobre las palabras secretas que le dijo el serafín a san Francisco cuando se le apareció, rogó tanto a Dios que san Francisco se las reveló.*

Una vez leía la vida de san Francisco un devoto y santo hermano y, al llegar al capítulo de los santos estigmas, comenzó a pensar con gran ansiedad espiritual qué palabras podrían ser aquellas tan secretas que le dijo el serafín cuando se le apareció, y que san Francisco dijo que no revelaría a nadie mientras viviese. Y se decía este hermano: «Aquellas palabras san Francisco no quiso decirlas en vida; pero, ahora, después de su muerte corporal, quizá las diría si se lo pidiese devotamente». Y desde entonces comenzó el devoto hermano a rogar a Dios y a san Francisco que se dignasen revelarle aquellas palabras. Ocho años perseveró en esta súplica y, al octavo, mereció ser oído de esta manera.

Un día, después de comer y de la acción de gracias en la iglesia, se quedó allí en oración y, cuando estaba rezando a Dios y a san Francisco con más devoción de la que solía y muchas lágrimas, le llamó otro hermano y le mandó de parte del guardián que le acompañase al pueblo, para asuntos del lugar. Por lo que él, no ignorando que la obediencia es más meritoria que la oración, tan pronto como oyó el mandato del guardián, dejó la oración y se fue humildemente con el hermano que le llamaba. Y quiso Dios que con este acto de pronta obediencia mereciese lo que no había conseguido con tanto tiempo de oración. Apenas habían salido de la puerta del lugar, se encontraron con dos hermanos forasteros que parecían venir de lejanos países; uno era joven y otro anciano y flaco y, a causa del mal tiempo, venían muy mojados y cubiertos de barro. Se compadeció muchísimo de ellos este hermano obediente y dijo al compañero con quien salía: «Hermano mío, muy querido, si se pudiera retrasar un poco el asunto al que vamos..., pues estos hermanos tienen necesidad de ser recibidos caritativamente; te ruego que me permitas ir primero a lavarles los pies, especialmente a este anciano, que tiene necesidad, y tú podrás lavárselos al más joven, y después saldremos a los asuntos del lugar». Entonces, condescendiendo aquel hermano con la caridad de su compañero, y, volviéndose adentro, recibieron con mucha caridad a los forasteros y les condujeron a la cocina para que se calentasen y secasen a la lumbre, donde estaban calentándose otros ocho frailes del lugar.

Después de estar un rato a la lumbre, les llevaron aparte para lavarles los pies, como habían convenido; y mientras el hermano devoto y obediente lavaba los pies del anciano, al quitarle el mucho barro que los cubría vio en ellos señales de llagas y, de repente, abrazándose a ellos estrechamente, con alegría y asombro se puso a gritar: «¡O eres



Cristo, o san Francisco!». A esta voz y a estas palabras se levantaron los otros frailes que estaban a la lumbre, y acudieron a ver con mucho temor y reverencia aquellos gloriosos estigmas. El anciano, accediendo a sus ruegos, les dejó que los vieran claramente y que los tocaran y besaran. Y estando ellos llenos de admiración y gozo, les dijo: «No dudéis ni temáis, hermanos e hijos muy queridos: yo soy vuestro padre y hermano Francisco que, por voluntad de Dios, fundó tres órdenes. Como hace ocho años que este hermano que me lava los pies me está rogando, y hoy con más fervor que nunca, que le revele aquellas palabras secretas que me dijo el serafín cuando me imprimió los estigmas, y que yo nunca quise revelar en mi vida, hoy, por su perseverancia y por la pronta obediencia con que dejó la dulzura de la contemplación, yo vengo, por mandato de Dios, a revelárselas delante de vosotros». Y entonces volviéndose san Francisco hacia aquel hermano, le dijo así:

«Has de saber, hermano muy querido, que estando yo en el monte Alverna, todo absorto en la memoria de la pasión de Cristo, durante la aparición seráfica fui por él así estigmatizado en mi cuerpo, y entonces me dijo: “¿Sabes lo que te he hecho? Te he donado las señales de mi pasión para que seas mi portaestandarte. Y así como yo descendí al limbo el día de mi muerte y en virtud de mis llagas rescaté a todas las almas que allí había y las conduje al Paraíso, así te concedo desde ahora, para que me seas conforme en la muerte como lo eres en la vida, que todos los años, el día de tu muerte, vayas al purgatorio y, en virtud de los estigmas que te he donado, saques de allí las almas de tus tres órdenes de hermanos, hermanas y continentes, y aun las de tus devotos, y las conduzcas al Paraíso”. Y estas palabras nunca las dije mientras viví en este mundo».

Y dicho esto, san Francisco y su compañero desaparecieron repentinamente. Después, muchos otros hermanos oyeron esto mismo a aquellos ocho que estuvieron presentes cuando la aparición y las palabras de san Francisco.

En alabanza de Jesucristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*Cómo san Francisco, después de muerto, se apareció a fray Juan de Alverna cuando estaba en oración.*

En el monte Alverna se apareció una vez san Francisco a fray Juan de Alverna, hombre de gran santidad, mientras estaba en oración, y estuvo y habló con él durante mucho tiempo, y finalmente, cuando quiso partir, le dijo: «Pídeme lo que quieras». Le dijo fray Juan: «Padre, te ruego que me digas una cosa que deseo saber desde hace mucho tiempo: ¿qué hacías y dónde estabas cuando se te apareció el serafín?». Respondió san Francisco: «Oraba yo en el sitio donde está ahora la capilla del conde Simón da Battifolle, y pedía dos gracias a mi Señor Jesucristo. La primera, que me concediese en vida sentir en el cuerpo y en el alma, en cuanto fuera posible, todo aquel dolor que Él había soportado durante su penosísima pasión. La segunda, sentir yo en mi corazón aquel excesivo amor que inflamó el suyo en deseos de padecer tanto por nosotros, pecadores. Y, entonces, Dios me inspiró en el corazón que me concedería sentir lo uno y lo otro, en cuanto fuera posible para una simple criatura; y bien me lo cumplió con la impresión de los

estigmas». Entonces le preguntó fray Juan si las palabras secretas que le había dicho el serafín eran tal como las refería aquel devoto hermano que decía habérselas oído a san Francisco en presencia de ocho frailes. Y san Francisco respondió que así era en verdad, como aquel hermano decía.

Entonces fray Juan tuvo confianza en pedir, dada la liberalidad de quien lo concedía, y dijo así: «Padre, te ruego, con la mayor insistencia, que me dejes ver y besar tus gloriosos estigmas, no porque tenga dudas, sino sólo para mi consuelo, pues siempre lo he deseado». Y san Francisco se los mostró y presentó con toda libertad y fray Juan los vio con toda claridad y se los tocó y besó. Finalmente, le dijo: «Padre, ¡cuánto consuelo tendría tu alma viendo venir hacia ti a Cristo bendito a donarte las señales de su santísima pasión! ¡Quisiera Dios que yo sintiese un poco de aquella suavidad!». «¿Ves estos clavos?», le dijo san Francisco. «Sí, Padre», respondió fray Juan. Y san Francisco le dijo: «Pues toca otra vez este clavo de mi mano». Y fray Juan lo tocó con gran reverencia y temor y, repentinamente, salió de él como un hilillo de humo de incienso, de tan intenso olor que, penetrando por la nariz de fray Juan, le inundó alma y cuerpo de tal suavidad que al instante se quedó arrobado en Dios e insensible; y le duró el éxtasis desde aquella hora, que era la de tercia, hasta la de vísperas.

Esta visión y la conversión familiar con san Francisco nunca se la contó fray Juan a nadie, salvo a su confesor; mas en la hora de su muerte la reveló a otros hermanos.

En alabanza de Jesucristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*De un santo fraile que tuvo una admirable visión de un compañero suyo que había muerto.*

En la provincia de Roma, un fraile muy devoto y santo tuvo esta admirable visión: como había muerto de noche un hermano muy querido, compañero suyo y, a la mañana, le habían sepultado junto a la entrada del capítulo, aquel mismo día se recogió él en un rincón del capítulo para pedir devotamente a Dios y a san Francisco por el alma de su compañero difunto e insistir en su oración con ruegos y lágrimas. Al mediodía, cuando todos los hermanos se habían retirado a dormir, sintió un gran ruido en el claustro. Miró de repente con mucho miedo hacia la sepultura de su compañero y vio, a la entrada del capítulo, a san Francisco, y, tras él, una gran multitud de hermanos que estaban alrededor de la sepultura; miró más allá y, en el centro del claustro, vio un fuego de llamas altísimas y, en medio de ellas, el alma de su compañero muerto. Mirando a los lados, vio a Jesucristo, que se paseaba alrededor del claustro con muchos ángeles y santos. Y observando con mucho asombro estas cosas, vio que, cuando Cristo pasaba por delante del capítulo, san Francisco se arrodillaba con todos aquellos hermanos y decía: «Te ruego, mi muy querido Padre y Señor, por la inestimable caridad que mostraste al género humano en tu encarnación, que tengas misericordia de aquel hermano mío que arde en el fuego». Pero Cristo pasó y no le atendió. Y dando la vuelta por delante del capítulo, san Francisco se arrodilló como antes con sus hermanos, diciéndole: «Te ruego, piadoso Padre y Señor, por la abundante caridad que mostraste al género humano muriendo en la cruz, que tengas misericordia de aquel hermano mío». Y Cristo siguió del mismo modo y

no le oyó. Y, dando la vuelta alrededor del claustro, cuando pasó por tercera vez por delante del capítulo se le puso de rodillas san Francisco, como las otras veces, y le mostró las manos y los pies y el pecho, y le dijo así: «Te ruego, piadoso Padre y Señor, por el gran dolor y consuelo que tuve cuando imprimiste en mi carne estos santos estigmas, que tengas misericordia del alma de mi hermano, que está en el fuego del purgatorio». ¡Cosa admirable! Al rogarle por tercera vez san Francisco por sus santísimos y gloriosos estigmas, inmediatamente Cristo detiene el paso y los mira y, accediendo al ruego, le dice: «A ti, hermano Francisco, te concedo el alma de tu hermano». Sin duda quiso con esto honrar y confirmar los gloriosos estigmas de san Francisco, significando claramente que las almas de sus hermanos por ningún otro medio son tan fácilmente rescatadas de las penas del purgatorio y conducidas al cielo como en virtud de los estigmas, conforme a lo que el mismo Cristo dijo a san Francisco al imprimérselos. Por eso, nada más decir aquellas palabras, desapareció inmediatamente el fuego del claustro, y el hermano muerto se acercó a san Francisco y junto con él y con Cristo y toda aquella compañía feliz y gloriosa, partió al cielo.

Este fraile compañero suyo que había rogado por él, al verle liberado de las penas y conducido al cielo, sintió una grandísima alegría, y después refirió con detalle a los otros hermanos toda la visión y con ellos alabó y dio gracias a Dios.

En alabanza de Jesucristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*Cómo a un noble caballero, devoto de san Francisco, le fueron confirmados la muerte y los estigmas de san Francisco.*

A un noble caballero de Massa di San Piero, llamado messere Laudolfo, que era muy devoto de san Francisco y había recibido de sus manos el hábito de la Orden Tercera, le fueron confirmados del modo siguiente la muerte de san Francisco y sus gloriosos estigmas.

Estando san Francisco próximo a la muerte, por aquel tiempo entró el demonio en el cuerpo de una mujer de aquel pueblo y la atormentaba cruelmente, y la hacía hablar tan sutilmente que vencía a todos los hombres sabios y letrados que acudían a disputar con ella. Sucedió que el demonio, saliendo de ella, la dejó libre por dos días, y al tercero, volviendo a ella, la atormentaba con más crueldad que antes. Al oír tales cosas, messere Laudolfo fue donde la mujer y preguntó al demonio que habitaba en ella cuál era la razón de haberla dejado libre dos días y, a la vuelta, atormentarla con más furor que antes. Respondió el demonio: «Cuando la dejé, fui a unirme a todos mis compañeros de estas tierras para acudir, llenos de fuerza, a la muerte del mendigo Francisco, para luchar con él y arrebatarle el alma; pero estaba rodeada y defendida por una multitud de ángeles mayor que la nuestra y se la llevaron directamente al cielo, y nosotros nos retiramos confundidos; así que ahora le hago pagar a esta mujer miserable por los dos días que la dejé descansar».

Y entonces messere Laudolfo le conjuró, de parte de Dios, que dijese la verdad acerca de la santidad de san Francisco, que decía que había muerto, y de santa Clara, que estaba viva. Respondió el demonio: «Lo quiera o no, te diré la verdad. Estaba tan indignado Dios

Padre contra los pecados del mundo, que parecía dispuesto a dar en breve la sentencia definitiva contra los hombres y las mujeres y exterminarlos del mundo si no se enmendaban. Pero Cristo, su Hijo, intercediendo por los pecadores, prometió renovar su vida y pasión en un hombre, en el *poverello* mendigo Francisco, que con su vida y doctrina conduciría a muchos de todo el mundo por el camino de la verdad y de la penitencia. Y para mostrar al mundo lo que había hecho en Francisco, quiso que los estigmas de su pasión, que le había impreso en su cuerpo en vida, fuesen ahora vistos por muchos y tocados en su muerte. De igual modo, la Madre de Cristo prometió renovar su humildad y su pureza virginal en una mujer, la hermana Clara, de forma que, con su ejemplo, arrebatase de nuestras manos muchos millares de mujeres. Y apaciguado Dios Padre por medio de estas promesas, aplazó su sentencia definitiva».

Entonces, messere Laudolfo, queriendo saber ciertamente si el demonio, que es aposento y padre de la mentira, decía la verdad en estas cosas y especialmente en lo de la muerte de san Francisco, envió uno de sus fieles siervos a Asís, a Santa María de los Ángeles, para conocer si Francisco estaba vivo o muerto, y aquel, al llegar, encontró que era cierto lo que el demonio había dicho; y volviéndose, contó a su señor que san Francisco había dejado este mundo el día y la hora que el demonio había dicho.

En alabanza de Jesucristo y del *poverello* Francisco. Amén.

*Cómo el papa Gregorio IX, que dudaba de los estigmas de san Francisco, se cercioró.*

Prescindiendo de todos los milagros de los santos estigmas de san Francisco que se pueden leer en su leyenda, se ha de saber, para concluir esta quinta consideración, que, como dudase un poco el papa Gregorio IX del estigma del costado de san Francisco, según él lo contó después, se le apareció el santo una noche y, levantando el brazo derecho, descubrió la herida del costado y le pidió una redoma. La hizo traer el Papa y san Francisco se la hizo poner bajo la herida del costado, y le parecía al Papa que realmente se llenaba por completo de la sangre mezclada con agua que brotaba de dicha herida; y desde entonces le abandonó toda duda. Después, con el consejo de todos los cardenales, aprobó los santos estigmas de san Francisco, y sobre ello concedió a los hermanos privilegio especial mediante bula, y esto lo hizo en Viterbo el undécimo año de su pontificado. Y, al año siguiente, les dio otro privilegio más copioso.

También los papas Nicolás IV y Alejandro IV concedieron abundantes privilegios, por los cuales se podría proceder contra el que negase los estigmas de san Francisco igual que se procede contra un hereje.

Y baste esto para finalizar la quinta consideración de los gloriosos estigmas de nuestro padre san Francisco, cuya vida nos dé Dios la gracia de seguir en este mundo, para que, en virtud de sus santos y gloriosos estigmas, merezcamos ser salvados con él en el Paraíso.

En alabanza de Jesucristo y del *poverello* Francisco. Amén.

# Índice

[LAS FLORECILLAS](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[Origen de las Florecillas](#)

[Ambiente histórico y espiritualde las Florecillas](#)

[Las Florecillas: epopeya de la Creación](#)

[Síntesis cronológica de la vidade san Francisco](#)

[Los personajes de las Florecillas](#)

[Nota sobre la presente edición](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[CONSIDERACIONES SOBRELAS LLAGAS](#)

[Consideración 1](#)

[Consideración 2](#)

[Consideración 3](#)

[Consideración 4](#)

[Consideración 5](#)



<sup>[1]</sup> *San Francisco de Asís y sus pobrecitos*, Buenos Aires 1949, 112.

<sup>[2]</sup> *Floreccillas*, c. 49.

<sup>[3]</sup> *Les Fioretti de saint François d'Assise*, Préface, París 1954.

<sup>[4]</sup> Se habla de *poseedores* de la pobreza, pero existen versiones que hablan de *professori* de la pobreza, es decir, que profesan, viven y poseen la pobreza.

<sup>[5]</sup> El original italiano habla siempre de *luogo* (lugar) y se refiere a la pequeña habitación en la que vivían los primeros frailes. Es decir, a las sencillas moradas de los primeros tiempos, antes de que apareciese la figura monástica del *convento*. En casi todos los casos, hemos preferido conservar la expresión «lugar» por parecernos más genuina y fiel a las fuentes.

<sup>[6]</sup> El original dice *ubbidienza*: la orden en virtud de la Regla.

<sup>[7]</sup> Debemos situar esta peregrinación entre 1214 y 1219-1220. San Francisco acudió a Santiago de Compostela, privilegiado centro de peregrinación en la Edad media, con intención de pasar posteriormente a Marruecos.

<sup>[8]</sup> Se refiere a la primera misión franciscana fuera de la zona donde nació. Nos situamos en el año 1211.

<sup>[9]</sup> El original dice: *cancellò le braccia a modo di croce*, es decir, cruzando los brazos, invirtiendo las posiciones de derecha e izquierda. Evoca la bendición de Jacob a sus hijos (Gén 48,13-17).

<sup>[10]</sup> Es la más conocida de las *floreccillas*, llamada también de la *perfecta letizia* (perfecta alegría). Se trata de una composición de una belleza literaria y espiritual singular.

<sup>[11]</sup> El original italiano dice *aumiliare* que significa «humillar», «tener en humildad». Es la *floreccilla* de la humildad, que comienza con la prueba a fray Maseo.

<sup>[12]</sup> El original italiano dice *ratti*: «raptados». se pretende exaltar la simplicidad de los primeros frailes en los comienzos de la Orden.

<sup>[13]</sup> El autor reproduce aquí elementos de otros famosos capítulos, por ejemplo, la mención del cardenal Hugolino, protector de la Orden. Este es el famoso Capítulo de las esteras celebrado en mayo de 1221.

<sup>[14]</sup> El episodio del lobo, como el siguiente del próximo capítulo sobre las tórtolas, subraya uno de los aspectos más destacados de la vida de san Francisco: su amor por las criaturas, su respeto y delicadeza por la naturaleza.

<sup>[15]</sup> Se trata del episodio, con tintes legendarios, del viaje de san Francisco a Egipto que, por aquel tiempo, se llamaba Babilonia, refiriéndose a su capital El Cairo.

<sup>[16]</sup> El autor de los *Actus*, seguido del traductor de *I Fioretti*, suele introducir aquí una grandilocuente visión que tuvo el tercer ladrón convertido, siete días antes de su muerte. Se trata de un fragmento que suele omitirse y que nosotros tampoco hemos incluido siguiendo a la mayoría de las ediciones en castellano.

<sup>[17]</sup> Inicia con este capítulo un breve ciclo dedicado a fray Rufino.

<sup>[18]</sup> Así dice el texto italiano, incluso en la versión de *Actus*. San Francisco creyó que tal exorcismo, sin excluir una pizca de humor, era el mejor remedio para aliviar a fray Rufino.

<sup>[19]</sup> Este capítulo es un relato legendario, ya que no existe constancia histórica alguna de la presencia de Luis IX de Francia en Italia. Esta *floreccilla* nos quiere hablar de la recíproca compenetración de corazones entre los discípulos de Cristo.

<sup>[20]</sup> Esta es la última de las *floreccillas* dedicada propiamente a san Francisco, en donde se narra la suerte que corrió fray Elías.

<sup>[21]</sup> Este capítulo inicia la segunda parte de las *Floreccillas*. Este y el siguiente están dedicados a san Antonio de Padua.

<sup>[22]</sup> Aquí es donde aparece el nombre de fray Hugolino de Monte Santa María († 1300 ca.), que sería el autor de esta segunda parte de las *Floreccillas*.

<sup>[23]</sup> El original italiano dice *bossoli di lattovaro*, que serían unos recipientes de electuario, un medicamento compuesto por varios ingredientes y endulzado con miel.

<sup>[24]</sup> En este momento, el autor aparece en primera persona, mostrando una relación de confianza con fray Juan. Y así acaban las *Floreccillas*, manteniendo ese espíritu de poesía y mística.

# Índice

LAS FLORECILLAS	2
INTRODUCCIÓN	3
Origen de las Florecillas	4
Ambiente histórico y espiritual de las Florecillas	5
Las Florecillas: epopeya de la Creación	7
Síntesis cronológica de la vida de san Francisco	10
Los personajes de las Florecillas	11
Nota sobre la presente edición	13
Capítulo 1	14
Capítulo 2	15
Capítulo 3	17
Capítulo 4	19
Capítulo 5	22
Capítulo 6	24
Capítulo 7	26
Capítulo 8	27
Capítulo 9	29
Capítulo 10	31
Capítulo 11	32
Capítulo 12	34
Capítulo 13	35
Capítulo 14	37
Capítulo 15	38
Capítulo 16	40
Capítulo 17	42
Capítulo 18	43
Capítulo 19	46
Capítulo 20	48
Capítulo 21	50

Capítulo 22	52
Capítulo 23	53
Capítulo 24	54
Capítulo 25	56
Capítulo 26	58
Capítulo 27	60
Capítulo 28	62
Capítulo 29	63
Capítulo 30	65
Capítulo 31	67
Capítulo 32	68
Capítulo 33	69
Capítulo 34	70
Capítulo 35	71
Capítulo 36	72
Capítulo 37	73
Capítulo 38	75
Capítulo 39	77
Capítulo 40	78
Capítulo 41	80
Capítulo 42	82
Capítulo 43	84
Capítulo 44	86
Capítulo 45	87
Capítulo 46	90
Capítulo 47	91
Capítulo 48	93
Capítulo 49	95
Capítulo 50	98
Capítulo 51	99
Capítulo 52	101

Capítulo 53	102
CONSIDERACIONES SOBRELAS LLAGAS	104
Consideración 1	105
Consideración 2	109
Consideración 3	114
Consideración 4	119
Consideración 5	127